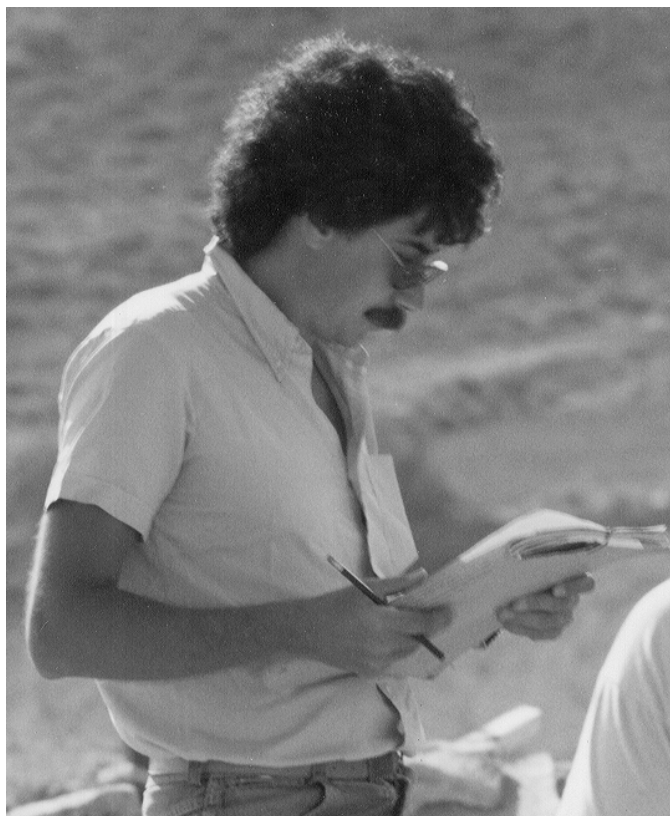


JOSÉ LUIS MAYA (1949-2001)



La Arqueología española y cuantos nos interesamos por el sugestivo campo de la Protohistoria de la Península Ibérica hemos sufrido una pérdida irreparable: la desaparición de nuestro gran colega y amigo el Prof. José Luis Maya. Todos quienes hemos tenido la fortuna de disfrutar de su gran humanidad y saber, sentimos su prematura desaparición como algo estremecedor.

José Luis Maya nació en Albacete el 1 de marzo de 1949, pero era de alma y cuerpo asturiano, ya que a los pocos años de nacer, su familia se trasladó a Oviedo, su tierra de procedencia. De esa Asturias por él tan querida heredó su ejemplar tesón en el trabajo, su modestia, su profundo sentido del humor y, ante todo, su humanidad, cuyo recuerdo tanto nos admira a cuantos hemos tenido la suerte de conocerle y tratarle a lo largo de su vida y, muy en especial, en sus últimos meses.

Tras realizar sus primeros estudios y el Bachillerato en Oviedo, en la Universidad de dicha ciudad estudió Filosofía y Letras (Sección de Historia) y se licenció en 1971. A continuación, para ampliar estudios y profundizar en su formación, se traslada a Barcelona, en cuya Universidad Autónoma realizó su Tesis de Licenciatura, cuya lectura llevó a cabo al año siguiente, en 1972. Su título, *La Edad del Hierro en Asturias a través de sus materiales metálicos*, deja entrever su temprano interés por la protohistoria de su tierra natal, cuya falta de investigación se hacía sentir en todos los órdenes.

Mientras finalizaba la obtención del Grado de Licenciado inicia su docencia universitaria en ese curso 1971-72, con sólo 22 años de edad. Su animosa juventud le llevó a ser el primer Profesor de Prehistoria de la antigua Universidad de Lérida, tras la reapertura del *Estudi General de Lleida*, entonces reinstaurado como centro dependiente de la Universidad Autónoma de Barcelona. En Lérida inició su magisterio universitario, que tanto conformó su profunda vocación de arqueólogo y prehistoriador, permaneciendo en esta universidad durante cuatro años, hasta que, en 1975, se traslada al Departamento de Historia de la Universidad Autónoma de Barcelona como Profesor Adjunto Interino. Este cargo lo ocupó hasta 1979, en que, por oposición, ganó la plaza de Profesor Adjunto Numerario en dicha Universidad Autónoma, en la que, en 1984, pasó a Profesor Titular de Prehistoria. Su carrera universitaria sufre un importante cambio en 1990, cuando, tras una nueva oposición, ganó de nuevo una plaza de Profesor Titular de Prehistoria, pero esta vez en el Departamento de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología de la Facultad de Geografía e Historia de la tradicional Universidad de Barcelona, lo que le permitió mejorar mucho su ambiente de trabajo, algo esencial para una persona como José Luis Maya, de convicciones humanas tan profundamente arraigadas.

A partir de ese año de 1990 y hasta su fatal fallecimiento, ha desarrollado desde ese puesto durante un fecundo decenio, truncado por el final de sus días, una admirable

y fecunda labor docente e investigadora, dirigiendo numerosas Tesis de Licenciatura y Tesis Doctorales, quedando su memoria como Profesor unida para siempre a la profunda humanidad de su persona. Como profesor universitario impartió, además de sus cursos normales, más de 75 cursos especializados, organizó más de 10 y completó esta actividad con numerosas conferencias, en las que se hacía patente su saber enriquecido por su fino sentido del humor.

De forma paralela a la docencia, supo proseguir su vocación inicial por la investigación. Una parte de ella la dedicó inicialmente a la Protohistoria de las comarcas leridanas, campo que fue ampliando al resto de Cataluña y de la Península Ibérica, pero, ante todo, supo proseguir sus estudios iniciales sobre su tierra natal, profundizando en el tema que ya había sido objeto de su Licenciatura: la entonces todavía muy mal conocida Cultura Castreña de Asturias. En esta línea de investigación, leyó su Tesis Doctoral, titulada "*La cultura castreña asturiana*", trabajo que defendió con toda brillantez en 1975 y por el que obtuvo la calificación de *Sobresaliente cum laude* y al que, además, se otorgó el *Premio de la Excm. Diputación de Oviedo a la mejor Tesis Doctoral de 1975*.

Atraído desde sus primeros años de universitario por los trabajos de campo, José Luis Maya dirigió numerosas excavaciones, como en Ampurias (La Escala, Gerona) en 1971. Más interés ofrecen, sin embargo, sus numerosas campañas en yacimientos de la Edad del Bronce y, en particular, de los Campos de Urnas de Lérida: en la necrópolis de Pedrós (Serós, Lérida) en 1973 y 1974; en Genó (Aitona, Lérida) en 1975, de 1977 a 1979 y de 1981 a 1985; en Carretelá (Aitona, Lérida), desde 1981 a 1983 y en Punta Farisa (Fraga, Huesca), en 1988 y 1989. En este campo de estudios, al trasladarse a Barcelona, tuvo la oportunidad y el acierto de excavar y estudiar los Silos aparecidos en obras de construcción de la Universidad Autónoma (Cerdanyola del Vallés) en 1983, 1984, 1985 y 1988, así como los Silos de la Calle Elisenda de San Cugat del Vallés, en 1984. Estas excavaciones, unidas a diversas prospecciones por el Valle del Ebro, en Aragón y en Lérida, han permitido renovar nuestros conocimientos sobre la Edad del Bronce y los Campos de Urnas facilitando el avance hacia las actuales interpretaciones.

Junto a esta línea dedicada a los Campos de Urnas, el Prof. José Luis Maya nunca dejó de interesarse por la Protohistoria de Asturias, completando sus estudios de materiales y sus interpretaciones teóricas con brillantes campañas de excavación, pues a él y al equipo que ha sabido formar en su entorno se deben las más brillantes e importantes investigaciones no solamente sobre la Cultura Castreña Asturiana, sino sobre toda la España Húmeda.

Ya en 1982, junto al Prof. Francisco Jordá, realiza una campaña de excavación en el yacimiento de Coaña, uno de los más famosos de Asturias, pero serían sus trabajos en La Campa Torres, yacimiento de importancia singular que el Prof. Maya ha sabido valorar y que siempre quedará unido a su memoria, los que más esfuerzo y éxito le depararían, dedicándole más de 16 campañas de excavación superando interrupciones y numerosas dificultades: 1978, 1983 a 1991 y 1995 a 2000. De su fina intuición y experiencia y de su buen hacer científico también se benefició el Castro de Llagü (Oviedo), cuya importancia supo valorar gracias a su buen trabajo frente a actitudes difícilmente explicables, que siem-

pre encontraban en Maya un espíritu valiente que sabía defender los auténticos intereses científicos y culturales gracias a su inteligencia, reforzada con su fino humor asturiano y su indiscutible humanidad.

La Campa Torres fue el yacimiento al que más esfuerzos dedicó, siempre con su eficacia envuelta en una sabia y modesta discreción. Fue coautor del *Anteproyecto del "Parque Arqueológico de La Campa Torres*, en 1987, trabajo pionero en España y uno de los realizados en esos años con mayor eficacia; de 1991 a 1995 fue Director Científico de investigación del *Proyecto Parque Arqueológico-natural de la Campa Torres*; gracias a ello logró la *Special Commendation 1996. European Museum of the Year* para el *Gijón Heritage Project, Gijón (Spain)* y, muy pocas semanas antes de morir, tuvo la satisfacción de ver publicada y presentar su magna obra, coeditada con Francisco Cuesta Toribio, *El Castro de La Campa Torres. Periodo prerromano (Serie Patrimonio 6, Gijón, VTP Editorial, 2001)*, con 408 páginas y cerca de 200 figuras y mapas, cuya recensión publicamos en este mismo número de *Complutum*, obra que constituye, sin duda alguna, la más importante aportación hasta ahora existente para el conocimiento de los castros de la Hispania húmeda, desde Portugal a los Pirineos.

Su labor paralela de docente universitario y de investigador la supo enriquecer con la de difusor de la Arqueología y del Patrimonio Cultural. A los numerosos cursos mencionados hay que añadir sus exposiciones, como la de *Genó, un poblado de los campos de Urnas del Bajo Segre*, en 1993; *Origen, arte y cultura en Asturias. Siglos VII-XIV*, Gijón, 1993 y *El Castro de la Campa Torres: orígenes de Gijón*, en Gijón, 1994, colaborando igualmente con su saber y eficacia en otras exposiciones, como *L'Arqueologia a Catalunya, avui*, Barcelona, 1982-Madrid, 1983; *L'inventari del Patrimoni Arqueològic de Catalunya, 1986-1987*, Barcelona, 1987 y *Parques Arqueològics del Ministerio de Cultura*, Madrid, 1989.

En estos últimos años había emprendido con su proverbial eficacia la valoración de la Torre dels Encantats, un importante yacimiento ibérico, casi olvidado, de Arenys de Mar (Barcelona), cuyo interés arqueológico y para la valoración económico-cultural del bello tramo de la costa catalana en la que se asienta supo descubrir. Sabemos que en 1999 ya había redactado el Proyecto Básico de desarrollo integral e intervención arqueológica, para el que estaba en estrecho contacto con las autoridades administrativas correspondientes, que siempre encontraban en José Luis Maya la persona dispuesta, con su vocación, experiencia e inteligencia, al buen servicio público, sin la menor desviación hacia otros intereses, algo hoy tan ejemplar como resultaba natural en su persona.

A pesar de su relativa juventud, ya era merecedor de diversas menciones científicas. Junto al *Premio de la Excm. Diputación de Oviedo a la mejor Tesis Doctoral de 1975* hay que mencionar que había sido nombrado Investigador del *Instituto de Prehistoria y Arqueología de la Diputación de Barcelona*, Consejero Correspondiente del *Institut d'Estudis Ilerdencs* de la Diputación de Lleida, Miembro de la *Comisión Asesora de Arqueología de Catalunya*, Miembro del *Seminari d'Estudis i Recerques Prehistòriques* de la Universitat de Barcelona, Miembro del Consejo Asesor de la Alcaldía de Caldes d'Estrac, Fundador de la revista científica *Estudios de Antigüedad*, de la Universidad Autónoma

de Barcelona, Miembro del Consejo de Redacción de la revista *Pyrenae*, de la Universidad de Barcelona, Miembro del Consejo de Redacción de *Monografies del Seminari d'Estudis i Recerques Prehistòriques de la Universitat de Barcelona*, etc.

Sus obras escritas, más de un centenar de publicaciones, impresionan como ejemplo de buen trabajo y quedan como testimonio de su eficacia y buen hacer, con los que supo imponerse a torticeras dificultades interpuestas por quienes carecen de la vocación y hombría de bien que en él tanto brillaban.

Es autor de 25 libros y capítulos de libros, de más de 50 artículos científicos en revistas especializadas y de más de 30 comunicaciones y ponencias a congresos nacionales e internacionales. De ellos, es necesario recordar algunas obras esenciales de la Protohistoria de la Península Ibérica. Además de *La cultura material de los castros asturianos* (Barcelona, 1988) y *Los castros en Asturias* (Gijón, 1989), a él se debe la citada monografía de la Campa Torres (2001), obra esencial que marca un hito en los estudios de la Hispania Atlántica, en la que documenta la temprana cronología de los castros cantábricos disipando definitivamente posturas personales mantenidas sin datos y valorando la importancia de sus actividades metalúrgicas y su encuadre en el círculo cultural atlántico de la Edad del Hierro. Pero también es necesario destacar *Lérida prehistórica* (Lérida, 1977), sus publicaciones sobre los silos de la Universidad Autónoma de Barcelona y, en especial, *Genó: Un poblado del Bronce Final en el Bajo Segre (Lleida)*, editado con F. Cuesta y J. López Cachero (Barcelona, 1998). A estas obras de investigación se añaden otras valiosas de síntesis, entre las que destacaríamos *Celtas e iberos en la Península Ibérica* (Barcelona, 1999) y su labor como editor de la reciente *Protohistoria de la Península Ibérica* (Barcelona, 2001).

En todos estos trabajos destacan sus aportaciones a la Arqueometría, sin ostentación pero con una eficacia sin parangón en la Arqueología Española. Además de sus esenciales aportaciones a la cronología del C-14 para la Edad del Bronce y la Cultura Castreña Asturiana, cuya lógica antigüedad pudo demostrar frente a sus detractores carentes de argumentos, más fama le han dado sus ejemplares estudios

sobre paleometalurgia y, en especial, sobre el contenido de los vasos cerámicos, como las importaciones de compotas en cerámicas ibéricas halladas en la Campa Torres o los restos más antiguos de cerveza (análisis de J. Juan-Tresserras) hasta hoy documentados en Europa (1100-1000 a.C.), descubiertos en sus excavaciones de Genó.

Pero, ante todo, José Luis Maya queda para nuestra memoria como ejemplo de esa hombría con que siempre supo actual en toda su vida y muy en particular en el campo profesional. Son esa altura moral y esa ejemplaridad lo que tanto admirábamos en su persona. Estas cualidades, que él practicaba con una naturalidad que sólo podía proceder de su hombría de bien, son esenciales para la vida social y, muy especialmente, para la vida científica y académica, siendo la falta de ética el mayor problema de que adolecen estos campos de la vida española. Pero el Prof. José Luis Maya siempre supo estar por encima de envidias y rivalidades profesionales, cuyo pernicioso efecto tanto se deja sentir en nuestras instituciones. Gracias a su profundo carácter humano, de auténtico asturiano arraigado y encariñado con Cataluña, tierra en la que enraizó y a la que dedicó más de 30 años de su vida, en Lérida primero, en su bella casa de Caldes d'Estrac en sus últimos años, se explica la cantidad de amigos y admiradores que ha dejado su obra y, todavía más, su persona. Sabedor ya de su destino a causa de su enfermedad, nunca he conocido a nadie que supiera mirar a su muerte próxima con tanta naturalidad y hombría. Bastaría esto para incluirle entre quienes la sociedad considera como héroes o santos, pero aún más admirable ha sido su hombría de bien desarrollada a lo largo de toda su vida y que queda para los que hemos tenido la suerte de conocerle como algo inolvidable. Sólo este recuerdo ejemplar mitiga la tristeza de su irreparable pérdida, con una vida tan prontamente truncada, que, al rememorarla, hace surgir la pregunta planteada en su reciente necrológica ¿Por qué mueren los mejores, ... los que más necesitamos?

Martín Almagro-Gorbea

LOS YACIMIENTOS PALEOLÍTICOS DEL ABRIC ROMANÍ Y EL ABRIC AGUT

RÉPLICA A CARBONELL Y VAQUERO

En estas páginas responderemos de manera concisa a los argumentos expuestos por Carbonell y Vaquero (2000) contrarios a nuestro trabajo publicado en el número anterior de esta misma revista (Campillo y otros 1999).

Nuestro artículo fue firmado por orden alfabético y queda bien claro en la introducción que cada autor se responsabilizó de una parte del estudio. Por esta razón, y ya que las críticas expuestas por Carbonell y Vaquero se refieren únicamente a la parte arqueológica y al estudio antropológico del fragmento craneal, responderemos por separado los responsables de estos apartados, Domènec Campillo, como primer firmante y sobre el estudio paleoantropológico, y en segundo lugar Angels Casanovas, conservadora del Museu d'Arqueologia de Catalunya, sobre la parte arqueológica. Ante todo, nos parece lícito que los investigadores puedan diferir de los criterios expuestos por otros investigadores. Sin embargo, por lo que respecta al artículo que contra-replicamos aquí, consideramos que hay dos aspectos del mismo que deben diferenciarse. Por un lado, el aspecto científico al cual nos referiremos defendiendo nuestros propios argumentos en los párrafos sucesivos. Por otro, el lenguaje empleado en la réplica por los señores Carbonell y Vaquero, en ocasiones agresivo (Carbonell y Vaquero 2000: 30, 32 y 33), diferente al empleado por nosotros y a la vista de todos los lectores impropio de cualquier debate científico.

Así pues, y por lo que respecta al apartado antropológico y, más concretamente, en lo que atañe a la identificación del fragmento craneal —que corresponde a la *squama temporalis*— diremos que E. Carbonell ya conocía la existencia del mismo, no habiendo objetado nada en contra de su autenticidad, cosa lógica puesto que nunca lo había visto ni estudiado (Balcells 1999).

Los autores Carbonell y Vaquero (1999: 32) reconocen la oportunidad del análisis de tal elemento: “*También conviene hacer alguna referencia al fragmento de cráneo humano... un resto desconocido hasta la fecha*”. Pero las dudas que plantean sobre si el fragmento craneal pertenece o no al Abric Agut carecen de fundamento, pues podrían hacerse extensibles a todo el material depositado en el Museu d'Arqueologia de Catalunya (MAC), cuya procedencia hasta la fecha nadie ha puesto en duda.

Respecto a su morfología, efectivamente, el fragmento de *squama temporalis* podría corresponder tanto a un *H. Sapiens neandethalensis* como a un *H. sapiens s. o.*, por qué no, incluso a un *Homo antecessor*, circunstancia que cualquier antropólogo comprendería ya que por su textura y dimensiones no cabe descartar cualquiera de estas eventualidades. Sin embargo, nos negamos a creer que alguna mano malévola haya mezclado entre la fauna del yacimiento un fragmento craneal moderno, cuando nuestro ejemplar se caracteriza, además, por presentar una pátina semejante a la de los dientes. Es más factible que el fragmento pasara desapercibido durante las campañas de excavación en los años 1909-1914, durante las cuales fueron identificadas las cuatro piezas dentales, y que tampoco se apercibieran del mis-

mo los estudiosos que trabajaron en el yacimiento con posterioridad, hasta que finalmente reparamos de su existencia al revisar toda la colección en 1998. Sin ninguna rectificación nos reafirmamos en todo lo expuesto en Campillo y otros 1999.

Sobre los aspectos arqueológicos, en primer lugar agradecemos todas las sugerencias y matizaciones de los Sres. Carbonell y Vaquero. Sin embargo, creemos oportuno realizar algunas puntualizaciones a sus críticas.

En primer lugar, y por lo que respecta a la cronología y a la correlación entre la secuencia isotópica y la cronología alpina, estamos de acuerdo con su observación de que es un terreno peligroso, no exento de controversia.

Dicho esto, merece un comentario la referencia que hacen los autores citados a los niveles del abrigo. Efectivamente, los autores han publicado en diversas ocasiones que tienen contabilizados 27 niveles arqueológicos, de los cuales en el momento de la redacción de nuestro artículo tenían excavados 11 (12 según la bibliografía datada del mismo año que nuestro artículo, es decir en 1999) (Vaquero 1999: 43) Por esta razón nosotros hablábamos sólo de 11 niveles individualizados.

Hecha la aclaración anterior nos detendremos algo más en la cuestión de la dificultad que entraña correlacionar la nomenclatura de las excavaciones antiguas —que corresponden en parte a la colección Vidal— con la nomenclatura de las excavaciones actuales. Dicha correlación se realiza de manera sesgada y parcial en algunos artículos del actual equipo que excava el Abric Romaní. Por ello resulta a veces una especie de rompecabezas aclarar a qué niveles de la nueva nomenclatura corresponden las colecciones por nosotros estudiadas. Nos explicaremos. El equipo que trabaja en el Abric Romaní desde 1983 ha preferido utilizar una nueva nomenclatura para la denominación de los niveles, la cual ha tendido a evolucionar a lo largo de las publicaciones, siendo muy escasas las correlaciones expresadas con la utilizada en los trabajos de los excavadores anteriores.

De esta manera, y por lo que respecta a la denominación de los niveles, en la primeras publicaciones se habla de conjuntos, a saber, Conjunto I, Conjunto II y Conjunto III (Mora y otros 1988; Vaquero 1992). En años posteriores se precisa que el Conjunto III corresponde a los niveles H e I, y el techo del Conjunto IV es el nivel J (Carbonell y otros 1996a: 27). A este respecto el cuadro resumen más claro de relaciones entre niveles y conjuntos lo hallamos en Carbonell y otros (1996b: 399). En las publicaciones más recientes, con todo, se suelen utilizar como referencia los niveles nominados con las letras A-K sin agruparlos en conjuntos (Vaquero y otros 1997). Por otro lado, y respecto a la correlación con la nomenclatura antigua, tenemos en primer lugar que Vaquero (1992), reconociendo la dificultad de la nueva nomenclatura para designar niveles (*Ibid.*: 26), afirma que en el Conjunto II existen cuatro niveles arqueológicos, capas 2, 4, 6 y 8 (*Ibid.*: 36). En segundo lugar, Mora asocia la capa 9 al conjunto III (Mora y otros 1988: 119),

sin especificar a qué nivel concreto E, F o G. En tercer lugar, más adelante (L.A.U.T. 1992: 168) se correlacionan los niveles H-I con la Capa 11, para descartar en el mismo párrafo la vinculación del nivel H con la antigua capa 11. Finalmente, Vaquero y otros (1997: 37) dicen: “*Hasta el momento han sido excavados durante las distintas fases de intervención once niveles arqueológicos (A-K). Los niveles superiores de la secuencia (A-D) fueron excavados durante los trabajos dirigidos por Amador Romani y el Dr. Ripoll*”.

Existe una cierta contradicción entre la última afirmación y el hecho de que las intervenciones más recientes, como mínimo hasta el nivel J, continúan afectando a capas excavadas con anterioridad, a tenor de las puntualizaciones que realizan Carbonell y Vaquero (2000: 30) en su amable réplica, donde vuelven a insistir en que los niveles 11 y 10 corresponden a los niveles H e I de la secuencia actual y precisan que los niveles 13 y 12 corresponden al J de la estratigrafía actual. No acabamos de entender este baile de niveles y sería muy deseable que el actual equipo que trabaja en el Abric Romani correlacionara de manera definitiva los resultados de los trabajos que les precedieron con los que actualmente se están llevando a cabo. Por nuestra parte, hemos preferido describir la colección antigua según la nomenclatura de su época. De esta manera pensamos que queda perfectamente reflejado en nuestro trabajo a qué niveles arqueológicos nos referimos.

También queremos señalar que no entendemos el continuo desencuentro, trufado de confusión, del actual equipo del Abric Romani con las colecciones que muestra el Museu d'Arqueologia de Catalunya. En 1988 dicho equipo publicó textualmente (traducido al castellano): “*Paralelamente se inició la revisión y análisis del registro arqueológico que aún se conservaba en los fondos del Museu Paperer de Capellades y del Museu Arqueològic de Barcelona*” (denominado Museu d'Arqueologia de Catalunya a partir de 1995) (Mora y otros 1988:117). Esta actuación, por lo que respecta a Barcelona, no es cierta. Aun más: a partir de 1992 y en distintas publicaciones de dicho equipo las colecciones de Barcelona se dan por perdidas, insistiendo en ello cuando se habla de los materiales del Paleolítico Superior localizados en la llamada “Coveta nord”: “*Desafortunadamente la correcta identificación de estos ítems no se puede confirmar ya que se encuentran actualmente perdidos*” (Carbonell y otros 1996b: 424). Esta afirmación –efectuada ocho años después de afirmar que se había realizado la revisión y el estudio de los materiales barceloneses– es inaudita si tenemos en cuenta que desde 1940 hasta la actualidad la parte más significativa de dichos materiales –concretamente los conjuntos ornamentales (de los que hablaremos más adelante) y una buena parte de la industria lítica– han estado expuestos al público en las salas del museo de forma prácticamente ininterrumpida, como queda bien patente en las sucesivas guías del Museo (1955 y 1981). No entendemos cómo este equipo puede haber visitado las salas de manera tan superficial y publicar en su réplica afirmaciones tan poco afortunadas como la que realizan al final de la misma: “*No queremos acabar esta nota sin hacer una referencia al contexto científico en el que se encuadra este artículo. No vamos a entrar a fondo en la cuestión de cómo unos restos arqueológicos aparecen un buen día entre los fondos de un museo de titularidad pública. En cualquier caso, no estaría de más una reflexión sobre el funcionamiento de los museos*

en nuestro país y sobre las condiciones de acceso a sus fondos” (Carbonell y Vaquero 2000: 32). Por nuestra parte sobra cualquier otro comentario.

Asimismo, es sorprendente su opinión sobre las colecciones estudiadas en nuestro artículo, afirmando que no aportan nada nuevo, aseveración repetida hasta la saciedad junto con la de que se desconoce la procedencia estratigráfica de buena parte de los objetos presentados, por lo que carecen de interés. No vamos a insistir en las numerosas citas en las que se da la colección por perdida, tras haber dicho antes que ha sido estudiada, sirviendo este supuesto hecho como excusa para no analizar la colección junto con las colecciones del Molí Paperer de Capellades y las de las recientes excavaciones. Tampoco se ajusta a la realidad que las colecciones en su mayoría no posean niveles arqueológicos. Basta observar nuestro cuadro (Campillo y otros 1999: 33) para comprobar que más de la mitad sí tienen nivel estratigráfico y que un conjunto nada despreciable pertenece a la capa 4. No tenemos ninguna duda sobre el interés de la colección, máxime si la comparamos con la proporción de artefactos retocados pertenecientes a los niveles B, C y D de la actual nomenclatura reflejados y valorados en recientes estudios (Vaquero 1999: 45).

Por otra parte, el conjunto industrial de la colección Vidal analizado por nosotros presenta unas características generales relativamente homogéneas, con un dominio cuantitativo de las raederas y los denticulados representados estadísticamente en proporciones moderadas (34% y 30%, respectivamente). Sin embargo, y sin querer entrar en el análisis de cada uno de los tipos, el conjunto muestra una progresiva complejidad, tanto para las categorías tipológicas dominantes o secundarias como para determinados atributos particulares en ellas, en justa correspondencia con su evolución cronológica. La riqueza en denticulados y la incipiente tendencia al alargamiento de las formas, particularmente en el nivel superior de los depósitos (capa 4), hacen de este registro el más evolucionado tecnológicamente y tipológicamente. Así, los materiales de esta capa 4 depositados en el Museu d'Arqueologia de Catalunya (52 en total) pueden representar una interesante fuente de información sobre el complejo musteriense.

No queremos acabar esta réplica sin hacer referencia expresa a las objeciones de Carbonell y Vaquero respecto a la posible existencia en el Abric Romani –junto con el reconocido Auriñaciense–, de un Paleolítico Superior final. Efectivamente, nosotros ya hemos apuntado esta posibilidad con enorme cautela, por tratarse de resultados de excavaciones de principios del siglo XX. Por parte del actual equipo del yacimiento siempre se ha afirmado que los restos del Paleolítico Superior pertenecen sólo a un Paleolítico Superior inicial. Insisten sobre este punto de nuevo en Vaquero (1999: 43), citando la misma referencia bibliográfica que nosotros en nuestro artículo. La única mención a una posible existencia de un Paleolítico Superior Final en el Abric Romani la hemos hallado en Carbonell y otros (1996: 422 y 423) cuando hablan de la “Coveta Nord” y de los elementos ornamentales exhumados por Romani. En realidad, y aunque no conozcan la existencia en el Museo de Barcelona de la práctica totalidad de estos elementos, una simple ojeada a la bibliografía existente y a las referencias publicadas por Vidal hubiera permitido a los citados autores constatar la existencia en el Abric Romani de fauna malacológica de las mismas

especies que encontramos en significativos yacimientos magdalenenses peninsulares.

Así, entre los materiales exhumados en dicho lugar, Amador Romani en su Atlas de Prehistoria (Bartrolí y otros 1995) relaciona los objetos hallados en la Coveta Nord, entre los que describe una serie de conchas perforadas artificialmente, junto con vértebras de pescado y un fémur humano, el cual no nos ha sido posible identificar. Por su parte, Lluís Marià Vidal hace un estudio de los restos y ya apunta que las *Cypraea pyrum* presentan un orificio artificial muy parecido al que hallamos en el yacimiento de Laugerie-Basse. Yvette Taborin, en un brillante estudio sobre los elementos de adorno en concha del Paleolítico Superior en Francia, analiza 20 piezas de Laugerie-Basse que se hallan perforadas de manera muy similar a las del Abric Romani (Taborin 1993: 184-186), es decir con una técnica de agujero obtenido con un cortante agudo que a veces derrapa y deja estrías paralelas. En cuanto a la atribución cronológica de dichas piezas, la misma autora (*Ibid.*: 350) las sitúa en un Magdaleniense medio o superior. En la actualidad, en el Museo de Barcelona se conservan 21 conchas expuestas, junto con otras dos (justamente las fotografiadas en el artículo de Lluís Marià Vidal) que se hallan en reserva. En el Museo Arqueológico Nacional se conservan otras dos (Papi 1989: 40, figs. 6.1-2), más otras dos en el Museo Víctor Balaguer de Vilanova i la Geltrú. Precisamente Romani en su catálogo de la sección de paleontología ibérica de dicho museo (Romani 1917), donde publica tres, insiste en la teoría de que quizás formarían parte de una sepultura profanada por las hienas y especifica que se hallaron coprolitos en esta capa. (Como se puede apreciar en la página 27 de nuestro artículo, efectivamente procedentes de la capa 2 se conservan restos de hiena, piezas dentales concretamente). Junto a los ejemplares de *cypraea pyrum*, Vidal cita además otros de *Nummulites atica*, *Nassa Reticulata*, *Neritula Nerites*, *Mitra striatula* y *Nassa mutabilis* (Vidal 1911-12).

Aunque no creemos que sea este el lugar oportuno para hacer un estudio exhaustivo de estos elementos, podemos ofrecer algunas referencias a hallazgos peninsulares de este tipo de adornos con cronologías del Paleolítico Superior Final. Así, el yacimiento de Chaves en Huesca ha proporcionado en su depósito magdaleniense una *nassa reticulata* junto con un canino atrofiado de ciervo en forma de colgante (Utrilla 1992: 28). (Las *nassas reticulatas* perforadas también abundan en diversos yacimientos magdalenenses de las vecinas zonas del Languedoc occidental y del Rosellón francés, ver Sacchi 1986: 125 y 135.) Asimismo, y por lo que se refiere a yacimientos del Sur destacaremos que en la cueva de Nerja, los hallazgos de fauna malacológica han sido abundantes en los niveles del Magdaleniense (capas XIV a XVI), en las que destacan los ejemplares de *Cyclope neritea*, 37 de los cuales se hallan perforados (Jordá 1982). Recordemos que en el Museo de Barcelona se conservan nueve ejemplares de la misma especie procedentes del Abric Romani (referenciados en Vidal 1911-12 como *Neritula neritea*). Asimismo se puede citar que en la cueva del Parpalló también han sido abundantes los restos malacológicos usados como adorno y que concretamente aparecieron turríte-

las ubicadas cronológicamente en el Solutrense medio y en las capas magdalenenses. También en el Abric Romani apareció una turrítella teñida de ocre que se halla publicada en Vidal (1911-12: 276) como *Pleurotoma undatiruga*. Finalmente, conviene señalar el hallazgo en la misma Coveta Nord de vértebras perforadas artificialmente de *Salmo trutta* de las que se conservan 6 en Barcelona y 5 en Capellades. Respecto a estas piezas precisaremos que si bien se ha podido constatar en Cataluña el aprovechamiento del *Salmo trutta* a lo largo de todo el Paleolítico Superior, sólo en el Cingle Vermell (Vilanova de Sau, Barcelona), de cronología mesolítica, ha aparecido otro caso similar de vértebra perforada (Juan-Muns 1985).

Finalmente y por lo que respecta al Paleolítico Superior, Romani, cuando describe las piezas de sílex halladas en lo que él denomina yacimiento superior, especifica textualmente: “Se encontraron gran cantidad de estas hojitas talladas en sílex de variadísimas tonalidades de color y de diferentes dimensiones, desde 18 a 80 mm de longitud” (Romani 1917: 26). Efectivamente, ya hemos descrito las piezas procedentes de esta capa en nuestro artículo y hemos insistido en el hecho de que las colecciones líticas del registro Romani fueron segregadas de forma indiscriminada en lotes, distribuidas en distintos Museos, y esta puede ser la razón de la diferencia entre colecciones. La colección que custodia el Museo de Barcelona con el nombre de Colección Vidal, presenta unos contenidos homogéneos cuyas características tecnomorfológicas permiten su asimilación a las que presentan con carácter general los complejos industriales de facies laminar de las regiones adyacentes, extendiéndose a lo largo de la cuenca mediterránea durante el Tardiglaciario (Paleolítico Superior-final), ya sean de tradición epigravetiense o de stirpe magdaleniense (Fortea y otros 1985).

Es evidente que la confirmación de una posible existencia de un Paleolítico Superior final cuestionaría la utilización de los elementos de adorno personal como indicadores del paso del Paleolítico Medio al Superior en este yacimiento (Vaquero 1992: 87).

Como comentario final, diremos que nuestro trabajo pretendía dar a conocer una colección arqueológica que encierra en sí misma un evidente interés. Por ello, su publicación cumple a la perfección los objetivos de todo Museo en lo que respecta a la difusión de sus propios fondos. Cuestionar el derecho de las personas que trabajan y colaboran con los Museos a publicar materiales exhumados en un pasado ya lejano —en el caso que nos ocupa, hablamos de un lapso de tiempo cercano a un siglo— desautorizando su aportación al mundo de la investigación con el argumento simple y demagógico de que no forman parte del equipo de investigación que trabaja en la actualidad en el yacimiento, supone tener un sentido excesivamente patrimonialista de la investigación arqueológica, lo cual no beneficia a nadie.

Domènec Campillo y Angels Casanovas
Museu d'Arqueologia de Catalunya

BIBLIOGRAFÍA

- BALCELLS, L. (1999): S'han trobat unes fustes úniques a l'Abric. L'equip d'Eduard Carbonell ha trobat utensilis de fusta treballada neandertals. *Regió 7* (Manresa-Vic), 13/09/99.
- BARTROLÍ, R.; CEBRIÀ, A.; MURO, I.; RIU-BARRERA, E.; VAQUERO, M. (1995): *A frec de la ciència. L'Atlas d'Amador Romani i Guerra*. Capellades, Ajuntament de Capellades.
- CAMPILLO, D.; CASANOVAS, A.; CHIMENOS, E.; NADAL, J. (1999): Materiales paleolíticos y fragmento craneal humano de Agut-Romaní en la colección Vidal del Museo d'Arqueologia de Barcelona. *Complutum*, 10: 25-45.
- CARBONELL, E.; CEBRIÀ, A.; ROSELL, J.; SALA, R.; VAQUERO, M. (1996a): Els conjunts III i IV de l'Abric Romaní (Capellades, campanyes 1988-1994). Una seqüència d'ocupacions del paleolític mitjà. *Tribuna d'Arqueologia*, 1994-1995: 27-38.
- CARBONELL, E.; CEBRIÀ, A.; ALLUÉ, E.; CÁCERES, I.; CASTRO, Z.; DIAZ, R.; ESTEBAN, M.; OLLE, A.; PASTÓ, I.; RODRÍGUEZ, X.P.; ROSELL, J.; SALA, R.; VALLVERDÚ, J.; VAQUERO, M.; VERGÉS, J.M. (1996b): Behavioural and organizational complexity in the Middle Paleolithic from the Abric Romaní. *The last neanderthals, the first anatomically modern humans: a tale about the human diversity* (E. Carbonell y M. Vaquero, eds.), Universitat Rovira i Virgili, Tarragona: 385-434.
- CARBONELL, E.; VAQUERO, M. (2000): Los yacimientos paleolíticos del Abric Romaní y el abric Agut (Capellades, Barcelona): Réplica a Campillo *et alii*. *Complutum*, 11: 29-34.
- FORTEA, J. *ET ALII* (1983): Schéma paléoclimatique, faunique et chronostratigraphique des industries à bord abattu de la région méditerranéenne espagnole. *Rivista di scienze preistoriche*, XXXVIII (1-2): 21-67.
- L.A.U.T. (1992): Abric Romaní, Nivell H: un model d'estrategia ocupacional al pleistocè superior mediterrani. *Estrat*, 5: 157-308.
- JORDÀ PARDO, J. (1982): La malacofauna de la cueva de Nerja II. Elementos ornamentales. *Zephyrus*, XXXIV-XXXV: 89-98.
- JUAN-MUNS, N. (1985): La ictiofauna dels jaciments arqueològics catalans. *Cypsela*, V: 21-34.
- MORA, R.; CARBONELL, E.; CEBRIÀ, A.; MARTÍNEZ, J. (1988): Els sòls d'ocupació de l'Abric Romaní (Capellades, Anoia). *Tribuna d'Arqueologia*, 1987-88: 115-123.
- MUSEO ARQUEOLÓGICO DE BARCELONA (1955): *Guías de los Museos de España*. N° 11, Madrid.
- MUSEO ARQUEOLÓGICO DE BARCELONA (1981): *Guía*. Guías N° 3, Diputación de Barcelona, Barcelona.
- PAPÍ RODES, C. (1989): Elementos de adorno-colgantes del Paleolítico superior y epipaleolítico en los fondos del Museo Arqueológico Nacional. *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, VII: 29-46.
- ROMANI, A. (1917): *Catálogo de la sección de Paleontología ibérica*. Biblioteca-Museo Balaguer, Vilanova i la Geltrú.
- SACCHI, D. (1986): *Le Paléolithique supérieur du Languedoc occidental et du Roussillon*. XXIIe supplément à Gallia Préhistoire, CNRS, París.
- SOLER MAYOR, B. (1990): Estudio de los elementos ornamentales de la cova del Parpalló. *Saguntum*, 23: 39-57.
- TABORIN, Y. (1993): *La parure en coquillage du Paléolithique*. XXIXe supplément à Gallia Préhistoire, CNRS, París.
- UTRILLA, P. (1992): Aragón/Litoral Mediterráneo. Relaciones durante el Paleolítico. *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 9-35.
- VAQUERO, M. (1992): Abric Romaní. Procesos de canvi tecnològic al voltant del 40.000 BP. Continuïtat o ruptura. *Estrat*, 5: 9-156.
- VAQUERO, M. (1999): Variabilidad de las estrategias de talla y cambio tecnológico en el Paleolítico Medio del Abric Romaní (Capellades, Barcelona). *Trabajos de Prehistoria*, 56: 37-58.
- VAQUERO, M.; ALEGRE, P.; GALINDO, E.; MARTÍNEZ, K.; MARTORELL, S.; PLANA, X.; RANCO, J.M.; GARCÍA-ANTÓN, D.; MALLOL, C.; MORANT, N. (1997): Organización espacial de la producción lítica en un yacimiento del Paleolítico Medio: niveles I y J del Abric Romaní (Capellades, Barcelona). *II Congreso de Arqueología Peninsular. Tomo I. Paleolítico y Epipaleolítico* (R. de Balbín y P. Bueno, eds.), Fundación Rei Alfonso Henriques, Zamora: 35-49.
- VIDAL, LL.M. (1911-12): Abric Romaní, Estació Agut, Cova de l'Or o dels Encantats. Estacions prehistòriques de les èpoques mosteriana, magdaleniana i neolítica a Capellades i Sta. Creu d'Olorde (Barcelona). *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, IV: 267-302.

Arqueología y gestión del patrimonio celtibérico: ¿Quién establece la agenda?

V Simposio sobre Celtíberos: Gestión y desarrollo. Daroca, 9-11 de noviembre de 2000

Desde comienzos de los años ochenta la arqueología en España viene experimentando un extraordinario impulso que ha llegado a cambiar la propia anatomía de la disciplina (Aquilué y Dupré 1995; Martínez Navarrete 1997-98; Ruiz Zapatero 1993). No sólo se ha incrementado el interés de la arqueología como tema de estudio académico en la Universidad (Querol 1997; VV.AA. 1993) y se ha configurado un sector profesional independiente de la docencia -con la irrupción en el mercado de las empresas privadas- sino que se ha gestado un nuevo concepto del Patrimonio como recurso cultural (Ballart 1997; Querol y Martínez 1996), habiéndose producido un ascenso muy significativo de la proyección social de ese patrimonio, que empieza a ser demandado como un producto más en el mercado del ocio (Fernández y del Val 1999; Ruiz Zapatero 1998a). Como ha señalado recientemente Felipe Criado (1996: 17), hoy coexisten en la disciplina cuatro sectores forzados a entenderse: (a) la arqueología académica o universitaria, (b) la arqueología divulgativa o museográfica, (c) la arqueología pública y (d) la arqueología comercial o contractual.

Las transferencias de la Administración central a la autonómica en materia de arqueología han resultado positivas a la hora de una gestión más próxima y responsable (Salvatierra 1996) pero, a cambio, han supuesto una verdadera fragmentación de la actividad arqueológica y algunos excesos (González Morales 1994; Hernández Hernández 1994). Estos nuevos factores y necesidades han propiciado, sobre todo en la denominada *Arqueología de Urgencia*, (1) un desigual desarrollo de los proyectos de excavación a gran escala, pues no siempre han tenido su correspondencia en publicaciones serias de los resultados, (2) un fuerte incremento de los sondeos de evaluación, destinados más a identificar y catalogar que a obtener información a través de la excavación en área, y (3) un interés creciente por la elaboración de cartas arqueológicas e inventarios, potenciado desde las administraciones con vistas a la conservación y protección del patrimonio arqueológico (Jimeno, del Val y Fernández 1993; Ruiz Zapatero y Jimeno 1999). La demanda de suelo urbanizable ha traído como consecuencia la progresiva introducción en el mercado laboral del arqueólogo como un profesional más. Ahora las empresas privadas son las que pagan las intervenciones de urgencia mientras los profesionales de la Universidad buscan nuevas fuentes de recursos y compiten en el mercado de la Arqueología Pública. El sistema de financiación tradicional ha entrado por tanto en crisis y además estamos asistiendo a un cambio radical de protagonistas: frente a lo que sucedía hace prácticamente cuatro lustros, ahora una gran parte de las intervenciones de campo son monopolizadas por la administración o bien por los arqueólogos-empresarios. De manera que la Arqueología como ciencia básica o generadora de conocimiento histórico se ha visto relegada a un segundo término. Este conflicto entre educación y práctica arqueológica (Wiseman 1983: 7-8) podría encontrar alguna solución orientando los planes de estudio hacia una formación más completa que permitiese dirigir la actividad profesional no sólo al ámbito docente e investigador, sino también a la empresa privada, a la arqueología de gestión y a los centros de patrimonio. En otras pa-

labras, una formación integral de los futuros arqueólogos para todas las posibles salidas profesionales (Ruiz Zapatero 1998b). Aunque, dada la gran variedad de especializaciones que necesitan los diferentes tipos de arqueólogos, tal vez debamos empezar a ensayar sistemas más flexibles, por ejemplo ofreciendo al futuro arqueólogo la posibilidad de elegir entre distintos niveles de cualificación profesional -como ha señalado recientemente Collis (2000a, 2000b) para el Reino Unido- que complementen de alguna manera la tradicional oferta universitaria y respondan así a las nuevas demandas del mercado de trabajo. En la esfera de la Arqueología de Campo, los propios Departamentos universitarios podrían constituir unidades de intervención (Criado 1996: 32), al estilo de las *Archaeological Units* británicas, funcionando como grupos autofinanciados o mixtos y con firme voluntad pública.

En resumen, la Arqueología goza actualmente en nuestro país de un buen estado de salud, se define de forma bastante más amplia y compleja, y la comunidad arqueológica que investiga, gestiona, protege y difunde el Patrimonio Arqueológico es bastante más grande y diversa de lo que era hace una generación. Se reclama a la investigación arqueológica una rentabilidad social y económica. La cultura y el ocio forman parte indisoluble de la arqueología del mañana y la formación de nuevos especialistas es algo con lo que ya debe contar la investigación arqueológica (Fernández-Posse 1998: 276). Y aunque muchos empleos en la arqueología permanecen precarios -de hecho carecemos de todo tipo de datos al respecto- es indudable que mucha más gente se gana la vida con dicha actividad hoy que hace 20 años.

Sabido es que desde mediados de los años ochenta las Comunidades Autónomas vienen llevando a cabo diferentes proyectos encaminados a la puesta en valor del Patrimonio Histórico y Arqueológico, desarrollo que no afecta solamente al conocimiento de nuestra historia y de nuestras ciudades, sino también a la difusión de su riqueza arqueológica y a la mejora del nivel de la calidad de vida de estas últimas. Una consecuencia positiva ha sido, por ejemplo, la ampliación de las categorías patrimoniales, introduciendo en el discurso conceptos nuevos como el de *paisajes arqueológicos* (Darvill, Gerrard y Startin 1993; Santos, Parceros y Criado 1997), entendiéndose por tales aquellas geografías con una significativa concentración de sitios y monumentos. Sin embargo, el vacío existente en reuniones científicas vinculadas con temas de gestión y patrimonio -una forma de potenciar el conocimiento y la valoración de territorios históricos- sigue siendo muy importante, por lo que cualquier iniciativa dirigida en este sentido debe ser bien recibida.

Coordinado por el Prof. Francisco Burillo, del 9 al 11 de noviembre del 2000 se ha celebrado en Daroca el *V Simposio sobre Celtíberos: Gestión y Desarrollo*, con el mecenazgo de la Institución Fernando el Católico, de su filial, el Centro de Estudios Darocenses, y el apoyo de la Asociación para el Desarrollo Rural Integral (ADRI). Nos hallamos, por tanto, ante la plasmación de un nuevo foro a 3 años de la última reunión, y cita de interés para conocer las novedades que depara el ámbito celtibérico. Las comunicaciones presentadas se estructuraron en torno a 8 ponencias. Éstas

últimas versaron sobre: *Propuesta de delimitación de la Celtiberia* (F. Burillo y A. Capalvo), *Protección y prevención del Patrimonio celtibérico: inventarios* (J. Ibáñez, C. Polo y J. Ortega), *Museos* (J. Vicente Redón), *Proyección social de la cultura celtibérica: investigación y divulgación* (G. Ruiz Zapatero), *Yacimientos, sitios y zonas arqueológicas: didáctica y presentación al público* (A. Jimeno), *Aulas arqueológicas y centros de interpretación* (J.R. Álvarez-Sanchís y J.I. de la Torre), *Las escuelas taller como modelo en la conservación y protección del patrimonio: la experiencia de Segóbriga* (J.E. Benito López), y, finalmente, *Patrimonio celtibérico como recurso económico* (M^a.L. Cerdeño y J.J. Hernández). Como colofón, tuvo lugar el último día el *I Foro de Didáctica, Reconstrucción y Divulgación del Patrimonio Arqueológico* (coordinado por F. Burillo y J.M. Pastor) que, en colaboración con distintas entidades municipales, instituciones y empresas arqueológicas, tenía por objeto “brindar un espacio físico en el que poder compartir las diferentes experiencias e iniciativas emprendidas en este campo dentro del ámbito nacional, y ofrecer una orientación de futuro en la que los investigadores puedan ver reflejado el objetivo de su trabajo: dar a conocer la Historia para comprender el presente”.

Son, pues, la gestión, la difusión del patrimonio y los recursos culturales los motivos implícitos de esta reunión. Pese a la dificultad de fijar con precisión los rasgos esenciales que definen el *espacio celtibérico* -conviene recordar los problemas de delimitación territorial y cronológica aún deudores del discutido concepto de celtibero- se ha creído conveniente limitar las intervenciones del simposio en relación al Sistema Ibérico, eje vertebrador donde se asentó la Celtiberia nuclear e histórica y que corresponde en la actualidad a una de las zonas más deprimidas y de menor potencialidad demográfica de la Península Ibérica. A juicio de los organizadores, las distintas administraciones involucradas -Aragón, Castilla-La Mancha, Castilla-León, La Rioja- no han contemplado hasta el presente la potencialidad que puede suponer considerar ese espacio como una unidad histórica y cultural, seguramente una de las vertientes más prometedoras para su futuro desarrollo.

La iniciativa tuvo una moderada acogida entre los especialistas. Cierto es que hasta el momento todas las reuniones que se han centrado en el tema de la cultura celtibérica han sido extraordinariamente fructíferas al plantear un estado de la cuestión de la actividad investigadora, pero siempre, o casi siempre, desde el discurso académico, en la consideración de la arqueología como ciencia básica y no aplicada. Otro indicador muy significativo ha sido la ausencia de representantes de las instituciones políticas y administrativas. Sin entrar en cuestiones formales sobre las alegaciones de las partes implicadas, lo anterior incita a reflexionar, especialmente porque el desarrollo de los modelos de gestión y presentación del pasado al público constituyen un aspecto clave de la arqueología contemporánea y su crecimiento será imparable a corto plazo (González Méndez 1996). La sensibilidad social hacia la Arqueología está cambiando positivamente, y la atención prestada por los medios de comunicación es un buen ejemplo de ello (Ruiz Zapatero y Mansilla 1999). Los arqueólogos no pueden mantenerse al margen y deben intervenir en los mecanismos de divulgación para evitar las visiones sesgadas del pasado. Una de las tareas más urgentes será adecuar el curriculum de profesores

e investigadores a las nuevas necesidades de la Arqueología Pública. Está claro que existe un ávido interés del público por la arqueología, pero lo que no está tan claro -por lo menos para algunos arqueólogos- es si esa relación debe ser correspondida en los mismos términos. Y el tema no es baladí, entre otros motivos porque si la investigación, la valoración y la presentación del pasado son inseparables de la base social del arqueólogo, ¿quién define entonces el pasado que hay que mostrar al público? (Bahn 1998: 79). Hay que reconocer que la dificultad de llenar un aforo dedicado a la gestión del patrimonio celtibérico es el resultado, de alguna manera, del divorcio que ha existido entre investigación y difusión (Sanmartí y Santacana 1989), pero es precisamente en el reconocimiento de ese vacío donde debe de fraguarse el desarrollo de futuras investigaciones.

Dos son los principales problemas que se advierten en la veintena larga de intervenciones (entre comunicaciones y ponencias) y en las discusiones del simposio. En primer lugar la atomización de la práctica arqueológica y conservacionista en las diferentes comunidades autónomas, sin apenas canales de información e intercambio de experiencias. En segundo lugar, la desconexión más o menos profunda entre los cuatro grandes protagonistas arqueológicos -Universidades, Museos, Administración y Empresas- faltando, salvo casos excepcionales, proyectos de colaboración conjunta. La situación ofrece un panorama fragmentario y esto se traduce en la sensación creciente de que cada uno de los protagonistas se siente aislado, sin objetivos claros y sin interlocutores para una mejora integral de la Arqueología. La falta de criterios rigurosos para evaluar la relevancia de los yacimientos, museos de sitio, aulas arqueológicas, centros de interpretación o parques de arqueología facilita opiniones sesgadas en los procesos de evaluación (González Méndez y Otero 1997: 513-514). No en vano, se requiere que coincidan en los sitios unos niveles mínimos de interés histórico y educativo con la existencia de una adecuada infraestructura de acceso, propaganda, mantenimiento y seguridad (Moure 1994: 46), y, además de todo lo anterior, imaginación y dinero para su puesta en marcha (Ruiz Zapatero 1998a: 19). La noticia de la arribada de fondos europeos destinados a paliar las necesidades de áreas deprimidas del continente es un buen incentivo para el desarrollo de territorios históricos como el celtibérico, y así quedó reflejado en las discusiones que siguieron a la última ponencia del simposio. Una de las actuaciones más interesantes en este terreno ha sido la creación, en 1999 en Zaragoza, de la asociación *Develop Celtiberia*, formada por profesionales de diferentes ramas que proponen actuaciones coordinadas transregionalmente a favor de estas tierras. La iniciativa ha derivado en el programa de desarrollo *Espacio Celtiberia* (<http://www.galeon.com/celtiberia/>) en el que se plantea la vertebración de los elementos más singulares y comunes del patrimonio regional (antigua cultura celtibérica, estructura del paisaje, etnografía...), al tiempo que se dirige a grupos de desarrollo rural y entidades locales siguiendo las directrices del programa de innovación rural LEADER que, de forma explícita, estimula y apoya actuaciones entre comarcas y regiones. A primera vista las posibilidades del proyecto son enormes. Otra cosa es cómo articular la gestión de esos recursos entre las diferentes administraciones autonómicas y sus socios arqueólogos.

La abundancia de restos arqueológicos en el espacio

rural celtibérico es de sobra evidente, pero para asegurar la viabilidad de determinados sitios, su impacto en la población del entorno, hay que empezar a considerar criterios rigurosos de evaluación sobre el "estado de salud" de los monumentos antes de adoptar decisiones de cara a su presentación al público (Darvill y Wainright 1994; Ruiz Zapatero 1998a), y cuestiones como la estadística, sobre todo a la hora de establecer quién, cuándo y cómo se establece la agenda de los sitios a intervenir o de los sitios a interpretar. A corto y medio plazo cuatro grandes áreas monopolizarán la actividad arqueológica en España: (1) el inventario y preservación de los yacimientos *in situ*, y, eventualmente, su adecuación para la presentación pública (Deeben *et al.* 1999; Jameson 1997; Ruiz Zapatero 1997), (2) la exhibición de las colecciones en unos "nuevos" museos (Davis 1999; Gaimster 1994; Merriman 1999; VV.AA. 1997), (3) la difusión de los resultados de la investigación, y (4) la promoción de la educación pública en Arqueología mediante múltiples pro-

cedimientos (McManus 1996; Stone y Planel 1999; VV.AA. 2000).

De cara al siglo XXI la actividad arqueológica implicará la movilización de importantes recursos económicos y no podrá reducirse sólo a la investigación básica. La función social de la Arqueología y la presentación de sitios arqueológicos al gran público crecerá en importancia, y las labores relacionadas con su gestión, conservación y exhibición también tendrán, evidentemente, reconocimiento investigador (Ruiz Zapatero 1998a). Pienso que la conjunción de todas esas áreas permite ser moderadamente optimista sobre las posibilidades de futuro, aunque será preciso contar con proyectos de intervención bien diseñados que deberemos compartir con otros grupos profesionales.

Jesús R. Álvarez-Sanchís

Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense

BIBLIOGRAFÍA

- AQUILUÉ, X.; DUPRÉ, X. (1995): El estado actual de la Arqueología Clásica en España. Algunos comentarios. *Reflexiones sobre las Ciencias de la Antigüedad en España* (J. Gómez Pallarés y J.J. Caerols Pérez, eds.), Ediciones Clásicas, Madrid: 48-66.
- BALLART, J. (1997): *El Patrimonio histórico y arqueológico. Valor y uso*. Ariel, Barcelona.
- BAHN, P. (1998): *Introducción a la Arqueología*. Acento Editorial, Madrid.
- COLLIS, J.R. (2000a): University Education in Archaeology in Britain: an overview. *III Seminari Arqueologia I Ensenyament*, Treballs d'Arqueologia, 6: 145-152.
- COLLIS, J.R. (2000b): Towards a national training scheme. *Antiquity*, 74: 208-214.
- CRiado, F. (1996): El futuro de la arqueología ¿La arqueología del futuro? *Trabajos de Prehistoria*, 53 (1): 15-35.
- DARVILL, T.; GERRARD, CH.; STARTIN, B. (1993): Identifying and protecting historic landscapes. *Antiquity*, 67: 563-574.
- DARVILL, T.; WAINRIGHT, G. (1994): The Monuments at Risk Survey: an introduction. *Antiquity*, 68: 820-824.
- DAVIS, P. (1999): *Ecomuseums. A Sense of Place*. Leicester University Press, Leicester.
- DEEBEN, J.; GROENEWOUTD, B.J.; HALLEWAS, D.P.; WILLEMS, W.I.H. (1999): Proposals for a practical system of significance evaluation in archaeological heritage management. *European Journal of Archaeology*, 2(2): 177-199.
- FERNÁNDEZ, J.J.; DEL VAL, J. (1999): Museos de sitio en Castilla y León. Las aulas arqueológicas. *Museo*, 4: 69-80.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M^a.D. (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Síntesis, Madrid: 276.
- GAIMSTER, T. (ed.) (1994): *Museum archaeology in Europe*. Oxbow Books, Oxford.
- GONZÁLEZ MÉNDEZ, M. (1996): Viajes a vestigios, incitación del consumo a la arqueología. *Difusión del Patrimonio Histórico* (VV.AA., eds.), Junta de Andalucía, Sevilla: 44-59.
- GONZÁLEZ MÉNDEZ, M.; OTERO, C. (1997): Una propuesta de diseño de expositores y guías de recursos arqueológicos. *Gallaecia*, 17: 511-522.
- GONZÁLEZ MORALES, M.R. (1994): Justificando las raíces: Política y Arqueología en la España Autonómica. *Arquítica*, 8: 8-10.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F. (1994): Luces y sombras del Patrimonio Histórico Español: La Fundación Cultural Banesto. *Arquítica*, 8: 15-17.
- JAMESON, J.H. (ed.) (1997): *Presenting archaeology to the public*. Altamira Press, Walnut Creek (CA).
- JIMENO, A.; DEL VAL, J.; FERNÁNDEZ, J.J. (eds.) (1993): *Actas, Inventarios y Cartas Arqueológicas*. Junta de Castilla y León, Valladolid.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, I. (1997-98): The development of Spanish archaeology in the 20th century. *Archaeologia Polona*, 35-36: 319-342.
- MCMANUS, P.M. (ed.) (1996): *Archaeological Displays and the Public*. Institute of Archaeology, Londres.
- MERRIMAN, N. (1999): *Making Histories in Museums*. Leicester University Press, Leicester.
- MOURE ROMANILLO, A. (1994): Las raíces del futuro. Arqueología, patrimonio arqueológico y sociedad actual. *Patrimonio Histórico* (R.M^a. Blasco Martínez, dir.), Universidad de Cantabria-Asamblea Regional de Cantabria, Santander: 40-56.
- QUEROL, M^a.A. (1997): La Arqueología en las Universidades españolas. *Boletín de Patrimonio Histórico*, 22: 15-8.
- QUEROL, M^a.A.; MARTÍNEZ, B. (1996): *La Gestión del Patrimonio Arqueológico en España*. Alianza Editorial, Madrid.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1993): La organización de la Arqueología en España/The organization of archaeology in Spain. *Teoría y Práctica de la Prehistoria: Perspectivas desde los Extremos de Europa* (M^a.I. Martínez Navarrete, ed.), Universidad de Cantabria, Madrid-Santander: 45-73.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1997): La ciudadela ibérica de Calafell (Tarragona): Un viaje al pasado. *Trabajos de Prehistoria*, 54 (2): 175-177.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1998a): Fragmentos del pasado: la presentación de sitios arqueológicos y la función social de

- la Arqueología. *II Seminari Arqueologia i Ensenyament* (P. González Marcén, ed.), Treballs d'Arqueologia 5: 7-34.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1998b): Enseñando arqueología... ¿hay algo que decir? *Arqueoweb*, 0 (www.ucm.es/info/arqueoweb).
- RUIZ ZAPATERO, G.; JIMENO, A. (1999): Archaeological inventories in Spain: problems and solutions in a decentralized country. *Our Fragile Heritage. Documenting the Past for the Future* (H.J. Hansen y G. Quine, eds.), The National Museum of Denmark: 35-49.
- RUIZ ZAPATERO, G.; MANSILLA, A. (1999): L'arqueologia en els mitjans de comunicació. Materials per a una reflexió crítica sobre la divulgació del passat. *Cota Zero*, 15: 42-62.
- SALVATIERRA, V. (1996): Historia y desarrollo del modelo andaluz de Arqueología. *Trabajos de Prehistoria*, 51(1): 3-13.
- SANMARTÍ, J.; SANTACANA, J. (1989): Investigació arqueològica i difusió de l'arqueologia: un divorci? *L'Avenc*, 124: 22-25.
- SANTOS, M.; PARCERO, C.; CRIADO, F. (1997): De la Arqueología Simbólica del Paisaje a la Arqueología de los Paisajes Sagrados. *Trabajos de Prehistoria*, 54(2): 61-80.
- STONE, P.G.; PLANEL, PH.G. (eds.) (1999): *The Constructed Past. Experimental archaeology, education and the public*. Routledge, Londres.
- VV.AA. (1993): Dossier "Arqueología y reforma dels plans d'estudis". *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 3: 336-349.
- VV.AA. (1997): Dossier "Representing Archaeology in Museums". *The Museum Archaeologist*, 22.
- VV.AA. (2000): Dossier "Education in Archaeology". *Antiquity*, 74: 122-218.
- WISEMAN, J. (1983): Conflicts in Archaeology: Education and Practice. *Journal of Field Archaeology*, 10: 1-9.

El Pasado en Imágenes:

Envisioning the Past: Constructing Knowledge Through Pictorial Traditions. International Conference. Southampton 10-12 november 2000

Entre los días 10 y 12 de noviembre de 2000 tuvo lugar la Conferencia Internacional titulada *Envisioning the past: constructing knowledge through pictorial traditions*, que podríamos traducir por *Imaginando el pasado: construyendo el conocimiento a través de las tradiciones pictóricas*. El título, sobre todo el subtítulo, de esta conferencia sugiere una perspectiva diacrónica, esto es a partir de la aparición de las primeras imágenes del pasado (pinturas, grabados, fotografías), desde los orígenes de la disciplina arqueológica hasta nuestros días (vídeos, CD-Rom, realidad virtual, etc.). Sin embargo esta perspectiva temporal no se ofreció, recayendo un mayor peso sobre la actualidad y rompiendo vínculos con la tradición, no tanto por el hecho de no tratarse aspectos relativos a estas cuestiones antes del siglo XX, que sí hubo comunicaciones al respecto, sino por la forma descoordinada en que se presentaron y organizaron las mismas, haciendo difícil establecer vínculos claros con las tradiciones pictóricas. Algo que sí se puede ver en los trabajos pioneros de S. Moser (1992, 1998 a y b) y Moser y Gamble (1997), que sin embargo no presentaron ninguna comunicación en esta ocasión, o los de J. Estévez y A. Vila (1999) sobre la construcción del Paleolítico en la Península Ibérica y de Querol (2000) y Querol *et alii* (2000) más centrado este último en el discurso textual. Una visión de la tradición más consistente durante las sesiones habría permitido comprender la realidad actual sin que parezca surgida *ex-nihilo* como en general dio la impresión.

Se puede hablar también de una cierta sobrerrepresentación de participantes anglosajones, de universidades británicas, norteamericanas y principalmente de la Universidad de Southampton, lo que puede deberse entre otras cosas al hecho de que se desarrolle en ella el curso *MA Archaeology of Art and Representation* coordinado por S. Moser y T.

Dowson. Otro aspecto curioso desde una perspectiva de género es el hecho de que los estudiantes de la universidad de Southampton y universidades próximas que presentaron comunicaciones fueron fundamentalmente alumnos, mientras que entre los investigadores ya consagrados sí se encontraban mujeres y casi todas ellas no británicas (representantes de Bélgica, de Grecia, de Estados Unidos, de Argentina etc.). Tal vez esto pueda relacionarse con el tipo de temas abordados: los jóvenes estudiantes se ocuparon de las nuevas tecnologías, mientras que las mujeres abordaron temas relativos a historiografía, cuestiones de identidad (género, raza, diferencia, etc.) y percepción del pasado. No hubo ninguna comunicación exclusivamente sobre arqueología del género, sino sobre "queer archaeology", siendo en este caso la imagen sólo el telón de fondo, tal vez el anuncio de futuros trabajos, de un marco teórico cuyos principios se encuentran ya en algunos artículos clave (Dowson 1998, 2000).

Se presentaron una veintena de comunicaciones agrupadas en torno a siete sesiones que, aunque sin título explícito, respondían a su afinidad temática. En este sentido la que más se ajustó a este criterio fue la primera dedicada a los Orígenes de la Humanidad, si bien alguna más de las comunicaciones hubiera sido adecuada dentro de la misma, como la titulada "Africa, ape-men and ancestors: envisioning African origins in museums exhibits of human evolution" presentada por Monique Scott. En las demás sesiones resultó un poco confuso el criterio de agrupación. Se abordaron temas diferentes, en líneas generales historiografía, la conferencia de A. Schmapp "Histoire de l'Art et Archaeologie" y las comunicaciones de S. Pratt "The American time machine: indians and the visualization of ancient Europe" y de M^a Wyke "Visualising Ancient Rome in Fascist Italy: Mussolini and Julius Caesar", de historia de la ciencia, la co-

municación de I. Podgorny “The Behemoth of the Pampas: the representations of the Megatherium and other extinct mammals in early XIX century anatomy and museums displays”, de museología, el trabajo de M. de Grooth “Archaeology at Maastricht: interfacing the past and the present, y un importante número de participantes trataron temas relativos a la divulgación como J. Hodgson “These romans are crazy! The formation of a popular iconography for the past through the art of the cartoonist, 1800-2000”, N. Galanidou “In a child’s eyes: early prehistoric life in illustrated children’s books”, J. Koepke “Beyond the generic landscape view: the visual presentation and interpretation of ancient Native American settlements” y J. Dikson “Dual pasts: the visual representation of the Maori in the New Zealand School Journal 1907-1999”. También hubo cabida para las cuestiones de teoría y metodología en las comunicaciones de T. Dowson “Modelling the prehistoric family, constructing the contemporary family: envisioning the past and the heterosexual hegemony”, de J. Bateman “Juninho’s shirt: record and negotiation in excavation photographs”, de F. Bohrer “Photography and archaeology: the image as object”, de Y. Hamilakis “Monumental visions: photography and the reception of classical antiquity in the 19th century”, y de M. Owen “HG. Beyen’s tautological use of ancient paintings”.

El elemento común eran las imágenes, entendidas como la cristalización de interpretaciones del pasado concretas, en un sentido amplio, procedentes de contextos temporales, geográficos y temáticos muy diferentes. Sin embargo el tratamiento de los distintos soportes fue eminentemente arqueológico o artístico. Así la fotografía, la realidad virtual, el vídeo, etc. no se abordaron en cuanto tales, no se ahondó en los sistemas de análisis de esos distintos discursos visuales, de qué y cómo nos están hablando además de sobre arqueología o de un pasado según los cánones de la época en que fueron realizados. Por ejemplo los trabajos sobre videojuegos (“Video killed interpretative VR: computer visualisations on the television screen”, “Shouting Lara, Lara, Lara! Archaeology and the “tombraider” phenomenon”, “Vorsprung durch technik. Representations of the past in computer games-The case of Age of Empires and Age of Empires II: The Age of Kings”), mostraban únicamente lo que arqueológicamente tenía sentido o era un sinsentido para la comunidad arqueológica (anacronismos de monumentos, ética arqueológica dudosa...), aunque se tuvo en cuenta el momento en que aparecen estos productos, el impactante volumen de ventas, la cultura actual profundamente visual, etc. Sin comentar sin embargo nada respecto a qué hay de singular en esas imágenes de la arqueología, los/as arqueólogos/as o el pasado respecto a las ideas transmitidas por otros medios, ilustraciones, fotografías, vídeo,... y qué mecanismos diferentes utilizan estos nuevos medios, si se mantienen o no fieles a una serie de tópicos de representación, a ideas preconcebidas respecto a estos temas. Por ejemplo al

hablar de la imagen y éxito de el único referente que se menciona es el aventurero Indiana Jones, sin buscar ninguna relación con otras heroínas, no necesariamente arqueólogas, tanto del mundo de la ciencia ficción (Bonner 1992) como del cómic y del cine. No hay que olvidar que su lenguaje es distinto al texto ilustrado tradicional, ni los colores, ni el movimiento, ni los sonidos, ni los ángulos y perspectivas son al azar; hay toda una forma de comunicación con el público, un mensaje a transmitir que centrándonos sólo en el elemento arqueológico perdemos. En este sentido resultó interesante el trabajo presentado por J. Hodgson “These romans are crazy! The formation of a popular iconography for the past through the art of the cartoonist, 1800-2000”, quien expuso brevemente cuáles son los mecanismos que explican las tiras cómicas para comprender por qué determinados elementos del pasado se recogen y perpetúan y otros no. Se trata de un tema curioso con algunas experiencias previas (ver monográficos *Cambridge Archaeological Review* (1992), 11(2) o *Complutum* (1997), 8, o sobre el papel del pasado en los chistes políticos griegos Hamilakis 2000).

Finalmente hay que valorar muy positivamente el hecho de que se celebre una conferencia sobre este tema y con carácter internacional, pues hasta el momento parece que es en el ámbito anglosajón donde esta línea de investigación tiene mayor proyección. No hay que descartar tampoco la posibilidad de que éste haya sido el primero de una larga serie de encuentros para debatir estas cuestiones. Tal vez esta conferencia marque un hito y sea referente básico para los estudiosos de la materia. Si bien es necesario mencionar ausencias notables de cara a futuras conferencias. Así el mundo de los museos quedó únicamente representado por la conservadora del museo de Maastrich y un estudio de público en museos norteamericanos, mientras que ningún representante de museos británicos o del English Heritage estuvo presente, a pesar de su ya larga tradición en la interpretación del patrimonio histórico y arqueológico y en los “re-enactments” tan ligados a las visiones y construcciones del pasado. El resultado fue una visión un poco pobre y sesgada, desde la óptica únicamente del mundo universitario, pues tampoco hubo ninguna comunicación de miembros de empresas ligadas a la divulgación del patrimonio, alguna de las cuales sí participó sin embargo en la esponsorización del evento y presentó un póster.

Conviene así mismo señalar que el desarrollo de estas líneas de investigación dentro de nuestra arqueología puede resultar de enorme interés, especialmente en su dimensión social y no sólo una serie de experiencias curiosas realizados en contextos lejanos.

Ana M^a Mansilla Castaño

Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense

BIBLIOGRAFÍA

- BONNER, F. (1992): Towards a better way of being: feminist science fiction. *Imagining women: cultural representations and gender* (F. Bonner, ed.), Polity Press, Londres: 94-102.
- DOWSON, T. (1998): Homosexualitat, teoria queer i arqueologia. *Cota Zero*, 14: 81-87.
- DOWSON, T. (ed.) (2000): *Queer archaeologies*. *World Archaeology*, 32(2).

- ESTÉVEZ, J.; VILA, A. (1999): *Piedra a piedra. Historia de la construcción del paleolítico en la Península Ibérica*. BAR International Series, Oxford.
- HAMILAKIS, Y. (2000): No laughing matter. Antiquity in Greek political cartoons. *Public Archaeology*, 1: 57-72.
- MANSILLA CASTAÑO, A.Mª (1999): Imágenes de los orígenes de la humanidad: teorías e imaginario social. *Trabajos de Prehistoria*, 56(2): 184-87.
- MOSER, S. (1992): The visual language of archaeology: a case study of neanderthals. *Antiquity*, 66: 831-844.
- MOSER, S. (1998a): *Ancestral images: the iconography of human origins*. Cornell University Press, Stroud: Sutton.
- MOSER, S. (1998b): The dilemma of didactic displays. Habitat dioramas, life groups and reconstructions of the past. *Making early histories in museums* (N. Merriman, ed.), Cassell, Londres.
- MOSER, S.; GAMBLE, C. (1997): Revolutionary images: the iconic vocabulary for representing human antiquity. *The cultural life of images* (B. Molineaux, ed.), Routledge, Londres: 184-212.
- PODGORNY, I. (1999): Claudine Cohen: "L'homme des origines. Savoirs et fictions en préhistoire". *Trabajos de Prehistoria*, 56(2): 189-191.
- QUEROL, MªA. (2000): Jordi Estévez y Assumpció Vila: Piedra a piedra. Historia de la construcción del paleolítico en la Península Ibérica. BAR International Series. Oxford. 1999. *Trabajos de Prehistoria*, 57(1): 200-203.
- QUEROL, MªA.; DOMÍNGUEZ-RODRIGO, M.; FERNÁNDEZ LAVÍN, A.C.; TRIVIÑO Y YÁÑEZ, A. (2000): Sobre palabras e ideas: el proyecto de investigación "la mujer en el origen del hombre". *Arqueología Peninsular. História, Teoría e Prática* (V.O Jorge, coord.), ADECAP, Oporto: 337-344.
- TORELLI, M. (1991): Archeologia e fascismo. *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)* (J. Arce y R. Olmo, eds.), Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes y Archivos, Instituto de Restauración de Bienes Culturales, Madrid: 247-249.

Una mirada desde el Occidente europeo a la divulgación arqueológica:

Actes del III Seminari d'Arqueologia i Ensenyament: Recerca, Ensenyament i Patrimoni Local: Una visió des d'Europa. 16-18 novembre de 2000

Es ésta la tercera edición de un encuentro que puede convertirse en un clásico en la discusión sobre la Arqueología y la Educación en su sentido más amplio. Cada convocatoria desde 1996 (González Marcén 1996) ha estado orientada hacia una temática específica, lo que a su vez ha congregateado a un público con un perfil también diferente. La sede de este encuentro ha sido el Museu d'Història de Catalunya, un museo polémico, que carece de colección de piezas históricas por lo que descansa sobre un discurso expositivo divulgativo (*cf.* Casals 1994; Solé i Sabaté 1997), pero marco idóneo por lo sugerente de algunas de sus soluciones museísticas.

Durante el I Seminario en Septiembre de 1996 se abordaron principalmente experiencias puntuales de divulgación arqueológica en el ámbito de la educación así como el aprovechamiento de todas las posibilidades que la disciplina arqueológica ofrece en su aplicación didáctica. Siendo el público educadores en su mayoría, tanto de primaria como de secundaria. En el II Seminario en Noviembre de 1998 (González Marcén 1998) se debatieron los puntos de conexión entre investigación de base y divulgación arqueológica en general, parques arqueológicos, yacimientos musealizados, centros de arqueología experimental, talleres didácticos, etc. En aquella ocasión se pudo observar una escasa presencia de representantes del medio educativo y una mayor asistencia de investigadores (Mansilla 1999). En este III Seminario el *leitmotiv* ha sido la relación entre el patrimonio local, la divulgación arqueológica y la formación de los arqueólogos a nivel profesional (escuelas taller, escuela profesional de arqueólogos y estudios de postgrado). El tipo de experiencias que se presentaron congregó de nuevo tanto a investigadores como a educadores.

Podemos señalar como nota común respecto a las ediciones anteriores el hecho de que se haya producido una cierta focalización hacia Cataluña y el Levante peninsular tanto en cuanto a las participaciones en las comunicaciones como entre los asistentes. Sin embargo no todo está ya dicho en el terreno de la divulgación arqueológica, muy al contrario el paso del tiempo va poniendo de manifiesto el enorme camino que queda por recorrer en nuestro contexto geográfico y cómo son numerosos los temas y problemas aún por discutir. Pues si bien se va consiguiendo que algunos logros y experiencias, en otro momento impensables, sean parte ya de nuestra realidad. Es el caso de experiencias divulgativas arriesgadas como la ciudadela ibérica de Calafell -ver Ruiz Zapatero (1997) y Pou, Sanmartí y Santacana (1995)- o el hecho de que el interés por la arqueología sea creciente gracias a el fenómeno Atapuerca, las dificultades, debilidades e indefiniciones siguen siendo muchas: la desconexión entre diferentes campos como la pedagogía, la psicología, la sociología o la antropología en un terreno permeable como el la divulgación del patrimonio, o la falta de estudios de público en profundidad.

La nota novedosa que merece la pena subrayar es el que desde la organización se haya favorecido una perspectiva europea y mediterránea al contar con la presencia de comunicaciones de participantes de Italia y Portugal, así como de Francia y Gran Bretaña al igual que en las anteriores jornadas. Sobre lo fructífera que podría resultar esta participación mediterránea ya nos hicimos eco con anterioridad (Mansilla 1999), en el sentido de no tratar de trasplantar acriticamente modelos exitosos foráneos sino dar a conocer y compartir experiencias llevadas a cabo, o proyectos a realizar en un futuro, en este marco geográfico. No considero

excesivo reiterar la necesidad de tener en cuenta perspectivas amplias, los países no europeos también pueden ofrecernos soluciones brillantes aún con medios escasos, si bien las limitaciones financieras no permiten unas jornadas internacionales desde esta óptica global.

Otro aspecto positivo es el hecho de que se haya celebrado un III Seminario sobre un tema de estas características. La divulgación en arqueología no está muy definida aún, no puede considerarse una subdisciplina y tal vez aún falten trabajos serios, críticos y reflexivos sobre la misma. Pues hasta el momento parece ser algo que se da por sobreentendido, que forma parte inherente de toda práctica arqueológica, aunque nadie sepa muy bien de qué se trata y se preste a todo tipo de frivolidades sin base alguna. Hablar de patrimonio local no ha sido motivo de localismo, sino que se han abierto miradas a los múltiples patrimonios locales.

Desde un punto de vista formal han sido bastante intensos los tres días de jornadas, si bien no han llegado a ser maratonianos, permitiendo tiempos suficientemente amplios tanto de exposición como de debate. Fueron tres las sesiones en torno a las cuales se agruparon las diferentes comunicaciones: “Projectes educatius europeus entorn al patrimoni arqueològic local”; “La intervenció sobre el patrimoni arqueològic local des de la Formació Professional”; “Arqueologia i formació universitària” y una mesa redonda final sobre “Recerca, ensenyament i patrimoni local”.

En el aspecto organizativo merece la pena destacar dos buenas costumbres, en primer lugar, se ha intentado aunar teoría y práctica. Así en las anteriores ediciones se visitaron la ciudadela de Calafell y el conjunto arqueológico de Flor de Maig y en esta ocasión resultó muy interesante la visita al yacimiento ibérico de Puig del Castellar y el Museu Torre Balldovina (Santa Coloma de Gramanet). En el poblado ibérico se ha iniciado un proyecto de intervención y adecuación para su visita que cuenta ya con carteles explicativos, punto de información a la entrada y como elemento novedoso “*flips* didácticos” dentro del itinerario de visita en los que se concentra amplia información relativa al yacimiento y la cultura ibérica accesible a través de la manipulación directa, por ejemplo estratigrafías en varios cajones, práctica de escritura ibérica, etc. El Museu Torre Balldovina cuenta entre sus cuatro exposiciones temporales con una destinada a explicar el proyecto de actuación en el Puig Castellar y los iberos en Santa Coloma lo que se adecua a la dimensión social que se quiere proyectar desde el museo. El segundo aspecto a destacar es la disponibilidad inmediata de las actas que constituyen una importante referencia teórica y metodológica para todos los interesados en el tema.

Entre los problemas que se plantearon podemos citar por un lado el desajuste entre la formación, estudios que se prolongan cada vez más, y las expectativas laborales reales. Por otro lado la dificultad de inserción laboral de quienes han participado en Escuelas Taller demasiado específicas, o la creación de figuras no reconocidas como puede ser la de auxiliar de excavación arqueológica y difusión del patrimonio, dado que en ocasiones estas tareas son realizadas gratuitamente por estudiantes o incluso pagando, dada la escasez en España de excavaciones donde adquirir experiencia de campo. Otro tema que se abordó, aunque de pasada, fue el papel de las nuevas tecnologías en la comunicación sobre divulgación del arte rupestre en Italia, que incluía la difusión en la red de las experiencias llevadas a cabo por los escol-

res. En la página web de este tercer seminario (<http://seneca.uab.es/arqueologia>) pueden verse algunos de los trabajos del concurso interescolar de dibujo, además de información relativa al seminario.

También de gran interés fue el tema planteado por Joan Pagés íntimamente ligado a la divulgación arqueológica que quedó reflejado en las actas. Si bien se viene discutiendo a menudo que en la formación de los futuros arqueólogos no se presta atención a su papel en la divulgación vía educación informal, esto es como divulgadores en museos, centros de interpretación arqueológicos, publicaciones destinadas al público, prensa, etc. Pagés aborda un tema bastante olvidado ¿cuál es la formación de los responsables de la educación, los maestros? La respuesta es que desde la universidad no se presta ninguna atención a esta dimensión didáctica (Pagés 2000: 180) formal o informal cuando de hecho la docencia se convierte en una de las principales actividades de los estudiantes de la licenciatura en historia.

Otra cuestión grave que se abordó y que debería hacernos reflexionar fue el desajuste entre las expectativas y realidades sirviendo como paradigma el caso de Atapuerca planteado por Victoria Moreno, responsable del Aula Arqueológica Emiliano Aguirre (www.atapuerca.net). Así una vez conseguido el sueño de todo equipo de investigación arqueológico, el interés generalizado por el trabajo y los resultados arqueológicos, con un número creciente de visitantes en peregrinación cada año, surgen las dificultades reales para atender y dar respuesta a las necesidades y expectativas de ese público en términos de espacio, accesos, medios, actividades, personal, formación del mismo,... Parece evidente que para hacer efectiva la divulgación del patrimonio la afluencia masiva no es el fin.

En la mesa redonda en la que participaron Ramón Sagués Director del Museu Torre-Balldovina, Joan Santacana del Departamento de Didáctica de les Ciències Socials (UB), Gonzalo Ruiz Zapatero del Departamento de Prehistoria (UCM), Carles Vicente de la Oficina de Patrimoni Cultural, de la Diputació de Barcelona y Cecilia Llobet de la Unitat de Didáctica de les Ciències Socials (UAB), se plantearon temas que tal vez a lo largo de las sesiones estaban en el aire: 1) La dificultad para conectar con el público cuando hay un auténtico desconocimiento del mismo. Lo que según Mar Bóveda de la Universidad de Santiago de Compostela hace necesario llevar a cabo estudios sociológicos del ámbito donde se quiere realizar el proyecto de divulgación patrimonial, lo que permitirá conocer mejor las expectativas y planificar mejor, evitando una sobrevaloración de la arqueología como generadora de recursos y dinamizadora del territorio. 2) Se discutió el papel y significado de “lo local”. Cecilia Llobet indicaba el peligro de caer en un exceso de localismo que provoque efectos contrarios a los deseados: saturación del público escolar de determinados períodos, temas o estilos por ejemplo en Cataluña el románico o los iberos, ignorando totalmente otros aspectos de la historia y el patrimonio. Antoni Bardavio destacaba la importancia de lo local como elemento identitario significativo, sin entrar, sin embargo, en los peligros que puede conllevar. El énfasis en lo local no es gratuito, sino que se presta a la ideologización y politización de lo identitario. Si bien él lo situaba en términos de patrimonio próximo con el que es posible una fácil identificación -la explotación didáctica de las posibilidades de este entorno patrimonial cercano fue el rasgo común

de varias de las experiencias presentadas en el I Seminario y algunas de éste, como las presentadas por Antoni Bardavio y Cristina Gatell y por el CEIP de Santa Creu de Calafell. Si bien por patrimonio local se entendía también aquél que no ha llegado a resultar de interés más allá de la población del entorno, siendo el objetivo último en estos casos

generar una mayor atracción por el mismo y superar esa etiqueta peyorativa.

Ana M^a Mansilla Castaño

BIBLIOGRAFÍA

- CASALS, X. (1994): Carme-Laura Gil: el Museu d'Història de Catalunya. *L'Avenç*, 182: 58-61.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P. (1996): *Actes Seminari Arqueologia i Ensenyament* 12-14 setembre de 1996. Treballs d'Arqueologia 4.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P. (1998): *Actes II Seminari Arqueologia i Ensenyament* 12-14 novembre de 1998. Treballs d'Arqueologia 5.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P. (2000): *Recerca, Ensenyament i Patrimoni local: una visió des d'Europa. Actes del III Seminari Arqueologia i Ensenyament* 16-18 novembre de 2000. Treballs d'Arqueologia 6.
- MANSILLA CASTAÑO, A.M^a (1999): "Para-arqueología" o una reflexión sobre la dimensión lúdico-educativa de los parques, simulacros y talleres arqueológicos. *Arqueoweb*, 1 (2): <http://www.ucm.es/info/arqueoweb>.
- PAGÉS, J. (2000): La formación inicial del profesorado para la enseñanza del patrimonio histórico y de la historia. *Recerca, Ensenyament i Patrimoni local: una visió des d'Europa. Actes del III Seminari Arqueologia i Ensenyament* 16-18 novembre de 2000 (P. González Marcén, ed.), Treballs d'Arqueologia, 6: 177-188.
- POU, J.; SANMARTÍ, J.; SANTACANA, J. (1995): La reconstrucció del poblat ibèric d'Alorda park o de les Teixoneres (Calafell, Baix Penedès). *Tribuna d'Arqueologia*, 1993-94.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1997): La ciudadela ibérica de Calafell (Tarragona): un viaje al pasado. *Trabajos de Prehistoria*, 54(2): 175-177.
- SOLÉ I SABATÉ, J.M. (1997): Dossier El Museu d'Història de Catalunya. *L'Avenç*, 212: 19-36.

R.J. Harrison, M.T. Andrés Rupérez y G. Moreno López (1998): *Un Poblado de la Edad del Bronce en El Castillo (Frías de Albarracín, Teruel).*

BAR International Series 708, Oxford. ISBN 0-86054-889-9. 163 págs., 103 figs. y 41 láminas.

Realmente es grato realizar una reseña sobre una obra que aborda un tema y un yacimiento que se conocen desde años atrás y de los que se esperaban resultados desde hacía tiempo. Abordar el comentario de este libro tiene para mí un significado especial porque creo que fue el primer yacimiento que tuve que estudiar hace ya siete años para la realización de mi tesis de licenciatura. Mis visitas a la zona y mi estudio paralelo a todo el periodo del Calcolítico y de la Edad del Bronce me procuran una percepción cercana al tema.

La obra ofrece una presentación del yacimiento (El Castillo de Frías de Albarracín) que ya en los años 70 fuera estudiado por P. Atrián (1974) y que en su momento fuera el único yacimiento de la zona que contaba con dataciones radiocarbónicas. La introducción que se ha realizado sobre el poblado es ajustada, aunque olvida que la situación del yacimiento responde de forma clara al patrón de habitación clásico en la transición del Calcolítico a la Edad del Bronce y durante ésta, en el Noreste Peninsular. En este caso el emplazamiento es en un cerrillo o colina abrupta con laderas pronunciadas, que hace años ya fue suficientemente estudiado por los especialistas (Sesma Sesma 1995).

Este trabajo ofrece pormenorizadamente todos los datos que, por ahora, se han obtenido del yacimiento y que se habían ido esporádicamente publicando (Andrés, Harrison y Moreno 1991; Harrison y Wainwright 1991). Sin embargo, habría que preguntarse en primer lugar la razón por la que

ha tardado tanto tiempo en publicarse (las excavaciones terminaron en 1989) y, en segundo lugar, porqué se ha publicado en una serie de monografías de ámbito internacional británica y no en una serie de monografías arqueológicas aragonesas a pesar de que dos autoras (de los tres) sean españolas y el yacimiento aragonés. Me preocupa que, cada vez con más frecuencia, libros de esta entidad sean publicados en series extranjeras, siendo un *handicap* para el acceso desde España, precisa y lógicamente cuando el interés más inmediato tiene que venir de los especialistas nacionales y no de los foráneos.

Es una obra que tiene un excelente cuerpo gráfico, repleto de figuras, fotos, plantas y perfiles del yacimiento, con unas buenas reconstrucciones y con algún pie de figura poco inteligible, seguramente debido a una traducción literal del inglés al castellano.

Los datos están correctamente presentados aunque se echa en falta algo de dinamismo en el texto (algo que se comprende perfectamente cuando se presenta este tipo de resultados). Sin embargo, parece inadecuado que algunas partes del texto se hayan publicado en castellano y otras en inglés, manteniendo, en cambio, todos los títulos y encabezamientos en nuestra lengua. Me pregunto si no podría haberse homogeneizado todo el texto en una sola lengua (castellano o inglés) y haber realizado los resúmenes en la otra. También podría cuestionarse la razón de que hayan sido precisamente los capítulos más *científicos* o *duros* (cronolo-

gía absoluta, paleofauna y paleobotánica), los redactados en lengua anglo-sajona.

El capítulo sobre cronología absoluta, redactado en inglés, resulta de interés sobre todo porque, aunque los datos ya se conocían (Harrison y Wainwright 1991), aportan la secuencia entera del yacimiento y, lo que más interesa, la secuencia de ocupación de la Edad del Bronce que comienza en un período del Bronce Antiguo 2030 cal AC y termina en el final del Bronce Medio (1899 cal AC).

Realmente sorprende en la obra que haya algún vacío bibliográfico importante sobre todo referido al ámbito local. En el estudio de los materiales se llega a la conclusión de que las plaquetas de piedra pulimentada (que pudieron ser brazaletes de arquero), proceden del mismo lugar y éste debe ser exógeno. Esta piedra es arenisca muy fina y de tonos grises o rosáceos. Hace ya algún tiempo que la DGA publicó una obra de gran valor sobre la minería en Aragón (VV. AA. 1994: 343-350) y que es de suma utilidad para la localización de ciertas materias primas. Tal y como ya advirtiese hace años (Rodríguez de la Esperanza 1996a, 1996b) este tipo de arenisca, que aparece ubicuamente en Aragón y en sus alrededores en forma de moldes, de afiladores y de plaquetas, procede de una zona concreta del Centro-Sur de la provincia de Teruel (Iglesuela del Cid y Mosqueruela), con lo que realizar la conjetura de que es: "...un tipo de piedra... exógena a la morfología local; con ello se añade un dato de gran valor para trazar las complejas redes de intercambio comercial de la época" (pág. 83), parece exagerado.

Siguiendo con el tema de la bibliografía: ¿cómo es posible que en el análisis de los instrumentos u objetos de metal se haya obviado el libro de los análisis de materiales de *Las Primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica* (Delibes de Castro y Montero Ruiz 1997)? El libro que se recensionan tiene fecha de 1998 y al que hago referencia es de 1997 y, en él se dan los resultados de 2.099 análisis mediante técnica de espectrometría de fluorescencia de Rayos-X, incluidos los de Aragón con su bibliografía correspondiente. En todo caso, aunque se hubiesen solapado ambos estudios, los datos de la provincia de Teruel estaban ya publicados desde 1996 (Rodríguez de la Esperanza 1996b). No podemos dejar de sorprendernos pues ante la cita de los análisis de Junhans, Sangmeister y Schröder que además ellos mismos califican de "obsoletos" (pág. 90). Conozco muy de cerca el sistema de publicación de los BAR International Series y, precisamente es una serie que no retrasa la

publicación de los originales que tiene en su haber. Y es que parece que la bibliografía de este libro además de escasa (59 referencias), no está actualizada desde 1994, con lo que queda desfasada para los que nos interesamos por la zona, y da una apariencia de pobreza bibliográfica que no refleja la realidad de la investigación prehistórica en la zona.

Los autores han realizado una buena organización cronoestratigráfica de los objetos en los niveles prehistóricos, con buenas y concretas láminas de los materiales y un corto anexo para las monedas y otro brevísimo anexo para los análisis metalúrgicos que, como ya advertimos, no han sido correctamente cotejados, ni los análisis de los minerales ni los de los materiales.

El estudio de la cerámica prehistórica es muy completo y sintético, con láminas y montajes esclarecedores, y con una visión aséptica que se agradece. El estudio pretrológico es interesante y reflexiona sobre la procedencia local de los tres tipos de pastas diferenciados.

La paleoeconomía está tratada con rigor al igual que el estudio antropológico del enterramiento infantil del corte X6. Este último estudio nos parece muy sugerente a la hora de hacernos reflexionar sobre los movimientos y las características de las poblaciones en los momentos contemporáneos al yacimiento.

En general, la obra nos aporta abundantes datos sobre el Bronce Antiguo de la zona, dataciones más concretas ya que hasta hace 10 años sólo teníamos las que publicó P. Atrián (1974) del propio yacimiento (1520 AC) y las que Harrison y Wainwright (1991) publicaron sin apenas comentarios. Los autores insisten en ver "importaciones" -con las connotaciones oportunas de la palabra- de algunos materiales, aunque nosotros dudamos que se pueda clasificar así el abastecimiento de materia prima en torno a un radio de 30 km del yacimiento. Finalmente realizan una comparación con el fenómeno de la Edad del Bronce de la Mancha que nos parece original y sugerente porque hace percibir cómo en el mismo momento existieron sociedades que se desarrollaron de diferentes formas a tenor de sus posibilidades, necesidades y medio-ambiente.

M^a Jesús Rodríguez de la Esperanza Manterola
Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense
mjrde laesperanza@yahoo.com

BIBLIOGRAFÍA

- ANDRÉS, T.; HARRISON, R.; MORENO LÓPEZ, G. (1991): Excavaciones en El Castillo de Frías de Albarracín (Teruel). 1988/89. *Arqueología Aragonesa*, 11 (1988-89): 79-89.
- ATRIÁN JORDÁN, P. (1974): Un yacimiento de la Edad del Bronce en Frías de Albarracín (Teruel). *Teruel*, 52: 7-33.
- DELIBES DE CASTRO, G.; MONTERO RUIZ, I. (1997): *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. I Análisis de Materiales*. Instituto Universitario Ortega y Gasset, Madrid.
- HARRISON, R.J.; WAINWRIGHT, J. (1991): Dating the Bronze Age in Spain. A refined chronology for the high-altitude settlement of El Castillo (Frías de Albarracín, prov. Teruel). *Oxford Journal of Archaeology*, 10 (3): 261-7.
- RODRÍGUEZ DE LA ESPERANZA, M.J. (1996a): Metalurgia en la Edad del Bronce: el sur de la cuenca media del Ebro. *Trabajos de Prehistoria*, 53 (2): 77-93.
- RODRÍGUEZ DE LA ESPERANZA, M.J. (1996b): *Metalurgia en la Edad del Bronce: El Sur del Medio Ebro*. Memoria de Licenciatura inédita. Dpto. Prehistoria, UCM, Madrid.
- SESMA SESMA, J. (1995): Diversidad y Complejidad: Poblamiento de Navarra en la Edad del Bronce. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 3: 147-84.
- VV.AA. (1994): *La Minería en Aragón*. DGA, Zaragoza.

A. Hernando (1999): *Los primeros agricultores de la Península Ibérica. Síntesis, Madrid. ISBN 84-7738-680-3. 315 págs. y 16 figs.*

Desde las primeras páginas de este libro comprende el lector que se encuentra ante una obra que propone ejercitar la reflexión y el pensamiento; que juega con el replanteamiento de cuestiones muy arraigadas, casi atávicas, del comportamiento científico de algunos especialistas de Neolítico de la Península Ibérica. Se trata de una obra eminentemente de síntesis que evita, no obstante, caer en el error apuntado por Santiago Ramón y Cajal de que *quien resume, se resume a sí mismo*, pues propone ante todo una reflexión que trasciende a los datos presentados y que deja, con acierto, abiertas más puertas de las que cierra. Estos datos sirven como hilo conductor de un planteamiento científico, y aunque a menudo se utilizan de un modo “arriesgado”, no niegan el valor del modelo teórico presentado. Es por tanto una obra historiográfica profundamente crítica, en muchas ocasiones acertada, y no tanto en otras.

Obra cuidada en lo formal, a pesar de algunos ligeros descuidos como los que llevan en la página 102 a Hugo Obermaier de regreso a Alemania al inicio de la Guerra Civil -cuando decidió permanecer en Suiza- y que en la 128 convierten a D. Manuel Pellicer en Miguel Pellicer. Curiosidades aparte, la obra, con una compartimentación bien compensada en lo que a número de páginas se refiere, soluciona en cuatro capítulos un paseo “lineal”, en lo temporal, por el conjunto de lo que fue, es y debería ser, el Neolítico de la Península Ibérica. En lo referente al apartado gráfico, las láminas se reducen a lo mínimo imprescindible -un total de diecisiete-, lo cual dota a la obra no sólo de fluidez textual, sino de ese eminente carácter crítico y expositivo que pretende y consigue la autora.

Salvando lo formal, cabe señalar, por encima de cualquier otra idea, que el lector se enfrenta a una obra cuanto menos compleja. No en sus contenidos, no en su exposición, que resultan en ambos casos cuidados y de sencillo seguimiento, sino en su fondo. La autora propone un modelo explicativo para el Neolítico diferente al consensuado en la actualidad y que se viene calificando de “normativista”. De este modo, toda la obra gira en torno a la idea fija de cuestionar y desmontar el “modelo dual” en virtud de un modelo autoctonista poco asentado y creíble y con muy escasas evidencias empíricas que, de momento, lo sustenten. El aluvión de alusiones contra el modelo normativista se sucede página a página, al tiempo que se hace una llamada continua a la necesidad de centrar la visión explicativa en el concepto de continuidad más que en el de ruptura cultural. La idea continuista, a pesar de lo que considera la autora, está perfectamente arraigada en el modelo dual, y desde finales de los años ochenta es el eje básico de las construcciones empíricas del neolítico no sólo de la Península Ibérica, sino de la mayor parte de Europa.

El modelo propuesto por la Dra. Hernando se convierte por tanto en una nueva visita a los postulados autoctonistas, cargando de importancia -de cara al paulatino proceso de cambio cultural- a los grupos mesolíticos indígenas. Lo novedoso del planteamiento de la autora es el hecho de elevar una crítica -incontestable y veraz- hacia el concepto de “Neolítico” en tanto en cuanto realidad inventada por una sociedad occidental, civilizada y católica, esto es, la nuestra. Se

propone así la necesidad de aceptar que el Neolítico no existe más que como una construcción mental arbitraria; como una división arqueográfica más, heredada del siglo XIX (pp. 209, 214 y 221). Idea que se apoya además en la necesidad de replantear el concepto de tiempo y espacio como nociones y referentes mentales de la sociedad dada. Para ello, la autora cuenta con una envidiable experiencia en el seno de una comunidad de agricultores de roza en Guatemala, estancia que no cabe duda, marca un antes y un después en la visión de cualquier investigador dedicado a los estudios prehistóricos. No resulta, en cambio, tan novedoso ni acertado el postulado de originalidad y autoctonía que defiende la Dra. Hernando, principalmente porque presenta para la Península Ibérica un modelo obsoleto, irreal e indefendible a través de los datos que la excavación arqueológica nos aporta. De momento, por muy interesantes y novedosos que parezcan otros modelos alternativos, deben sustentarse merced a la evidencia empírica, y para obtenerla no sirven modelos comparativos exclusivamente, ni mucho menos peligrosas extrapolaciones “etnográficas” que no se apoyen en datos procedentes de excavaciones sistemáticas. Estas, lamentablemente, aún son escasas en muchas zonas de nuestra geografía.

Ahora bien, la crítica tajante sobre lo que se entiende por Neolítico no debe dar pie a la defensa enconada de un modelo -el autoctonista- frente a otro -el dual-. Aquí es donde, como señalaré más adelante, la autora cae en el error de convertirse en parte crítica de lo que desea criticar, o lo que es lo mismo, en una prisionera más del particularismo extremista que, como todo lo extremo, resulta erróneo aún cuando parta de principios básicos elementalmente lógicos. Lamentablemente, los datos empíricos -y le guste o no a la autora nuestra ciencia se debe a ellos- no acompañan la interpretación que ella hace del registro. Por la misma regla de tres que ella establece de que “aún no se conocen” algunos datos, podríamos negar la ley de la gravedad pues aún desconocemos una anti-ley gravitacional. Como principio científico, tal argumento es insostenible.

Hay a lo largo de la obra críticas muy acertadas, generalmente en defensa de la cordura y el sentido común, siempre desde el punto de vista del grupo “receptor”, indígena o cazador recolector (p. 236-237). Es este nuevo modelo un sistema referencial y explicativo necesario en nuestra investigación y quizás por ello se presente de un modo tan coherente y correcto en su fondo, aunque no tanto, en alguna ocasión, en su forma.

La Dra. Hernando reconoce humildemente su “aversión” hacia la tipología y el “normativismo”. Postura que quedará manifiesta a lo largo de toda la obra y que, en cierto sentido no carece de una lógica y un sentido. Estoy aquí de acuerdo con la opinión de la autora, pues no puede seguir sosteniéndose el grueso de la explicación acerca del “neolítico” en series tipológicas estancas. Por el contrario, las explicaciones actuales están necesitadas de algo más. Se hace necesaria la referencia, aunque sea meramente orientativa, a la reconstrucción cultural del periodo que tratamos. Quizá el compromiso actual sea el de indagar más allá. Superada -pero nunca invalidada- la etapa tipologista, el inves-

tigador debe acercar sus explicaciones a nuevas esferas interpretativas. Hasta aquí, tal vez en contra de lo que pueda pensarse, el acercamiento entre los diferentes núcleos de investigación sea total.

No puede negarse, no obstante, que el método tipológico, es un sistema de referencia secundario pero útil. Como cualquier método auxiliar, el abuso en su tratamiento degenera en interpretaciones sesgadas, partidistas y a menudo “deshumanizadas”. Estamos ante las puertas de un nuevo ciclo científico -al menos en lo referente a los estudios prehistóricos de nuestra Península- que precisa, con urgencia, de humanizar las interpretaciones. Los estudios de divulgación científica del equipo de Atapuerca han marcado aquí, desde hace unos años, la pauta a seguir. El prehistoriador -y el neolitista debe serlo- está al servicio de la sociedad. No es -o no debe ser- ni un “ratón de biblioteca” ni el “Oráculo de Delfos”. Según deja ver la obra, o al menos así se interpreta su lectura, la investigación se debe a un público que por lo general costea las investigaciones en las que nos embarcamos. Este público, realmente, no quiere saber si en el nivel II de cualquier cueva había dos o tres fragmentos de cerámica cardial. Él quiere saber cómo eran aquellas gentes, necesita conocer cuál pudo ser su comportamiento y por encima de todo pide una reconstrucción, lo más fiable posible de su “mundo psicológico”, esto es, su pensamiento y la consecuente plasmación en los diferentes ámbitos de la cultura como referente primero de identificación con el pasado. Aquí la autora acierta, al menos a mi entender, de una forma plena. Ha sabido entender esa inquietud, y lo que es más importante, ha sabido transmitirla.

Ahora bien, hay en la obra un resquicio de quiebra; una falta de algo que tan sólo se aprecia con la lectura detenida y pausada. El posicionamiento de la autora es, como he señalado, claro. Resulta evidente que su modelo de continuidad cultural es coherente. Esta continuidad se debió dar en gran parte de la Península Ibérica y Europa porque es detectable en las series arqueológicas como pueden ser Mallaaetes y Cova d'en Pardo. Lamentablemente, la Dra. Hernando confunde de un modo reiterado -algo que sucede en otros investigadores- continuidad e importancia del “sustrato” con autoctonía. El modelo autoctonista que proponía el Dr. Fernández-Miranda, basándose en el esquema de Verdelpino y que, en parte, retoma la autora, no es viable, no al menos desde el punto de vista global. En un momento de la obra, en el capítulo 3, en el análisis rápido pero pormenorizado de una ingente cantidad de información, y en particular centrandolo la visión en la economía, la autora propone la posibilidad de que se deba abordar la fase inicial del “neolítico” de la Península desde un punto de vista diferente. Asumiendo la “abundancia” de restos de suidos y bóvidos -cuyos agriotipos sí están presentes en la Península- en algunos yacimientos del Neolítico Antiguo, señala que tal vez deba buscarse en estos datos la evidencia de una “autoctonía” hacia la economía de producción (p. 169).

Lamentablemente, los centenares de yacimientos conocidos -unos mejor que otros- en la Península Ibérica, parecen señalar dos pautas claras. Por una parte que hay una diferencia más que notable entre los grupos mesolíticos “indígenas” y los neolíticos, sin que esta diferencia deba basarse en modelos genéticos y menos aún osteológicos. Por otra, que es a estos primeros grupos neolíticos a los que se les asocia la gestión económica de especies novedosas -anima-

les y vegetales- que, hoy por hoy, tan sólo pueden explicar su presencia como procedentes de contextos extra-peninsulares. Si a esto se añaden otros argumentos más circunstanciales, es posible relacionar ese primer estadio diferente con áreas costeras, algo que además sucede en otras áreas fuera de la Península Ibérica. Todo ello permite señalar la gran verosimilitud del modelo que propone la existencia de dos grupos humanos, o al menos dos concepciones económicas diferentes que coexisten en el tiempo y en el espacio. La autoctonía de la producción de alimentos, al menos en lo referente a lo que se conoce como “neolítico”, sea válida la denominación o no, es hoy por hoy prácticamente insostenible en el marco peninsular, así como en otras áreas de Europa occidental.

Puede ser que en el posterior proceso de neolitización de los grupos mesolíticos tuviese más fuerza el sustrato que la presión alóctona. Esto pudo dar lugar a un modelo de autoctonía, tan sólo aparente, pues no es más que una “emulación” de elementos neolíticos dentro de contextos culturales o humanos indígenas. Ahora bien, este modelo, coherente y lógico, que es en el fondo el que defiende la autora, no debe negar la notable importancia de un “primer” neolítico alóctono y “difundido”. No importa, de momento, de dónde venga ese “neolítico”. Tal vez la explicación es más sencilla de lo que aparenta. Quizás se circunscriba al naufragio de una piragua monoxila en las costas levantinas. Tal vez el primer contingente no fuese más que el formado por cuatro individuos y unas cuantas parejas de animales; algo así como un “Arca de Noé neolítica”. A este respecto, y por disparatada que parezca la propuesta, las investigaciones realizadas por Ryan y Pittman (1997, 1999), Bar-Yosef (1997) y Goring-Morris (1997) parecen señalar la perfecta verosimilitud -demostrada además por diversos elementos arqueológicos- de la existencia de ese “diluvio universal” a modo de inundación del área actual del Mar Negro y que habría sido parte del origen del movimiento de los grupos de agricultores hacia las tierras emergidas de occidente. La cuestión, en nuestro caso, podría no ser considerada como importante. Si ese primer neolítico fue cardial o de cerámicas lisas no es realmente relevante. Lo importante es aceptar la evidencia científica con la que contamos hoy en día. Con ella, ambos modelos son posibles y no se niegan, al menos en un marco temporal dilatado. Ahora bien, la cuestión de la autoctonía resulta indefendible hoy por hoy.

El modelo dual, en su fondo, no niega la existencia de un contingente humano indígena -aunque quizás lo minimiza y vulgariza, y he ahí su error-. Este contingente estuvo seguramente inmerso en ese miedo al cambio que señala A. Hernando (pp. 279-280). Pero como bien dice la autora, hay que ser flexibles, incluso ella debe flexibilizar sus argumentos. También es posible que no todos los grupos indígenas fuesen contrarios al cambio. Quizás sea necesario aceptar una flexibilidad amplia en el seno de las posturas no dualistas y que, por norma, se presentan como más rígidas e inmovilistas que el postulado que niegan. Queda aún mucho camino por recorrer. Desde luego, con los datos con los que contamos actualmente, no es probable que aparezcan los soñados yacimientos correspondientes a grupos mesolíticos productores, autóctonos de nuestras tierras. Tal vez a la Península no le correspondió ese “lujo” histórico que constituye ser el núcleo de una “innovación” tan importante -o al menos dislocadora- como es la producción de alimentos. Tal

vez tan sólo le tocó el papel, intuido ya por otros investigadores, de ser el vehículo de transición de esa innovación; algo así como el eje de conexión entre tres mundos: la Europa Atlántica, el Mediterráneo y el continente africano.

Lo verdaderamente importante es que necesitamos poner en marcha nuevas argumentaciones. Es quizás el momento de reivindicar el papel jugado por los grupos indígenas. Este papel, como bien señala A. Hernando, se nos antoja cada vez más importante y más destacado. Pero esa importancia, esa necesidad de flexibilidad no puede nunca utilizarse ni exponerse con argumentos rígidos. Es necesario hacer hincapié en la posibilidad de que la solución, tal y como señala el principio de Okham, se encuentre en el punto intermedio de los dos postulados. Ese rico juego de matices es, por tanto, el que en definitiva conforma los desarrollos culturales, máxime los que muestran tanta riqueza de desarrollos como los que acontecieron en nuestra Península.

Hubo un momento en la Historia en el que entraron en juego fuerzas novedosas que afectaron a diferentes núcleos humanos. Importa poco que denominemos o no a este periodo como "neolítico". Acierta la autora en la reconstrucción de las implicaciones ideológicas de este término. Lamentablemente esto es el fruto del progreso.

Posiblemente, la crítica más profunda que pueda resumir la obra de la Dra. Hernando sea la que implica aceptar que nos movemos en un terreno encorsetado. A este nivel, la construcción y la nueva visión que propone la autora es acertada, con sus errores y sus aciertos. Ahora bien, respecto a aquellas evidencias, por ahora *rara avis* de nuestro neolítico, hay que tomarlas con cautela. Debe investigarse más, tal vez incluso deba flexibilizarse la cuestión cronológica del primer neolítico y aceptar un "rebaje" de dataciones que lleven a ese primer momento a etapas más antiguas y sincrónicas, cuando menos con la ocupación de los yacimientos problemáticos como Verdelpino, Dehesilla, Nacimiento o Parralejo -independientemente de que ese primer neolítico pudiese ser cardial o no-. Verdelpino sufre, desde su documentación original, la crisis de la metodología empleada y la correcta adscripción de niveles. Los materiales cerámicos recuperados en el supuesto nivel mesolítico son, sin duda, idénticos a los recuperados en los niveles que se le superponen -esto es algo que se detecta desde el primer momento en que se analizan las cerámicas del yacimiento-; Dehesilla y Nacimiento presentan una problemática añadida: el deseo ferviente de sus excavadores de establecer un "nuevo modelo" que contradiga al del grueso de investigadores. En ambos casos se produce una compleja mixtura de elementos de carácter personal e interpretativo, por un lado, y de datos empíricos por otro. Quizás la solución esté en apartarse de la viciada discusión referente a estos yacimientos para centrarse en el análisis de nuevos yacimientos que, una vez correctamente excavados, refuten o desmientan cada una de las interpretaciones.

Todo ello debe hacerse con elegancia y cautela, sin caer nunca en el error de la máxima de Rousseau, que señalaba que *no existe sabio que deje de preferir la mentira inventada por él a la verdad descubierta por otro*. Quizás la investigación en las "cañerías de la Historia" que representa el Neolítico implique, en el fondo, una muy elevada dosis de humildad capaz de saber reconocer, no sólo el error, sino la posibilidad de que los planteamientos de otros investigadores -aunque se alineen con posturas contrarias a la nues-

tra- sean más lógicos y acertados. ¿Históricamente injustos con el mundo indígena? Tal vez sí. ¿Fundamentados en modelos coloniales dominadores? Sin duda la Historia nos ha demostrado, con tristes aleccionamientos, que el "progreso", casi siempre implica desarrollos ligados con conceptos como destrucción, colonización, exterminio, y cambio. Injusto o no, nos agrade más o menos, debemos aceptarlo con entereza. Otras posturas más "racionales" tal vez impliquen una idealización del "buen salvaje". Quizás pensar que los procesos históricos, como el de la neolitización, se desarrollaron de un modo no violento sea más utópico que aceptar esa certeza de desplazamiento y cambio violento al que parecen a veces unidos. ¿Nos hubiese gustado que fuese de otro modo? Sin duda a la autora del libro, a mí e incluso a otros muchos investigadores "normativistas" sí. Pero pretender que las cosas fueron como "soñamos" es una falacia y un engaño.

Hablar de yacimientos mesolíticos con evidencias de uso de elementos domesticados -que es un dato objetivo- no debería dar pie al argumento referente a una incipiente producción de alimentos -que es un concepto particular y subjetivo-. Que un determinado taxon animal o vegetal doméstico aparezca en un contexto "cultural" o "material" cazador-recolector no implica de ningún modo su domesticación ni su uso doméstico por esa comunidad.

Los datos que presenta la autora, una vez más son tan dudosos como los presentados por Ducos (1985) para Chateaufort-les Martigues y Poulain (1971) para los niveles sauveterrienses de Gramari, con evidentes problemas estratigráficos en el primero de ellos. Respecto a la incontestable presencia de restos de *ovis aries* en la Grotte Gazel y Dourgne (Guilaine *et alii* 1993: 381) en niveles mesolíticos, requiere una lectura más detenida y profunda. Geddes señala la presencia, incontestable y dentro de una estratigrafía perfectamente controlada, de al menos 28 especímenes correspondientes a ovicápridos domésticos en los niveles 8 y 7 de Dourgne (1993: 381), lo cual da pie al autor a señalar el comienzo de una nueva fase de explotación animal durante el Mesolítico final del yacimiento (1993: 394). Cabe no obstante señalar que el nivel C7, inmediato al 8, está datado en (MC 1107) 6850 ± 100 BP, habiéndose realizado la datación sobre conchas de molusco (*helix*). A pesar de los problemas que plantea la datación de moluscos -por la variación en la concentración de carbono contenido- y aún aceptando, como señalan Guilaine y Thommeret (1993: 64), que esta variación fue mínima respecto a las conchas de Dourgne, la datación ofrece una fecha de 4900 b.C. (sin calibrar). Esta datación para un nivel mesolítico parece bastante moderna, pero aún cuando pudiese serlo, lo importante es que valida, para fechas sincrónicas, la proximidad de yacimientos plenamente productores. Visto de otro modo, Dourgne podría ser un establecimiento estacional de cazadores -materialmente mesolíticos- vecinos de grupos neolíticos, y por ello, bien pudieron acceder a los ovicápridos por caza o tratarse de una primera fase de producción dentro de un contexto mesolítico -como ya señaló Geddes-. Este dato, en contra de lo que señala Almudena Hernando, no implica domesticación "autóctona", sino, en contra de lo que ella plantea, aprendizaje por proximidad o consumo por "robo", que en ambos casos no tiene nada que ver con postulados autoctonistas. Algo muy similar sucedería con los yacimientos de Fontbrégoua -niveles 47 y 48 (6700 ± 100 BP) y Saint-Mitre (Pallarés *et alii* 1997: 128).

En un sentido parecido deben tomarse las presencias de elementos vegetales propios de contextos productores, como pueden ser la presencia de yero (*Vicia ervilia* Wild.) o de garbanzo (*Cicer arietinum* L.) en los niveles mesolíticos de l'Abeurador (Vaquer *et alii* 1986; Buxó 1997: 109), pues se trata en ambos casos de elementos puntuales y de escasa incidencia en contextos productores.

Tal vez sea necesario asumir que la presencia de grupos neolíticos en el sur de Francia e incluso en el Noreste de la Península Ibérica sea más antigua de lo que hasta ahora pensábamos. Este paulatino retraso de las fechas del primer neolítico peninsular y del área occidental de Europa, ha sido una constante desde el inicio de los estudios de la neolitización. Puede señalarse como ejemplo el caso del interior

de la Península para el que las fechas más antiguas que se admitían eran próximas al 3800-4000 b.C. hace quince años, mientras que ahora que se conocen y se han excavado algunos yacimientos más, estas fechas se retrasan hasta el 4500-5000 b.C. Por ello considero más viable retrasar las fechas del primer neolítico que elaborar explicaciones autoctónicas de difícil demostración.

Jesús Jiménez Guijarro

Centro de Investigación y Documentación Histórica
Maestro Alonso nº 7-1. E-28200 (Madrid)

BIBLIOGRAFÍA

- BAR-YOSEF, O. (1997): Human Prehistory and environmental change in the Eastern Mediterranean (20 Ka through 7 ka BP). *The late Quaternary in the Eastern Mediterranean* (N. Roberts, M. Karabiyikoglu y C. Kuzucuoglu), Ankara.
- BUXÓ, R. (1997): *Arqueología de las plantas*. Crítica, Barcelona.
- DUCOS, P. (1958): Le gisement de Chateneuf-les-Martigues (B. du Rh.). Les mammifères et les problèmes de domestication. *Bulletin du Musée d'Anthropologie Préhistorique de Monaco*, 5: 119-133.
- GEDDES, D. (1993): La faune du la couche 7. *Dourgne. Derniers chasseurs-collecteurs et premiers éleveurs de la Haute-Vallée de l'Aude* (J. Guilaine *et alii*): 130-132.
- GORING-MORRIS, A.N. (1997): Late Quaternary settlement patterns and climatic change in the eastern Mediterranean. *The late Quaternary in the Eastern Mediterranean* (N. Roberts, M. Karabiyikoglu y C. Kuzucuoglu), Ankara.
- GUILAINE, J.; THOMMERET, J.; THOMMERET, Y. (1993): Datations radiocarbones commentées de l'abri de Dourgne. *Dourgne. Derniers chasseurs-collecteurs et premiers éleveurs de la Haute-Vallée de l'Aude* (J. Guilaine *et alii*): 63-67.
- PALLARÉS, M.; BORDAS, A.; MORA, R. (1997): El proceso de neolitización en los Pirineos Orientales. Un modelo de continuidad entre los cazadores-recolectores mesolíticos y los primeros grupos agropastoriles. *Trabajos de Prehistoria*, 54 (1): 121-141.
- POULAIN, T. (1971): Le camp mésolithique de Gramarià Méthamis (Vaucluse) III. Étude de la faune. *Gallia Préhistoire*, 14: 121-131.
- RYAN *ET ALII* (1997): Evidence of an abrupt submergence of the Black Sea shelf during the Holocene: Implications for climate and diaspora. *The late Quaternary in the Eastern Mediterranean* (N. Roberts, M. Karabiyikoglu y C. Kuzucuoglu), Ankara.
- RYAN, W.; PITMAN, W. (1999): *El diluvio Universal. Nuevos descubrimientos científicos de un acontecimiento que cambió la Historia*. Temas de Debate, Barcelona.
- VAQUER, J.; GEDDES, D.; BARBAZA, M.; ERROUX, J. (1986): Mesolithic plant exploitation at the Balma Abeurador (France). *Oxford Journal of Archaeology*, 5(1): 1-18.

P. Bueno, R. de Balbín, R. Barroso, J.J. Alcolea, R. Villa y A. Moraleda (1999): *El Dolmen de Navalcán. El poblamiento megalítico en el Guadyerbas*. Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos (C.S.I.C.-Diputación de Toledo). Serie Iª Monografías nº 52. Toledo. ISBN: 84-87103-79-0.

La publicación íntegra de los datos obtenidos en los trabajos realizados en este dolmen son una importante aportación para la investigación actual sobre el Megalitismo peninsular. El dolmen de Navalcán es uno de los pocos megalitos conocidos para el Sur de la Meseta y hoy se encuentra cubierto por las aguas de un pantano que inunda la ribera del Guadyerbas, afluente del Tajo, en el sector noroccidental de la provincia de Toledo. Se dio noticia de él por primera vez en 1989, una vez localizado en un momento de sequía (Balbín, Bueno y Villa 1989: 61-62), y en ese mismo año se realizó una excavación de urgencia con objeto de documentarlo lo mejor posible antes de que fuera nuevamente

anegado por las aguas. Posteriormente ha sido mencionado en diversas publicaciones, de forma parcial, casi siempre a propósito de sus interesantes manifestaciones artísticas (Bueno 1990: 143-150; Balbín y Bueno 1993: figs. 1, 4b, 5a y b; Bueno y Balbín 1995, 1997: 45-47, 1998: 53-54).

Este dolmen sugiere interesantísimos temas para el estudio del fenómeno megalítico en la Meseta. En relación a su arquitectura, Navalcán repite el esquema conocido en Azután (Bueno 1990, 1991), corroborando la personalidad de los dólmenes toledanos. En este sentido, los autores proponen una serie de paralelos formales con arquitecturas salmantinas, beiranas, extremeñas y alentejanas que ponen de

manifiesto la importancia del foco toledano para la explicación del panorama megalítico meseteño y su relación con el Megalitismo más occidental. Desgraciadamente el material ergológico recuperado en Navalcán es escaso y está revuelto, por lo que a este nivel pocos son los datos obtenidos para precisar cronologías y corroborar relaciones más concretas. Sin embargo, los autores han planteado un par de cuestiones interesantes que en los últimos años han sido debatidas para el conjunto del Megalitismo. Por un lado, la presencia de cerámica campaniforme de varios tipos en el dolmen, que es interpretada como signo de continuidad y no de intrusión, como viene interpretándose en el mundo megalítico de la Submeseta Norte en los últimos años (Delibes y Santonja 1986: 209). De esta forma el uso del dolmen de Navalcán se extendería hasta el II Milenio a.C. Por otro lado, la presencia de restos arqueológicos en el túmulo de Navalcán sugiere otro tema que sólo en los últimos años ha sido valorado. Actualmente la presencia de materiales en el túmulo se interpreta como el resultado de la actividad en un hábitat muy cercano al sepulcro contemporáneo a él, o como resultado de la remoción de tierras de un hábitat anterior, hecho claramente documentado en el caso paradigmático de la Velilla de Osorno (Palencia) (Delibes y Zapatero 1996). En este caso de Navalcán, a pesar de la escasez de datos en este sentido, los autores plantean la posibilidad de que existiera un hábitat contemporáneo junto al sepulcro, consideración que extienden al caso de Azután.

El dolmen de Navalcán es excepcional por ser uno de los pocos monumentos conocidos para el Megalitismo en la Meseta Sur, pero son sus manifestaciones artísticas lo más novedoso del conjunto, no sólo por la originalidad de su iconografía, sino también por encontrarse en la Meseta, zona para la que se conocen escasos ejemplos de arte en dólmenes. Los datos recuperados en Navalcán confirman varias de las hipótesis que tanto P. Bueno como R. de Balbín vienen defendiendo desde hace unos años en torno al Arte Megalítico peninsular, en el que llevan trabajando más de una década y para el que han publicado infinidad de nuevos datos (Bueno y Balbín 1992, 1994 a y b, 1997). El caso de Navalcán, junto a otros ejemplares de la Meseta, corrobora, frente a lo que se pensaba a principios de los años 80 (Shee 1981), la presencia de grabados o pintura en dólmenes meseteños desde momentos muy antiguos del Megalitismo. En un marco más amplio Bueno y Balbín defienden que pintura y grabado son técnicas contemporáneas y complementarias y que aparecen en todo el occidente peninsular desde el IV milenio a.C. (sin cal), apoyándose en datos como los recientemente publicados de Alberite (Bueno y Balbín 1992: 561-562, 1996: 285-312). Así, a la luz de nuevos ejemplos como el de Navalcán, muchas de las ideas expuestas por E. Shee a principios de los 80 sobre el Arte Megalítico Peninsular han sido rechazadas y el panorama es muy distinto en la actualidad.

El elenco de motivos presentes en el Arte Megalítico está siendo también revisado y ampliado por estos investigadores. Dos de los temas en los que más han profundizado son la representación antropomorfa y los serpentiformes, motivos muy bien representados en Navalcán. La serpiente y sus alusiones son interpretados como símbolos de la fertilidad, lo masculino y el poder (Bueno y Balbín 1995: 378-379). En el caso de Navalcán, las diferentes formas de representación del antropomorfo serán interpretadas de forma

diversa (Bueno y Balbín 1997: 60-63); así la normativizada, que se acerca a modelos esquemáticos, será identificada con los antepasados, mientras que la estatua-menhir exenta, de gran *personalidad*, lo será con el "Gran Hombre", como manifestación de la jerarquización incipiente que sufren estas sociedades megalíticas (Bueno y Balbín 1997: 62-63). La forma en la que estos y otros motivos están representados varía considerablemente en este y otros sepulcros o menhires decorados, siendo algunos muy naturalistas y explícitos, mientras otros son abstractos y alusivos. Este hecho lleva a Bueno y Balbín a defender la existencia de un "lenguaje", un código entendido por todos en su época, representado no sólo en los dólmenes, sino también en lo que hoy conocemos como "Arte Esquemático". Estos investigadores consideran al Arte Megalítico como parte integrante del Arte Esquemático, siendo el primero la versión funeraria del segundo (Bueno y Balbín 1992).

Aunque en esta obra se estudian y contextualizan las expresiones artísticas de Navalcán, algunos de los temas han sido tratados con mayor profundidad en otros artículos recientes. Un tema en el que, especialmente la Profesora Bueno, ha incidido últimamente es el de las estatuas-menhir megalíticas y su relación con las estelas antropomorfas, más tardías (Bueno 1990, 1991). En este sentido la estatua-menhir de Navalcán, junto a otras identificadas por Bueno y Balbín y otros investigadores en los últimos años como Guadalperal (Cáceres), Soto 1 (Huelva), Pozuelo 6 (Huelva), Alberite (Cádiz), Toconal (Cádiz), Parxubeira (La Coruña) y Dombate (La Coruña) (Bueno y Balbín 1997, 1998; Bello 1997; Rodríguez Casal 1998), han sido relacionadas con el amplio y diverso grupo de estelas antropomorfas, que se desarrollan, según la hipótesis más aceptada, a lo largo de la Edad del Bronce (Almagro-Gorbea 1994: 89). Este tipo de esculturas exentas en dólmenes, junto al resto de manifestaciones pictóricas y grabadas, manifiestan, según han propuesto Balbín y Bueno recientemente (Bueno y Balbín 1994a: 343-345, 1997: 62), una compartimentación interior y exterior del sepulcro, no sólo funcional, sino también simbólica. Este tipo de consideraciones, presentadas tanto en esta obra como en otros trabajos, presentan el potencial interpretativo del análisis del Arte Megalítico, hasta ahora poco explorado. Además, las manifestaciones artísticas contenidas en dólmenes se están revelando como auténticos documentos arqueológicos (Bueno y Balbín 1994a). De esta forma son analizados los motivos representados en la estatua-menhir de Navalcán, que, según sus conocedores, denuncia conexiones con el núcleo megalítico alentejano, por la forma faliforme del soporte y el báculo y bastón representados en él. Estos datos corroborarían relaciones, aún por definir, entre el Megalitismo Alentejano y el de la Meseta meridional.

En esta monografía, además del dolmen en sí mismo, se amplía la perspectiva y se estudia su entorno arqueológico. Aunque la presentación de los datos es bastante superficial, a excepción del menhir de Guadyerbas, cuya excavación se relata, es suficiente para dar una visión general del poblamiento prehistórico en la zona. Disponen de datos recientes sobre, al menos, un pequeño sepulcro situado en las inmediaciones (La Cumbre) lo que permite incidir en un tema en el que P. Bueno ha profundizado (1994). Éste trata sobre el polimorfismo de las arquitecturas megalíticas, la contemporaneidad de sepulcros de pequeño tamaño y gran

tamaño en zonas aledañas, hecho bien confirmado en el Alentejo y que, recientemente, ha sido constatado en la Meseta Norte (Díaz-Guardamino 1997: 52). Este hecho cambia en gran medida los esquemas cronológicos aceptados tradicionalmente para algunas zonas del occidente peninsular, en los que las arquitecturas megalíticas se interpretaban desde una perspectiva evolucionista unilineal. También se atiende a la distribución de los dólmenes y menhires toledanos, constatando su relación con el trazado de la Cañada Real Leonesa, dato de gran interés para la interpretación socioeconómica del Megalitismo, como se ha venido demostrando en los últimos años. En este sentido llama la atención que, situándose su marco de estudio en la Cuenca del Tajo, no hagan referencia al interesante trabajo realizado por A. Martín y E. Galán (1991-92). A un nivel espacial más concreto, el de emplazamiento de dólmenes, menhires y asentamientos, también sorprende que, disponiendo de datos sobre diversos yacimientos de la zona, no analicen las pautas del emplazamiento, análisis que han resultado muy fructíferos en el caso del Megalitismo (Criado *et alii* 1986: 131-44; Criado 1993; Díaz-Guardamino 1997: 45-52).

En este trabajo se tratan las posibles relaciones entre el Megalitismo de la Meseta Sur y el de el occidente peninsular (Extremadura, Alentejo, Salamanca y las Beiras). Esta relación quedaría concretada en una serie de paralelos arquitectónicos o artísticos entre los dólmenes de Azután, La Estrella y Navalcán y diversos ejemplos de las zonas septentrionales u occidentales (Bueno *et alii* 1999: 95). Aunque en algunos casos parecen vislumbrarse conexiones, éstas están todavía por definir y delimitar. Faltan datos más precisos obtenidos de excavaciones sistemáticas o información sobre hábitats, que nos ayuden a concretar este tipo de relaciones. Para la datación de Navalcán se toma como refe-

rente principal el dolmen de Azután, para el que existen fechas absolutas, y se proponen cronologías del último cuarto del IV Milenio a.C. para su construcción (sin cal). Apoyan esta cronología en datos como la ausencia de cerámicas precampaniformes calcolíticas, desde nuestro punto de vista poco concluyente debido a la violación del sepulcro, así como en la presencia de laminas y núcleos prismáticos de cuarzo, la similitud constructiva con Azután, y el parecido de algunos grabados con motivos documentados en menhires alentejanos (Bueno *et alii* 1999: 126). Sin embargo hay que tener en cuenta hechos como la ausencia de geométricos o puntas de flecha, la remoción completa del sepulcro o la existencia de cámaras de las mismas características de cronologías calcolíticas (en construcción) en otras zonas del occidente, y valorar su propuesta cronológica como una aproximación, ya que no existen datos concluyentes al respecto. En este sentido la interpretación del sepulcro, su fundación y utilización, está claramente limitada por su remoción.

A pesar de las limitaciones mencionadas, este interesante dolmen nos aproxima, sin lugar a dudas, a determinados temas como el papel del Megalitismo en la Meseta Sur, sus particularidades y conexiones, la extensión y características del Arte Megalítico peninsular y la aparición de estatuas-menhir en estos contextos. Además, no hay que olvidar, que gracias a la iniciativa de los autores y a su actividad científica, por la que los datos han sido publicados, todos podemos hoy conocer de manera precisa este importante sepulcro.

Marta Díaz-Guardamino

Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO-GORBEA, M. (1994): Las estelas antropomorfas en la Península Ibérica. Tipología, dispersión, cronología y significado. *La statuaría antropomorfa in Europa dal Neolitico alla Romanizzazione. Atti del congresso* (1988), La Spezia-Pontremoli: 69-108.
- BALBÍN, R.; BUENO, P. (1993): Représentations anthropomorphes au Centre de la Péninsule Ibérique. *115 Congrès des Sociétés Savantes*, París: 45-56.
- BELLO, J.M. (1997): Aportaciones del dolmen de Dombate (Cabana, La Coruña) al arte megalítico occidental. *Art et Symboles du Mégalithisme Européen* (Nantes, 1995), *Rév. Archéologique de l'Ouest*, 8: 23-39.
- BUENO, P. (1990): Megalitos en la Submeseta Sur: la provincia de Toledo. *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*: 125-162.
- BUENO, P. (1991): *Megalitos en la Meseta Sur: los dólmenes de Azután y La Estrella (Toledo)*. Excavaciones Arqueológicas en España 159, Madrid.
- BUENO, P. (1994): La necrópolis de Santiago de Alcántara (Cáceres). Una hipótesis de interpretación para los sepulcros de pequeño tamaño en la Península Ibérica. *B.S.A.A.*, 60: 25-100.
- BUENO, P.; BALBÍN, R. (1992): L'Art Mégalithique dans la Péninsule Ibérique. Une vue d'ensemble. *L'Anthropologie*, 96 (2-3): 499-572.
- BUENO, P.; BALBÍN, R. (1994a): El Arte Megalítico como factor de análisis arqueológico: el caso de la Meseta española. *VI Coloquio Hispano Ruso de Historia*, Madrid: 20-9.
- BUENO, P.; BALBÍN, R. (1994b): Estatuas-menhir y estelas antropomorfas en megalitos ibéricos. Una hipótesis de interpretación del espacio funerario. *Museo y Centro de Investigación de Altamira. Monografías*, 17: 337-347.
- BUENO, P.; BALBÍN, R. (1995): La graphie du serpent dans la culture mégalithique péninsulaire. Représentations de plein air et représentations dolméniques. *L'Anthropologie*, 100 (3): 357-381.
- BUENO, P.; BALBÍN, R. (1996): La decoración del dolmen de Alberite. En Ramos y Giles 1996: 285-312.
- BUENO, P.; BALBÍN, R. (1997): El papel del elemento antropomorfo en el Arte Megalítico Ibérico. *Art et Symboles du Mégalithisme Européen* (Nantes, 1995), *Rév. Archéologique de l'Ouest*, 8: 41-64.
- BUENO, P.; BALBÍN, R. (1998): Novedades en la estatuaria antropomorfa megalítica española. *Actes du 2ème Colloque International sur la Statuaire Mégalithique*, Archéologie en Languedoc, 22: 43-60.
- CRiado, F. (1993): Visibilidad e interpretación del registro arqueológico. *Trabajos de Prehistoria*, 50: 39-56.

- CRIADO, F.; AIRA, M.J.; DÍAZ-FIERROS, F. (1986): *La construcción del Paisaje: Megalitismo y Ecología. La Sierra de Barbanza*. Arqueología/Investigación, Xunta de Galicia.
- DELIBES, G.; SANTONJA, M. (1986): *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca*. Diputación Provincial, Salamanca.
- DELIBES, G.; ZAPATERO, P. (1996): De lugar de habitación a sepulcro monumental: una reflexión sobre la trayectoria del yacimiento neolítico de La Velilla, en Osorno (Palencia). *I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica*, Gavá, Rubricatum, 1 (1): 337-348.
- DÍAZ-GUARDAMINO, M. (1997): El grupo megalítico de Villarmayor (Salamanca). Contribución al estudio del Megalitismo del occidente de la Meseta Norte. *Complutum*, 8: 39-56.
- GALÁN, E.; MARTÍN, A.M. (1991-92): Megalitismo y zonas de paso en la cuenca extremeña del Tajo. *Zephyrus*, 44-45: 193-205.
- RAMOS, J.; GILES, F. (1996): *El dolmen de Alberite (Villamartín). Aportaciones a las formas económicas y sociales de las comunidades neolíticas en el noroeste de Cádiz*. Universidad de Cádiz, Servicio de Publicaciones, Cádiz.
- RODRÍGUEZ CASAL, A. (1998): Las estelas antropomorfas de Parxubeira en el contexto de la estatuaria megalítica del noroeste de la Península Ibérica. *Actes du 2ème Colloque International sur la Statuaire Mégalithique*, Archéologie en Languedoc, 22: 73-82.
- SHEE, E. (1981): *The Megalithic Art of Western Europe*. Oxford.

Vencelas Kruta (2000): *Les Celtes. Histoire et dictionnaire des origines à la romanisation et au christianisme*. Editions Robert Laffont, París. ISBN: 2-221-05690-6. 1005 pp. con 17 mapas y 177 figuras (20 x 13 cm).

El Prof. Venceslas Kruta, Directeur d'études à l'école pratique des hautes études, es uno de los más renombrados especialistas en los estudios célticos, pero, además de ser una de las figuras de mayor renombre en estos estudios, es, al mismo tiempo, la que, probablemente, más ha contribuido a la labor de difusión del conocimiento del mundo celta a todos los niveles. Esta doble faceta permite comprender el interés que ha suscitado su nueva obra, interés que el lector puede considerar colmado ya que constituye una muy valiosa síntesis y, al mismo tiempo, una obra de referencia obligada para todo aquel que trabaje o se interese, como investigador o como mero aficionado, por cualquiera de los numerosos campos que hoy enriquecen los estudios célticos.

Les Celtes, además, está concebida con gran originalidad, ya que está estructurada en dos partes: la primera es una valiosa síntesis de los conocimientos actuales sobre el mundo celta (pp. 27-386), mientras que la segunda es un extenso diccionario que recoge los principales yacimientos, topónimos, pueblos, personajes y divinidades y más significativos elementos culturales celtas, lo que convierte a esta obra, más que en un diccionario, en una verdadera enciclopedia de los estudios célticos. Pero esta brillante estructuración aún se valora gracias a una parte final (pp. 877-1005) que incluye valiosos elementos que no sólo facilitan el manejo de las más de 1000 páginas de la obra, sino que, a través de ella, permiten una rápida actualización en los numerosos campos de los estudios célticos.

Se inicia la obra con un prefacio del autor que explica su finalidad y rico y complejo contenido. A continuación, se ofrece un cuadro cronológico (pp. XI-XIV), que enmarcan en su contexto histórico las principales referencias sobre los celtas, generalmente históricas, y, en general, referidas al Mediterráneo.

La *Introduction* (pp. 1-24) permite al lector adentrarse en la complejidad del mundo celta tal como actualmente se comprende, desde una profunda visión histórica, que introduce al que maneje esta parte conocer por sí mismo las ba-

ses actuales de comprensión de cuanto hoy sabemos que engloba el equívoco término "celta". Para ello se analizan sucesivamente "los celtas de ayer y de hoy", muy interesante para comprender las vicisitudes del mundo céltico como substrato cultural de grandes áreas de Europa, "las lenguas y culturas célticas", que permiten comprender su complejidad interna, algo imprescindible para superar la visión bastante monolítica existente como consecuencia de la valoración y definición inicial del mundo celta desde los hallazgos y la historiografía centroeuropea, y, por último, los problemas que ofrece el significado del etnónimo *celta* y de otros con él relacionados, como *gálata*, *galo*, *bretón*, *celtibero*, etc.

Tras esta amplia introducción, se inicia el estudio propiamente dicho. Éste se halla dividido en 2 grandes apartados, "los datos" y "los hechos". Entre "los datos" (pp. 27-118), se incluye una buena historiografía de los estudios celtas, en la que se pudiera haberse aludido a la muy discutible postura hiper crítica de algunos autores ingleses actuales; los textos, en los que se incluyen las inscripciones celto-etruscas, celtibéricas, galo-grecas, celto y galo-latinas y ógmicas; los materiales lingüísticos, como lenguas, topónimos, etnónimos y antropónimos, con especial atención dedicada a los Insures; y, finalmente, los restos arqueológicos, entre los que se analizan las necrópolis, los hábitats, la tecnología, los santuarios y depósitos, el marco cronológico, en el que sería deseable un cuadro de conjunto, el medio ambiente, la numismática y el arte, apartado de enorme interés dada la reconocida maestría del autor en esta materia. Sin embargo, quizás se eche en falta completar esta parte con un apartado general sobre la sociedad céltica y su evolución, así como con una visión actual sobre la compleja cosmología y religión de los celtas.

La segunda parte se dedica a "los hechos". Tras discutir las primeras citas históricas de Hecateo y Herodoto, Kruta aborda con decisión y sin prejuicios el arduo problema del origen de los Celtas, tantas veces discutido a lo largo de

los últimos 150 años como evitado en muchas obras por su dificultad. Tras reconocer las carencias del origen del mundo celta en el *Westhallstattkreis*, tópico tan habitual como difícil de mantener, el autor plantea las dificultades de tal teoría para explicar el origen de los Celtas de la Península Ibérica y de la Cultura de Golaseca. En consecuencia, a pesar de la dificultad que supone establecer relaciones entre lenguas y culturas arqueológicas, hecho que tanto ha oscurecido estos apasionantes problemas, Kruta, a nuestro parecer con gran acierto, encuadra el problema con profundidad en el marco de la indoeuropeización de la Europa. Tras aceptar la supuesta indoeuropeización neolítica, muy dudosa en la Europa Mediterránea, pero que pudo suponer un primer substrato indoeuropeo, señala cómo es el mundo campaniforme el que ofrece el mejor marco teórico para explicar una indoeuropeización cumulativa de amplias áreas de Europa Occidental. Tal proceso, favorecido por la llegada de minorías guerreras (mapa 4), se asocia al caballo, a una metalurgia pastoril especializada, a la metalurgia del cobre, a la emergencia de una jerarquía social que se refleja en tumbas individuales “heroicas”, a la formación de una élite guerrera con una organización patriarcal de la sociedad documentada por ajuares con armas, al rito de depositar vasos de una bebida seguramente alcohólica y la aparición de signos astrales, especialmente solares. Aunque distamos mucho de poder precisar detalles, no cabe duda que ésta debe considerarse hoy día la tesis que mejor explicaría la complejidad y amplitud del mundo céltico, en especial en las áreas atlánticas y más periféricas. Esta clara y valiente visión evidencia el valor de la obra, una de las pocas que huye de los tópicos utilizados habitualmente para evitar abordar este apasionante pero difícil problema, esencial para una comprensión actual del mundo céltico.

A continuación (pp. 135-386), se tratan temas más habituales, lo que permite al autor ofrecer con la maestría que le caracteriza, una valiosa síntesis histórica y cultural. En capítulos sucesivamente se aborda el mundo de los príncipes (VII-VI a.C.), el nacimiento de la cultura de La Tène (siglo V a.C.), la invasión histórica de Italia, los Celtas transalpinos, la expansión danubiana, los Gálatas de Asia Menor, las guerras contra Roma, los Celtas del Occidente y de Hispania, las ciudades y el desarrollo de los *oppida*, las últimas batallas de los Celtas en Europa, los Bretones y su enfrentamiento a Roma y los Celtas de Bretaña e Irlanda. Para ello se recurre tanto al análisis de los principales textos como a una buena interpretación de los restos arqueológicos, especialmente valiosa en lo que respecta a la Europa Centro-Oriental, sobre la que Kruta ha sido siempre un reconocido especialista. Pero, por ello, quizás pueda sorprender su profundo conocimiento de la problemática de la Península Ibérica (pp. 316-333), fruto de muchos viajes de estudio, de dirección de tesis doctorales y de contacto con los principales especialistas. Este hecho es de agradecer, pues hace de esta obra la primera de su género en la que la personalidad del mundo celta hispano se enmarca sin dificultad en una visión general del mundo celta, lo que, sin duda, constituye uno de tantos logros de esta obra.

Tras recoger diversos textos bien seleccionados sobre los Celtas de la península Ibérica (Herod. I,163; Str. III,1,5-6; 2,9; 5,11; 4,12-13; 3,5-7), Kruta se atreve a abordar el “casse-tête pour les spécialistes” (p. 319) que constituyen lo que él denomina “Celtas de Iberia”, aunque sea preferible la

denominación de “Celtas de Hispania” por ser menos equívoca respecto a los Celtíberos.

Su visión resulta excepcional entre la mayor parte de los celtistas de allende los Pirineos, que no acaban de diferenciar entre Celtas y Cultura de La Tène ni, por consiguiente, la relación entre los Celtas de Hispania y los de allende los Pirineos. Kruta, de acuerdo con la hipótesis actualmente más aceptada sobre el origen de los celtas de Hispania, plantea la similitud del problema de éstos con la Cultura de Golaseca en Italia, al ser ambos anteriores a la Cultura de La Tène. En su análisis aborda los primeros testimonios históricos y lingüísticos y las migraciones internas, documentadas por textos y *teseras hospitalis*, los mercenarios de *Iberia*, las guerras celtibéricas, lusitanas y cántabras, los castros y oppida y finaliza con una aguda y novedosa visión del arte celta hispano, por lo que constituye, incluso para especialistas de la Península Ibérica, una síntesis del mayor interés.

Tras esta amplia visión, que constituye una verdadera y valiosa monografía sobre los Celtas en el actual estado de los conocimientos, la obra prosigue con un extenso diccionario muy bien ilustrado (pp. 387-876). En él se ofrecen, en orden alfabético, los yacimientos más importantes, topónimos, teónimos, antropónimos y etnónimos, además de términos arqueológicos, como *art* o “ceinture” (broche de cinturón), y culturales, como *aedificia*, *oppidum*, *carnyx* o “calendrier”. Aunque se pueden echar en falta algunos nombres, algo inevitable en una obra de este tipo, como *Allucius*, *Briteiros*, *Olindicus*, *Sanfins*, *Segovia* o *Tiermes*, da buena idea de la calidad excepcional de una obra general de este tipo la cantidad de entradas referentes a la Península Ibérica, lo que confirma de nuevo el esfuerzo del autor por ofrecer una verdadera obra de conjunto de todo el mundo celta. Como ejemplo, las entradas hispanas relativas a la “A” son las siguientes: Aguilar de Anguita, Albiones, Alcácer do Sal, Alcántara, Almedinilla (aunque atribuida a la “Cultura del Tajo”), Alpanseque, écriture (cita Untermann 1975, pero no 1997), Ambacte (pero no recoge *Ambatus*), Ampurias, Amusicos, Arabriga, Aratis-Aratikos (falta Untermann 1975), architecture (quizás falte una referencia a la arquitectura de Botorrita y Tiermes), Arcóbriga, Arekorata, Arévaques, Arganthonios, Arkailicos, armement (recoge la especificidad del armamento celta hispano), Artabres, Astures (podría incluirse J.L. Maya, *Los castros en Asturias*, Gijón 1989 y A.A.V.V. *Astures*, Gijón 1995), Atance, Atienza, Augustobriga y Autrigones. Muchas de las entradas ofrecen, en su caso, las referencias a autores clásicos y una somera bibliografía, que permite al lector ampliar el conocimiento. Además, incluye 177 selectas y cuidadas ilustraciones a la línea (con sus créditos en pp. 999-1003), con objetos, detalles decorativos y plantas de poblados, etc., que acrecientan más si cabe el interés de esta parte de la obra.

Después del diccionario, se ofrece la lista de autores y obras clásicas utilizadas (pp. 877-879) y una amplia y selecta bibliografía (pp. 881-964), aunque en ella se podría añadir alguna obra señera de estos últimos años, como F. Buriello, *Los Celtíberos. Etnias y estados*, Barcelona 1998, o J. Untermann, *Monumenta linguarum Hispanicarum IV. Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften*, Wiesbaden 1997. Tras la bibliografía, Kruta ha tenido la buena idea de incluir una lista de museos, muy útil para investigadores, estudiantes y amantes del mundo celta (en la

que se podría añadir algún museo hispano más, como Burgos, Cuenca, La Hoya, Tiermes y Zaragoza) y, finalmente, un cuidado índice de personas y lugares, que facilitan la consulta de esta magna obra.

No queremos terminar esta nota sin destacar algunos aspectos de mayor interés para el lector. En primer lugar, es evidente que *Les Celtes* constituye una brillante síntesis de muchos años de estudio dedicados al mundo celta, gracias a una base histórica y lingüística pareja a la arqueológica, algo imprescindible para este tipo de estudios sin los que la mera cultura material difícilmente puede brindar al lector todas las claves que encierra. En segundo lugar, la obra recoge las más importantes novedades sobre el mundo celta que se han ido incorporando en estos últimos años, como las nuevas interpretaciones sobre el origen de los celtas, clave de su evidente poliformidad; no menos interesante es su valoración objetiva de su importancia real como parte del substrato cultural de gran parte de la Europa actual. Pero, además, esta obra resalta por ser la primera vez que se intenta comprender la peculiaridad e importancia de los Celtas de Hispania dentro del conjunto del mundo celta, lo que permite una más compleja visión de esta cultura, a pesar de su dificultad.

Por todo ello, a pesar de algunas carencias como las señaladas, inevitables en una obra de este tipo, esta impresionante obra, de más de 1000 páginas de letra pequeña pero clara, parece más el fruto de un trabajo colectivo que del esfuerzo individual de un solo autor. Gracias a ello la obra gana en cohesión y claridad y el talento y experiencia del autor, tanto en el campo científico como de divulgación, unidos a una buena redacción hacen que se lea de forma fluida y amena sin dificultad alguna para su comprensión, a pesar de la gran densidad de datos y las muchas ideas que ofrece, lo que es muy de agradecer en una obra de este tipo.

Por todo ello, no nos queda sino felicitar al Prof. V. Kruta por esta brillante aportación al conocimiento y difusión del mundo celta y por ofrecernos una de las síntesis más brillantes hasta ahora escritas sobre este tema. En consecuencia, finalizamos recomendando que esta obra no falte en ninguna biblioteca universitaria ni especializada, aunque puede leerse con gusto por cualquier aficionado, ya que puede considerarse como la obra "clásica" de referencia sobre el mundo celta en los inicios del siglo XXI.

Martín Almagro-Gorbea

José Luis Escacena Carrasco (2000): *La arqueología protohistórica del sur de la Península Ibérica. Historia de un río revuelto*. Madrid, Síntesis. ISBN 84-7738-801-6. 269 pp.

Con su estilo brillante y directo, Escacena nos ofrece un repaso muy personal de los temas más candentes del sur peninsular, en un trabajo de corte esencialmente historiográfico, aunque no únicamente, en el que escudriña en las causas más profundas en las que diferentes investigadores, consciente o inconscientemente, basan sus hipótesis y teorías.

Así, trata temas tan candentes y actuales como la cronología y periodización de la Protohistoria meridional, la etnicidad y la posibilidad de rastrearla arqueológicamente, la religión, la organización social, la economía y el mundo funerario. Pero no sólo analiza las opiniones de otros buscando las razones últimas sobre las que se asientan, sino que también entrelaza sus propias ideas sobre los temas que trata.

Pero además, añade al discurso otros temas, en este caso no estrictamente arqueológicos, pero que tienen mucho que ver sobre la forma en que se genera el conocimiento histórico, como el peso de las mayorías y las camarillas científicas a la hora de guiar la investigación, la influencia del azar en la obtención de datos a la hora de generar modelos explicativos, la influencia de la política (léase administraciones públicas) a la hora de primar unos u otros temas de investigación, y marcos teóricos, en forma de subvenciones y, por último, los propios prejuicios del investigador (antropocentrismo y etnocentrismo) a la hora de acercarse al análisis de los datos arqueológicos.

Sin embargo, tratándose de una obra de este estilo, no deja de llamar la atención la renuncia explícita de entrar en la discusión de los diferentes marcos teóricos aplicados en el estudio de la Protohistoria meridional, ya que cree que los marcos teóricos no influyen en la recogida de los datos.

Esto no deja de ser chocante con las posiciones mantenidas en aquellos apartados del libro más dedicados al análisis

de los propios datos arqueológicos, donde propugna que hay que cambiar las preguntas que hacemos al registro arqueológico: "...es evidente que los principales cambios no se han producido ni en la cantidad ni en la calidad de nuestra información, sino en los métodos de análisis interpretativo del registro arqueológico". Si hay un cambio en las preguntas, ¿no habrá un cambio también en aquello que buscaremos al excavar un yacimiento?

El estudio de las cuestiones anteriormente reseñadas las divide en dos bloques temáticos. En el primero de ellos se analizan los temas de carácter teórico, metodológico y del "entorno" de la investigación, tanto el académico como el político, señalando una serie de "patologías", inteligentemente bautizadas, en las que es difícil no verse reflejado de una u otra forma. En el segundo, entra en el estudio más detallado de diferentes aspectos de las sociedades del sur peninsular entre el Bronce Final y la época turdetana, centrándose principalmente en el uso de los datos arqueológicos por parte de los diferentes investigadores. Una discusión detallada de todos los puntos tratados por el autor alargaría esta reseña más de lo necesario, además de tener el riesgo evidente de caer en hacer una mera confrontación de opiniones entre quién esto escribe y el autor de la obra, aunque ya advierto que en algún momento esto se va a hacer inevitable.

Antes de pasar al análisis de los temas abordados en la segunda parte del libro, mencionar que, como cuestiones más estrictamente arqueológicas, en la primera se trata de la cronología y continuidad del registro arqueológico, señalando Escacena la tendencia de algunos arqueólogos a no ver interrupciones en el registro y la tendencia a hacer las cosas muy antiguas. La existencia de interrupciones la trato bre-

vemente al tratar más adelante del mundo funerario. Sobre la cuestión de la cronología, decir que cuando la tendencia a la antigüedad se apoya en dataciones absolutas radiocarbónicas y dendrocronológicas, parece razonable seguirlas sin encastillarse en posiciones más tradicionales (Castro, Lull y Micó 1996; Mederos 1997; Torres 1998).

Dentro del segundo bloque temático, el primer aspecto tratado es el del paleoambiente, señalando acertadamente la necesidad de evitar los actualismos y de concebir el medio tal y como era en la Protohistoria, citando como ejemplos de cómo las visiones actuales llevan a una distorsión de la realidad prehistórica los casos de la vega de Carmona, fertilísima actualmente pero cuya explotación data del siglo XIX y era imposible en la Protohistoria, o como las actuales marismas del Guadalquivir constituían una ensenada marítima, el antiguo *Lacus Ligustinus*, ahora bien definidas mediante prospecciones geológicas (Arteaga, Schulz y Roos 1995) o la búsqueda del solar de la antigua *Gadir* (Ruiz Mata 1999).

El segundo aspecto tratado es la estratigrafía, enfatizando la importancia de la misma como medio para la fechar y construir el discurso histórico. En relación con el problema de la estratigrafía, trata las cerámicas pintadas de estilo Carambolo, revisando la polémica existente sobre su asociación o no a cerámicas a torno y su carácter precolonial. En este sentido, debo señalar que no estoy de acuerdo con Escacena en la forma en que mezcla las cerámicas de estilo Carambolo y las de San Pedro II, que trata de modo de unitario con el fin de otorgarlas una cronología baja cuando se han señalado sus diferencias por diversos autores (Cabrera 1981; Ruiz Mata 1984-85). Igualmente, aunque no admito la asociación de estas cerámicas con producciones a torno (Amores 1995), no creo que ello sirva para admitir sin más su completa coetaneidad con la colonización fenicia. Eso es algo que habrá que ver caso por caso, igual que, como señala acertadamente el autor, no todos los contextos con cerámica fabricada únicamente a torno se deben ser consideradas precoloniales. En este sentido, es importante ver más conjuntos cerámicos que piezas aisladas.

Un tercer tema tocado por el autor es el de la etnicidad, actualmente muy de moda en el panorama internacional de la investigación (Shennan 1989; Graves-Brown, Jones y Gamble 1996; Jones 1997), y como se refleja la misma en el registro arqueológico. Señala acertadamente el error de la identificación entre etnia y raza, además de enfatizar la dificultad de distinguir esta característica de las poblaciones humanas en el registro arqueológico. Como ejemplo de elemento que reflejaría la etnicidad de las poblaciones prefenicias del Sudoeste peninsular trae a colación las cabañas redondas (Izquierdo 1998), que vincula con otras estructuras del Occidente peninsular que califica de indoeuropeas. No obstante, no valora otros factores que puedan determinar la elección de casas circulares o cuadradas como el grado de complejidad socioeconómica (Redman 1990: 265-267). De todas formas, la cosa no debe estar tan clara cuando otros investigadores califican de meridional la casa redonda, "proto-tartésica" (Almagro-Gorbea 1994: 20) y ultrapirenaica a la cuadrada, al menos en la Hispania Celtica (*ibidem*: 24).

El cuarto aspecto analizado por Escacena es el de la religión, quizá uno de los campos en los que más avances ha habido últimamente tanto en los estudios tartésicos (de la Bandera *et alii* 1995; Belén *et alii* 1997; Belén 2001; Celes-

tino 2001; Escacena e Izquierdo 2001) como en el de los ibéricos (AA.VV. 1997; Almagro-Gorbea y Moneo 2000). En este sentido, destaca el afán del autor de convertir en fenicios todos aquellos santuarios localizados hasta ahora en el bajo Guadalquivir, basándose en la iconografía de los vasos cerámicos, en las técnicas constructivas y en ciertos aspectos rituales como los lingotes en forma de piel de buey.

Sin embargo, todo ello lleva a la desaparición de lo sacro del registro arqueológico tartésico, algo que no ocurre en ninguna otra cultura coetánea del mediterráneo como la griega o la etrusca. Los principios aplicados por Escacena, si se aplicaran, por ejemplo, al mundo etrusco, convertiría en griegas prácticamente todas sus manifestaciones arqueológicas, e incluso su religión, muy influenciada por la mitología y la iconografía griega pero que es etrusca en última instancia. Todo ese peso de lo fenicio lleva prácticamente a desaparecer al componente indígena dentro del proceso de interacción que constituye el fenómeno de Tartessos (Ruiz Mata 2000: 34 y ss.).

Un quinto aspecto tratado es el de la lengua y escritura, donde se insiste en la necesidad, cierta, de una mayor cooperación entre lingüistas y arqueólogos, a pesar de las evidentes diferencias existentes entre ambas disciplinas. Este análisis lleva al autor a señalar la necesidad de separar a los turdetanos del mundo ibérico, una práctica cada vez más habitual y que queda desmentida por los estudios lingüísticos, que separa la lengua de la baja Andalucía de la hablada en el Sudeste y la costa levantina peninsular. Incide también Escacena en los problemas cronológicos y geográficos que existen en el estudio de la epigrafía del Sudoeste peninsular, que sugieren la existencia de más de una lengua y, por consiguiente, más de una etnia en esta zona.

Un sexto bloque viene constituido por el análisis de la organización social del sur peninsular, haciendo hincapié en los datos arqueológicos utilizados normalmente para su reconstrucción, principalmente las tumbas (la denominada Arqueología de la Muerte), los palacios y, como caso de estudio, las estelas decoradas del Sudoeste.

El autor señala acertadamente el excesivo énfasis hecho por la investigación en las sepulturas principescas y el escaso interés demostrado por como eran enterrados el resto de los mortales, aunque en el caso de la cultura tartésica se echan en falta las menciones de Almagro-Gorbea (1990: 104) sobre las necrópolis urbanas de tipo Medellín o Cruz del Negro y de las rurales extremeñas (*ibidem*: 99), que contienen las sepulturas de individuos que ciertamente no podemos caracterizar como pertenecientes a la elite social.

También interesante es su discusión sobre el carácter de palacio o santuario de Cancho Roano, edificio paradigmático usado por diferentes investigadores como ejemplo de arquitectura palacial en Tartessos y el mundo ibérico (Almagro-Gorbea y Domínguez de la Concha 1988-89; Almagro-Gorbea, Domínguez de la Concha y López Ambite 1990; Ruiz y Molinos 1993: 188-191). Como ya he señalado más arriba, parece que la hipótesis de Escacena de considerarlo un santuario es perfectamente posible (*cf.* Celestino 1997, 2001).

El último aspecto analizado es el de las estelas del Sudoeste. Dejando aparte su función, como lápida funeraria o marcador territorial, el autor señala acertadamente como un mismo elemento de cultura material puede llevar a interpretaciones opuestas, dependiendo de los presupuestos teóricos

y, yo diría, ideas apriorísticas no conscientemente teóricas de cada investigador.

El séptimo tema tratado por Escacena es la economía de las poblaciones protohistóricas del Sur peninsular. Apunta la importancia de la agricultura como ase económica de estas sociedades, a la que considera la única actividad capaz de sostener el auge demográfico que sufren estas regiones a finales de la Edad del Bronce, visible sobre todo en el área sudoccidental. Contrapesa así la importancia que se le otorga a la minería y la metalurgia en la mayoría de los estudios de economía.

No por ello deja de tratar este importante sector económico, tratando el tema de la propiedad de las minas, de la adscripción étnica de la mano de obra que las trabajaba, y del origen de la tecnología utilizada, elementos todos ellos visibles en los análisis más recientes sobre el tema (Ruiz Mata 2000: 36-37).

Como elemento de cultura material analizado en este bloque, Escacena elige las ánforas, que considera muestras del intercambio de objetos no conocidos por los indígenas y del fin de la autarquía económica del Bronce Final, donde no existen este tipo de objetos, aunque valora la posibilidad del uso de recipientes de otra forma, pero del discurso resulta obvio que no le convence.

En el último bloque, trata del mundo funerario en el sur peninsular desde el Bronce Final hasta época ibérica y turdetana. En este apartado aborda temas que este investigador ya había tratado con anterioridad como la inexistencia de enterramientos del Bronce Final debido al *hiatus* poblacional que propone para todo el Sudoeste peninsular para este momento (Belén, Escacena y Bozzino 1991; Belén y Escacena 1992, 1995; Escacena 1995) y también en época turdetana (Escacena 1989; Belén y Escacena 1992).

Sobre el primero de los aspectos, creo que existen pruebas de la existencia de tumbas del Bronce Final en el Sudoeste peninsular, estando el argumento no sólo basado en la inexistencia de cerámicas a mano, sino en la asociación recurrente de unos tipos cerámicos y de elementos metálicos como las fibulas de codo (Torres 1999: 169-171, 175), documentados en necrópolis de las que la más paradigmática sería la de Mesas de Asta, además de algunos de los enterramientos del túmulo 1 de las Cumbres (Ruiz Mata y Pérez 1989: 288). En la misma dirección, la creencia de que

no existen enterramientos de esta cronología en la fachada atlántica peninsular ha dado un cambio radical con la revisión de viejas excavaciones y los nuevos hallazgos efectuados en Portugal en los últimos años (Cruz 1997; Cardoso, Caninas y Henriques 1998; Vilaça y Cruz 1999; Vilaça, Cruz y Gonçalves 1999).

Igualmente, aún sin compartir la adscripción a poblaciones orientales de algunas de las necrópolis tartésicas más significativas como la Cruz del Negro, sí comparto el interés del autor por indagar en la etnicidad a través de los datos funerarios, coincidiendo en que la realidad fue mucho más compleja que la dicotomía fenicios y costa – indígenas e interior, siendo una de las líneas de investigación a seguir en el futuro.

Por último, el caso arqueológico elegido para ilustrar el mundo funerario, el de los contenedores cinerarios, nos ofrece otra línea de investigación muy interesante, considerando el posible simbolismo del propio recipiente en sí y de la decoración que porta, dejándolo de considerar un mero contenedor para integrarlo completamente dentro del sistema cultural de las poblaciones del Sur peninsular.

En suma, nos encontramos con una obra que no sólo es fiel reflejo del pensamiento de su autor, sino que analiza con claridad los presupuestos teóricos y metodológicos de todos aquellos que se han dedicado al análisis de la Protohistoria del Sur peninsular. Pero lo más destacado de la obra es sin duda el espíritu de duda continua de su autor, de no dar nada por sentado y, como dice, de tener siempre una mosca detrás de la oreja. Es este espíritu el que debe guiarnos en nuestras investigaciones, pues sólo así lograremos un mayor avance del conocimiento. Así pues, es indudable su valor, convirtiéndose su lectura en imprescindible y siendo esa sensación de desasosiego que deja en algunas ocasiones la mejor incentivo de seguir con la investigación.

En todo caso, entiéndanse las discrepancias con el autor como diferencias científicas, que, como bien señala Escacena, pueden ser discutidas con pasión, e incluso acaloramiento, tomando una copa alrededor de una mesa.

Mariano Torres Ortiz

Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense
torres@idecnet.com

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1997): *Espacios y lugares cultuales en el mundo ibérico*. Quaderns de Prehistòria i Arqueologia, 18, Servei d'Investigacions Arqueològiques i Prehistòriques, Castelló de la Plana.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1990): El período Orientalizante en Extremadura. *La cultura tartésica en Extremadura*, Museo Nacional de Arte Romano, Mérida: 85-125.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1994): Urbanismo de la Hispania "céltica". Castros y oppida del centro y occidente de la Península Ibérica. *Castros y oppida en Extremadura* (M. Almagro-Gorbea y A.Mª Martín Bravo, eds.), Editorial Complutense, Madrid: 14-75.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, A. (1988-89): El palacio de Cancho Roano y sus paralelos arquitectónicos y funcionales. *Zephyrus*, 41-42: 339-82.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, A.; LÓPEZ AMBITE, F. (1990): Cancho Roano: un palacio orientalizante en la Península Ibérica. *Madrider Mitteilungen*, 31: 251-308.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; MONEO, T. (2000): *Santuarios urbanos en el mundo ibérico*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 4, Real Academia de la Historia, Madrid.
- AMORES, F. (1995): La cerámica pintada estilo Carambolo: una revisión necesaria de su cronología. *Tartessos 25 años después*, Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, Jerez de la Frontera: 159-178.
- ARTEAGA, O.; SCHULZ, H.D.; ROOS, A.Mª. (1995): El problema del "Lacus Ligustinus". *Investigaciones geor-*

- queológicas en torno a las marismas del Bajo Guadalquivir. *Tartessos 25 años después*, Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, Jerez de la Frontera: 99-135.
- DE LA BANDERA, M^a.L.; CHAVES, F.; FERRER, E.; BERNÁLDEZ, E. (1995): El yacimiento tartésico de Montemolín. *Tartessos 25 años después*, Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, Jerez de la Frontera: 315-332.
- BELÉN, M. (2001): Arquitectura religiosa orientalizante en el bajo Guadalquivir. *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica* (D. Ruiz Mata y S. Celestino, eds.), CEPO-CSIC, Madrid: 1-16.
- BELÉN, M.; ANGLADA, R.; ESCACENA, J.L.; JIMÉNEZ, A.; LINEROS, R.; RODRÍGUEZ, I. (1997): *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa-Palacio del Marqués de Saltillo*. Consejería de Cultura. Junta de Andalucía, Sevilla.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J.L. (1992): Las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental. *Complutum*, 2-3: 65-87.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J.L. (1995): Interacción cultural fenicios-indígenas en el bajo Guadalquivir. *Kolaios*, 4: 67-101.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J.L. (1991): El mundo funerario del Bronce Final en la fachada atlántica de la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 48: 225-256.
- CABRERA, P. (1981): La cerámica pintada de Huelva. *Huelva Arqueológica*, 5: 317-335.
- CARDOSO, J.L.; CANINAS, J.C.; HENRIQUES, F. (1998): Duas cabanas circulares da Idade do Bronze Final do Monte de São Domingos (Malpica do Tejo, Castelo Branco). *Estudos Pré-Históricos*, 6: 325-345.
- CASTRO, P.V.; LULL, V.; MICÓ, R. (1996): *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)*. BAR International Series 652, Hadrian Books Ltd, Oxford.
- CELESTINO, S. (1997): Santuarios, centros comerciales y paisajes sacros. *Quaderns de Prehistòria y Arqueologia de Castelló*, 18: 359-389.
- CELESTINO, S. (2001): Los santuarios de Cancho Roano. Del indigenismo al orientalismo arquitectónico. *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica* (D. Ruiz Mata y S. Celestino, eds.), CEPO-CSIC, Madrid: 17-56.
- CRUZ, D.J. (1997): A necrópole do Bronze Final do "Paranho" (Molelos, Tondela, Viseu). *Estudos Pré-Históricos*, 5: 85-109.
- ESCACENA, J.L. (1989): Los turdetanos o la recuperación de la identidad perdida. *Tartessos. Arqueología protohistórica del bajo Guadalquivir* (M^a.E. Aubet, coord.), Sabadell, AUSA: 433-476.
- ESCACENA, J.L. (1995): La etapa precolonial de Tartessos. Reflexiones sobre el "Bronce" que nunca existió. *Tartessos 25 años después*, Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, Jerez de la Frontera: 179-214.
- ESCACENA, J.L.; IZQUIERDO, R. (2001): Oriente en Occidente: arquitectura civil y religiosa en un "barrio fenicio" de la Caura tartésica. *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica* (D. Ruiz Mata y S. Celestino, eds.), CEPO-CSIC, Madrid: 123-157.
- GRAVES-BROWN, P.; JONES, S.; GAMBLE, C. (eds.) (1996): *Cultural Identity and Archaeology: the construction of european communities*. Londres.
- IZQUIERDO, R. (1998): La cabaña circular en el mundo tartésico. Consideraciones sobre su uso como indicador étnico. *Zephyrus*, 51: 277-288.
- JONES, S. (1997): *The archaeology of ethnicity: constructing identities in the past and present*. Routledge, Londres.
- MEDEROS, A. (1997): Nueva cronología del Bronce Final del occidente de Europa. *Complutum*, 8: 73-96.
- REDMAN, C.L. (1990): *Los orígenes de la civilización: desde los primeros agricultores hasta la sociedad urbana en el Próximo Oriente*. Crítica, Barcelona.
- RUIZ, A.; MOLINOS, M. (1993): *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Crítica, Barcelona.
- RUIZ MATA, D. (1984-85): Puntualizaciones sobre la cerámica pintada tartésica del Bronce Final estilo Carambolo o Guadalquivir I. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM*, 13-14: 225-243.
- RUIZ MATA, D. (1999): La fundación de Gadir y el Castillo de Doña Blanca. *Complutum*, 10: 279-317.
- RUIZ MATA, D. (2000): Repensando el concepto histórico de Tartessos. *Historiar*, 5: 23-45.
- RUIZ MATA, D.; PÉREZ, C.J. (1989): El túmulo 1 de la necrópolis de "Las Cumbres" (Puerto de Santa María, Cádiz). *Tartessos: Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, (M^a.E. Aubet, coord.), AUSA, Sabadell: 287-295.
- SHENNAN, S. (1989): *Archaeological approaches to cultural identity (One World Archaeology 10)*. Unwin Hyman, Londres.
- TORRES, M. (1998): La cronología absoluta europea y el inicio de la colonización fenicia en Occidente. Implicaciones cronológicas en Chipre y el Próximo Oriente. *Complutum*, 9: 49-60.
- TORRES, M. (1999): *Sociedad y mundo funerario en Tartessos*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 3, Real Academia de la Historia, Madrid.
- VILAÇA, R.; CRUZ, D.J. (1999): Prácticas funerarias e culturais dos finais da Idade do Bronze na Beira Alta. *Arqueologia*, 24: 73-99.
- VILAÇA, R.; CRUZ, D.J.; GONÇALVES, A.A.B. (1999): A necrópole de Tanchoal dos Patudos (Alpiarça, Santarém). *Conimbriga*, 38: 5-29.

João Leal (2000): *Etnografias portuguesas (1870-1970): Cultura popular e identidade nacional*. Publicações Dom Quixote, Lisboa. ISBN 972-20-1799-3. 274 pp.

Sin que en modo alguno sirva de precedente, y solicitando por anticipado las disculpas de los lectores, voy a construir parte de esta reseña con algunos de los párrafos que dediqué a la recensión de otro de los libros pertenecientes a la colección de etnografía portuguesa editada por Publicações Dom Quixote [“Vasconcelos, José Leite de: *Signum Salomonis. A figa. A barba em Portugal: Estudos de etnografia comparativa*. Prefacio de João Leal”, *Revista de Dialectologia y Tradiciones Populares*, LIII-1 (1998): 284-287]. He creído conveniente este “autoplagio” debido, en primer lugar, a que las revistas donde se publican los comentarios son de contenido marcadamente dispar y con lectores no menos diferenciados. Por otro lado, las palabras que en aquella ocasión dediqué a la descripción y valoración de la colección citada, denominada *Portugal de Perto* –Portugal de cerca–, son perfectamente válidas aquí y ahora, pues es muy probable que el lector de *Complutum* –de obvios intereses arqueológicos, no etnográficos ni etnológicos– desconozca su existencia.

La colección *Portugal de Perto*, que está bajo la dirección de Joaquim Pais de Brito, ha llegado al número 40 con la obra de Leal que vamos a comentar. Como se indica en el texto de presentación de cada volumen, la selección de los títulos a publicar se realiza de acuerdo con dos criterios fundamentales: en primer lugar, “todos eles se reportan ao espaço português, estudando os mais diversos aspectos da sua cultura (poderíamos dizer: das suas culturas)”; en segundo, “esse estudo é feito mais ou menos *de perto*, com base num trabalho de recolha directa, e propõe-se, algumas das vezes, trazer *para mais perto* fatias do real descuradas ou desconhecidas”. Todo ello “nos limites de uma área disciplinar que, *grosso modo*, vai da Etnografia à Antropologia”. Es ese segundo criterio, el de acercar aquellos aspectos o cuestiones más o menos olvidadas, el que guía la recuperación de textos “clásicos” de la etnografía y la antropología portuguesas, que cubren una parte importante de la colección. El excelente proyecto editorial se completa con una cuidada y atractiva edición, en la que únicamente se echan en falta los siempre útiles –y casi siempre desdeñados en tierras ibéricas, tanto lusas como hispanas– índices de materias y personajes citados.

No podemos dejar de recordar ahora los títulos reeditados: *História do fado*, de Pinto de Carvalho; *Da prostituição na cidade de Lisboa*, de Francisco Ignacio dos Santos; *Contos populares portugueses*, de Adolfo Coelho; *O povo português nos seus costumes, crenças e tradições*, de Teófilo Braga (2 vols.); *Contos tradicionais do povo português*, también de T. Braga (2 vols.); *Contribuições para uma mitologia popular portuguesa e outros escritos etnográficos*, de Consiglieri Pedroso; *Etnografia portuguesa: obra etnográfica completa*, de Rocha Peixoto; *O poveiro*, de A. Santos Graça; *Obra etnográfica*, de Adolfo Coelho; *Os ciganos de Portugal*, también de Coelho; y, por último, *Estudos de etnografia comparativa*, de J. Leite de Vasconcelos.

Todas estas reediciones vienen precedidas por trabajos introductorios que, en la mayoría de los casos, son auténticos estudios de historia de la antropología portuguesa, adecuadamente contextualizada en el marco de la historia general de la antropología. Especialmente destacables son las in-

troducciones redactadas por João Leal y Jorge de Freitas Branco, autores de los principales textos de historia de la etnología portuguesa escritos durante los últimos años.

Pero la colección *Portugal de Perto* no se ha limitado al rescate de los clásicos de finales del XIX y principios del XX. También ha servido para reeditar otros clásicos más recientes, los elaborados por la “escuela culturalista” creada por A. Jorge Dias y E. Veiga de Oliveira, a los que pronto se sumaron Benjamin Pereira y Fernando Galhano, obras todas ellas de singular interés no sólo para los etnólogos, sino también para los arqueólogos. La temprana muerte de Dias hizo que los etnólogos Veiga de Oliveira y Pereira y el dibujante Galhano formaran, hasta el fallecimiento del primero, un equipo perfectamente coordinado y notablemente fructífero. Firmadas por los tres autores citados, Dom Quixote ha reeditado las obras *Construções primitivas em Portugal*, *Actividades agro-marítimas em Portugal* y *Alfaia agrícola portuguesa*. Además, de Veiga de Oliveira publicó sus *Festividades cíclicas de Portugal*; de Dias y Galhano, *Aparelhos de elevar água de rega*; de Veiga de Oliveira y Galhano, *Arquitectura tradicional portuguesa* y, de Veiga de Oliveira, Dias y Galhano, *Espigueiros portugueses*.

Por último, la colección que venimos comentando no ha olvidado la edición de textos actuales de etnología portuguesa, debidos tanto a autores portugueses como extranjeros. Así, tenemos, entre otras, obras redactadas por Brian Juan O’Neill (*Proprietários, lavradores e jornaleiras*), Jorge de Freitas Branco (*Camponeses de Madeira*), João de Pina Cabral (*Filhos de Adão, filhas de Eva*), Caroline B. Brettell (*Homens que partem, mulheres que esperam*), João Leal (*Festas do Espírito Santo nos Açores*), Sally Cole (*Mulheres da praia*), Joaquim Pais de Brito (*Retrato de aldeia com espelho*), Graça Índias Cordeiro (*Um lugar na cidade*) y Karin Wall (*Famílias no campo*).

La simple relación de títulos que hemos mostrado nos permite comprobar un hecho ciertamente relevante. La colección *Portugal de Perto* se ha convertido en un auténtico crisol, por muy tópica que suene la expresión, en el que aparentemente se han fundido de forma bastante aceptable los principales elementos conformadores de la etnología portuguesa, tanto histórica como actual. Es obvio que “no están todos los que son” o han sido en la etnología portuguesa, pero “sí son todos los que están”, y están casi todos: desde los clásicos del XIX y principios del XX hasta los “modernos” antropólogos sociales y culturales, pasando por el grupo de Dias y Veiga de Oliveira.

Etnografias portuguesas (1870-1970) es un ejemplo evidentiísimo y muy afortunado de la amplitud de miras y de intereses de uno de los más destacados antropólogos lusos contemporáneos. Como se concreta en el subtítulo, J. Leal articula esta obra en torno al que sin duda ha sido el eje central de la mayor parte de la actividad etnográfica, etnológica y antropológica desplegada en Portugal durante los siglos XIX y XX: la identificación y retroalimentación entre las nociones, y las pretendidas realidades objetivas, de cultura popular e identidad nacional. Esta identificación no es patrimonio exclusivo de la etnología y, lo que es aún más importante, tampoco es una circunstancia o condición única o independiente de otros factores. La vinculación entre cul-

tura popular e identidad nacional, en realidad entre *una* cultura popular y *una* identidad nacional, es sólo uno de los recursos administrados por las elites políticas e intelectuales de Portugal a lo largo de la historia, más concretamente desde el siglo XII, cuando Portugal nace como estado independiente –su mitad norte– “desgajándose” del Reino de León gracias al Tratado de Zamora de 1143. Desde aquel lejano momento hasta el presente más inmediato, hasta hoy mismo, la mayoría de quienes han detentado y detentan las riendas políticas, económicas y culturales del estado portugués se han empeñado en reforzar la presunta identidad portuguesa frente al también presunto, y en ocasiones confirmado, afán expansionista y devorador del poderoso y bravucón “hermano” ibérico, ya se llame León, Castilla o España.

En ese auténtico proyecto nacional de consolidación de la identidad lusa, la etnología y los etnólogos han jugado, como decíamos, un papel ciertamente crucial desde el último tercio del siglo XIX. Leal plantea su acercamiento a esa etnología “nacional”, mejor quizás que nacionalista, desde dos frentes. La primera parte del libro, “À procura do povo português”, asume el estudio de las aportaciones más decididamente etnológicas en la caracterización del “pueblo” portugués. Primero aborda una visión genérica y global de la etnología y la antropología portuguesas entre 1870 y 1970. En realidad, deberíamos hablar, como hace el propio autor, en plural, de etnologías y antropologías, dado que, pese a existir un objetivo común más o menos compartido, son diversas y a veces contrapuestas las formas de imaginar y recrear la identidad lusa. Un segundo ensayo selecciona un ámbito de referencia más concreto en la formulación de la identidad nacional: las tesis lusitanistas, en cuya articulación participan tanto la etnología como la arqueología. Por último, esta primera parte se cierra con un análisis de las producciones etnológicas que –desde finales del XIX, pero sobre todo durante la primera mitad del XX– persiguen la definición de la “psicología étnica” o el carácter del pueblo portugués. Leal opta por articular su discurso en torno a un eje central, que es un conocido texto de A. Jorge Dias sobre los “elementos fundamentales de la cultura portuguesa”, publicado originalmente en 1953.

La segunda parte del libro, la más extensa, aunque continúa el estudio de la construcción de la identidad lusa, lo hace desde una perspectiva diferente, desde enfoques en buena medida paralelos, aunque no todos, al discurso estrictamente etnológico o antropológico. El título de esta sección es muy clarificador: “Guerras culturais em torno da arquitectura popular”. En efecto, como en pocos países europeos, los discursos –ya sean literarios, etnológicos, técnicos, políticos, etc.– sobre la arquitectura popular o tradicional han tenido en Portugal, desde las últimas décadas del siglo XIX, un desarrollo, una resonancia y un impacto ciertamente significativos. Primero son los planteamientos ruralistas y “pastoralistas” de unos y las opuestas visiones positivistas y descalificadoras del mundo rural de otros, todo ello durante los últimos años del XIX y comienzos del XX. En ese contexto, se despliega una amplísima y variada gama de caracterizaciones de lo que algunos pretenden mostrar como “la casa portuguesa”, la célula originaria de la propia identidad lusa, opinión no compartida obviamente por otros autores. Más tarde, ya en los años 40 y 50 del siglo XX, nos encontramos con extensos y detallados estudios sobre la arquitectura portuguesa nacidos desde el interior

del régimen salazarista. Primero sería el *Inquérito à Habitação Rural* y más tarde el *Inquérito à Arquitectura Popular em Portugal*. Lo que ambos estudios van a demostrar –muy a pesar de las autoridades– es, en primer lugar, la inexistencia de una “casa portuguesa” y, más aún, van a servir para que las voces críticas frente al régimen puedan argumentar un severísimo alegato contra un sistema político que, por encima y al margen de falsos ruralismos pastoralistas, se cruzaba de brazos ante unas condiciones de vida en el campo ciertamente dramáticas.

Leal concluye esta segunda parte de su obra dando entrada en el estudio de la arquitectura lusa al grupo liderado por Ernesto Veiga de Oliveira, quienes, sin olvidar la ideología política de izquierdas de algunos de los miembros del equipo, plantean un nuevo modelo de acercamiento a la cultura material de los pueblos de Portugal y muy especialmente a la arquitectura popular o tradicional. Con las publicaciones del grupo de Oliveira, la etnología se hace dueña del estudio y la interpretación de esa cultura material, se confirma la inexistencia de esa pretendida “casa portuguesa” y se define con precisión la diversidad morfológica existente y su vinculación con el medio. No obstante, siempre quedará un cierto rescoldo ruralizante en todo su quehacer y en el de sus colaboradores, una fascinación por la cultura popular rural que se considera, de un modo u otro, el sustrato esencial de la identidad lusa.

Por último, Leal cierra su libro con una muy breve tercera parte que, si bien continúa articulándose en torno a la idea de la identidad nacional, rompe parcialmente con los planteamientos generalistas de las dos primeras, ya que tiene como objetivo el estudio de la denominada “azorianidad” –esto es, de la identidad de los habitantes de las islas Azores–, a través del análisis de distintos discursos literarios, políticos y etnográficos de finales del XIX y primera mitad del XX.

He de reconocer que la lectura de este estupendo trabajo de Leal me ha suscitado sentimientos encontrados. Con el libro delante, con un título como el que enarbola y con la confianza que suscita el conocimiento de la excelente obra etnológica e historiográfica de Leal, pensé inicialmente que me encontraba ante un estudio global de las etnografías, etnologías y antropologías desarrolladas en Portugal durante toda una centuria, hasta los inicios de la moderna profesionalización de la disciplina, ya en los años 70 del siglo XX. Como hemos podido comprobar, no es ése el planteamiento ni el contenido de la obra. En este sentido, y a pesar del gran esfuerzo de síntesis que supone la redacción de la primera parte del libro, del indudable interés de la segunda y del esclarecedor análisis que en ella se ofrece sobre las “guerras culturales” sostenidas en torno a la arquitectura popular, no podemos evitar que se adueñe de nuestro ánimo un cierto sentimiento de frustración. Entiéndase bien lo que decimos. No se trata de que la obra defraude, todo lo contrario: ofrece mucho y de calidad. Lo que ocurre, sencillamente, es que esperábamos aún más, creíamos que por fin íbamos a disponer de una obra de síntesis, aún no escrita, sobre la historia de la antropología portuguesa, al menos sobre su historia en los últimos cien años.

En realidad, Leal afronta esa síntesis en el capítulo primero de la primera parte, pero lo hace de un modo demasiado sintético, si bien es cierto que aporta interesantes ideas sobre la caracterización y periodización de las antropologías

portuguesas entre 1870 y 1970. Pero es precisamente en este capítulo, justamente el que habría deseado, quien esto subscribe, que se hubiera extendido a lo largo de toda la obra, donde encontramos algunas ausencias que no observamos en las restantes páginas del libro.

Leal desarrolla su estudio partiendo de una idea básica y central: considera que la antropología portuguesa –y ahora usa el singular– es una antropología comprometida ante todo y sobre todo con un discurso etnogenealógico de la identidad nacional (p. 17). La certidumbre de esta afirmación no debería haber sido obstáculo para que se estudiaran opciones científicas y metodológicas que –tanto durante el siglo XIX como en el XX– condujeron a la antropología por caminos diferentes o paralelos –aunque con encuentros– a los de la etnología y el folklore de intereses marcadamente domésticos. Las ausencias, que seguidamente anotaremos, son tanto más significativas por el hecho de que Leal se interesa de forma notable por lo que se han llamado “etnografías espontáneas”, esto es, discursos provenientes de campos disciplinares muy diversos –arqueología, geografía, literatura, historia, historia del arte, arquitectura, etc.– que en ocasiones se acercan a la etnología tanto por su objeto de estudio como por algunos de sus planteamientos metodológicos e interpretaciones.

Las ausencias citadas son las que se vinculan con la práctica científico-naturalista y con ciertas antropologías de corte generalista no vinculadas directa o exclusivamente con proyectos etnogenealógicos, o que, si lo estaban, lo hacían desde parámetros diferentes a los folklórico-etnográficos. Son muy escasas las referencias a autores que desarrollaron su obra en el sentido apuntado, como Oliveira Martins, e incluso podría haberse profundizado más en personajes como Teófilo Braga o Rocha Peixoto, de quienes se seleccionan

solo determinados intereses y planteamientos metodológicos. En este mismo sentido, se echa en falta una contextualización histórica –de carácter científico-social– más detallada de cada periodo de desarrollo antropológico propuesto por el autor, sobre todo en relación con el positivismo decimonónico. Por otro lado, es obvio que el autor no considera conveniente introducir la antropología física en su discurso, en ninguno de sus contextos de aplicación de finales del XIX y primeras décadas del XX. Esta ausencia impide asumir en su totalidad la complejidad de los discursos etnográfico-folklórico y etnológico-antropológico de aquellos años. Además, esta misma ausencia conduce a una especie de abandono de la práctica totalidad de la labor antropológica desarrollada en los ámbitos académicos de Oporto y Coimbra, muy ligados –en cierto sentido, desgraciadamente dependientes– de la prehistoria y la antropología física.

En realidad, las observaciones que acabamos de hacer no son una verdadera crítica de la obra, sino una simple relación de algunos ámbitos y cuestiones que de modo muy personal nos hubiera gustado ver recogidos y analizados en el libro de Leal. En todo caso, deseamos destacar el notabilísimo interés de la obra, su cuidada y atractiva redacción y, por encima de todo, llamar la atención sobre el depurado análisis que nos ofrece el autor de los objetivos, metodologías y teorías manejados por folkloristas, etnógrafos y antropólogos, análisis que sin duda alguna ha de valorarse como la mejor aportación disponible en el contexto de la historiografía de la antropología portuguesa.

Luis Ángel Sánchez Gómez

Dpto. de Prehistoria y Etnología. Universidad Complutense
langel@ghis.ucm.es

Marc Groenen (2000): *Sombra y luz en el arte paleolítico*. Ariel Prehistoria, Barcelona. 139 pp.

La historia de las investigaciones sobre el arte prehistórico cambió profundamente desde que Max Raphaël propuso hace cincuenta años sus primeras ideas revolucionarias sobre la estructura interna de los significados temáticos. El avance posterior de estas propuestas por Laming-Empeaire y Leroi-Gourhan consolidó de modo definitivo la búsqueda de esa estructura a partir de las relaciones espaciales y preparó el terreno para las futuras lecturas del arte en términos de percepción cognitiva y simbólica. Pero los nuevos caminos abiertos por la teoría estructuralista se hallaban sin salida hacia la década de los ochenta y dejaron paso a nuevas propuestas fundamentadas en un registro más minucioso.

Los últimos avances de esta renovación se hallan condensados en la pequeña obra de Marc Groenen titulada “Ombre et lumière dans l’art des grottes”, que fue publicada por el Centre de Recherche et d’Etudes Technologiques des Arts Plastiques en 1997. La editorial Ariel nos ofrece una traducción de este breve pero interesante texto (en su serie Ariel Prehistoria), que constituye una perfecta introducción a las líneas de investigación abiertas durante estos últimos diez años en el campo siempre apasionante del arte rupestre paleolítico. El mismo título del libro nos recuerda con clari-

dad ciertas palabras de Leroi-Gourhan: “le pasaje de la lumière à l’obscurité paraît avoir été, pour les paléolithiques, le symbole du pasaje d’un monde à un autre monde” (Leroi-Gourhan 1992: 366). El recuerdo no es casual pues las citadas palabras del maestro fueron recogidas en uno de los libros de la colección dirigida por el propio Groenen (*L’Homme des Origines*), que elaboró para el mismo texto una amplia presentación a modo de marco historiográfico del arte paleolítico.

Una de las mejores cualidades de “Sombra y luz en el arte paleolítico” es su capacidad para condensar, de manera rigurosa y en poco más de cien páginas, las claves principales que desde principios de los noventa han revolucionado los estudios sobre el arte paleolítico. Groenen nos resume los últimos progresos técnicos de documentación que han permitido la revisión crítica de la teoría estructuralista tradicional y la búsqueda de un paradigma más atento a la variabilidad del fenómeno artístico. El autor reconoce en las primeras páginas su herencia estructuralista, pero asume sin rubor un distanciamiento crítico con el modelo clásico en beneficio de una lectura fenomenológica. De esta manera, el código interno de las manifestaciones artísticas ya no se

concibe como una composición metódica basada en la distribución de contrarios, sino como un complejo sistema de escenificación: la cueva supera el carácter de soporte estático de las representaciones artísticas y se convierte en el escenario simbólico cotidiano metamorfoseado por una compleja red de relaciones sociales.

La mayoría de las páginas de este libro se centran en los estudios relacionados con la temática y las fórmulas técnicas de ejecución de las representaciones. Quizás se echa de menos un tratamiento más extenso de aspectos igualmente relevantes como la dispersión geográfica del fenómeno artístico y su funcionalidad, así como un capítulo más consistente sobre la polémica cronológica. Pero tengamos en cuenta la intención presumible de la obra, que se ofrece a modo de manual con intención de sugerir antes que de ofrecer un relato exhaustivo de la problemática actual del arte rupestre paleolítico. El texto describe en poco más de un centenar de páginas las siguientes cuestiones: la extensión y temática del arte rupestre paleolítico; las técnicas de ejecución; el contexto, la función y la cronología.

Las primeras páginas ya nos introducen de manera muy somera en la extensa dispersión de las representaciones artísticas a escala de territorio y entorno natural. Pero no se pretende tanto la descripción exhaustiva de cavernas y abrigos, sino la toma de conciencia sobre dos aspectos básicos de la interpretación moderna del arte paleolítico: su consideración como fenómeno europeo (no sólo francocantábrico) y como manifestación en cuevas y abrigos rocosos. Hubieran sido de agradecer algunas palabras sobre la implicación de estos últimos en relación con los estudios bien conocidos sobre *santuarios exteriores* cantábricos (Fortea 1994: 204).

La relación de repertorios temáticos o *grafemas* repasa las nociones actuales sobre la determinación figurativa de los distintos tipos de representaciones parietales. Así, primero se describen los estudios de Bégouën y Guthrie sobre la relevancia de los rasgos de comportamiento en la identificación de representaciones zoomorfas, aun cuando más bien creemos como Clottes que la determinación de las figuras animales y humanas nunca será una ciencia exacta (Clottes 1986: 29). Después se relatan los análisis de Duhard sobre la síntesis esquemática o expresionista de las figuras antropomorfas, que acaso se podría haber completado con una mayor descripción de las revisiones actuales sobre los *estados figurativos* (Leroi-Gourhan 1992: 293). Más tarde nos acerca a la controvertida cuestión de los signos, señalando tanto las hipótesis simbólicas de Leroi-Gourhan como las interpretaciones realistas de Delluc.

El particular interés de Groenen por las representaciones de manos resulta comprensible por su implicación investigadora en los estudios sobre la Cueva de Gargas (Groenen 1986-1987, 1990). Resulta interesante la propuesta del autor sobre la particularidad formal y temática de estas representaciones, en su opinión independientes tanto de las representaciones antropomorfas (en contra de la hipótesis mantenida por Gaussen, Lorblanchet, Vialou o Roussot) como de las manifestaciones simbólicas de los signos (Leroi-Gourhan). El autor insiste de modo particular en que las manos en negativo de las cuevas francesas y cantábricas no ofrecen una distribución precisa y desacreditan, cuando menos en parte, la hipótesis de santuario ideal de Leroi-Gourhan (Groenen 1990: 11-13).

La segunda parte del libro se ocupa de las vicisitudes básicas que componen el proceso técnico de la creación artística en el arte rupestre paleolítico: métodos de preparación de paredes, prácticas de boceto y criterios de diseño. En este punto es donde probablemente se aprecia con mayor nitidez la concepción fenomenológica implícita en todo el texto: la concepción de la caverna no tan sólo como un simple soporte estático sino un complejo campo operativo destinado a acoger el mensaje visual. La idea renovadora desde hace algunos años subyace a lo largo de todo el texto, pero echamos de menos la definición precisa de algunos conceptos claves que forman una parte fundamental del discurso metodológico, a saber: cadena operativa, modo operativo y campo operativo.

Esta segunda parte se inicia con los progresos técnicos logrados en los análisis de pigmentos y colorantes, tomando como estudios de referencia básicos dos proyectos realizados por Clottes y su equipo: primero en las cuevas pirenaicas de Gargas y Tibirán; después en cavernas del Ariège como Niaux. Estos estudios buscan la datación cronológica e identificación tribal a partir de las técnicas de preparación y manipulación de los colorantes: la aplicación de preparaciones (*botes de pintura*) y técnicas de trabajo distintos para las manos en negativo señalan fases diferentes de realización (Clottes 1993: 353), y quiebran la uniformidad conceptual de santuario ideal concebida por Leroi-Gourhan (véase una pequeña síntesis de la totalidad de los estudios al respecto en Clottes 1994: 228-229).

Los siguientes capítulos están dedicados a los procedimientos para la puesta en escena: la animación inscrita en las figuras, la perspectiva entre los accidentes naturales de la caverna, los juegos de luces y sombras creados por la iluminación. La incorporación de uno o más de estos elementos convierte la expresión artística en mucho más que la simple superposición aleatoria de imágenes: nos hallaríamos en opinión del autor con complejas asociaciones que combinan esquemas conceptuales, aplicaciones funcionales y acondicionamientos técnicos.

Los procedimientos de animación de las representaciones rupestres han sido una cuestión reiterada en los estudios de arte paleolítico desde los primeros trabajos realizados por Leroi-Gourhan acerca de la expresión del tiempo, que en uno de sus trabajos más recientes no dudó en situar la animación en plano secundario (Leroi-Gourhan 1984: 89). En este aspecto, Groenen propone la equidistancia entre la mentalidad tradicional del maestro y las ideas más arriesgadas de Sieveking o Raphaël. El autor asume la dinámica implícita en aquellas figuras que representan actitudes típicas del comportamiento animal (Clottes, Garner y Maury 1994: 47) y la presencia en determinados casos de composiciones completamente animadas (Azéma 1992: 65-67). Pero se muestra escéptico con la idea de un discurso, salvo en algunos paneles excepcionales donde las figuras se articulan en una escena tan coherente que bien podrían representar la dinámica de una secuencia de comportamiento.

Los procedimientos de escenificación basados en la incorporación de accidentes naturales ya habían sido incorporados en los últimos trabajos de Leroi-Gourhan sobre los medios de expresión en el espacio. Pero la verdadera preocupación por el entorno más inmediato de las representaciones sólo ha adquirido importancia en la generación posterior, como método de búsqueda de la singularidad entre las

figuras. Groenen se hace pleno partícipe de esa preocupación al concebir la cueva como recinto arquitectónico utilizado por el artista para enmarcar y dotar de movimiento a las obras: la escenificación espacial mediante la incorporación de accidentes para representar la línea del suelo, de resaltes de la roca para destacar volúmenes, hornacinas para enmarcar figuras, líneas naturales de las paredes para completar la silueta de animales...

La escenificación espacial a partir de estos procedimientos permite en ocasiones otorgar una dimensión volumétrica a las figuras y en último término transferir la idea de movimiento o animación. Pero quizás la mejor representación de esta combinación se halla en los recursos de luces y sombras. Groenen acierta plenamente cuando recuerda una circunstancia evidente pero apenas apreciada: la visibilidad de las manifestaciones rupestres de las cuevas sólo resultaría posible a través de fuentes de luz artificial. Ésta es posiblemente la idea más original del libro, y la más atractiva para la búsqueda de nuevos significados e incluso nuevas representaciones que funden lo material con la inmaterialidad. Una idea apenas explotada salvo en ocasiones excepcionales (Niaux, Rouffignac, El Castillo...).

El modelo de Groenen resulta particularmente atractivo al dotar a la cueva de una capacidad creadora más allá de los mitos convencionales de la *caverna madre*. La presencia de barreras o muretes, círculos de piedra, acumulaciones de estalagmitas, suelos con objetos hincados, escondrijos, posibles ofrendas..., parecen demostrar la utilización de la caverna como un espacio social de múltiples dimensiones no solo dirigido a la contemplación. Una propuesta particularmente atractiva para el futuro de las investigaciones que acude a los estudios realizados en tiempos recientes en la emblemática cueva de Enlène (Bégouën y otros 1996: 285). En realidad, nos hallamos con los últimos avances del ámbito de estudio que tiene como referente fundamental los estudios de Niaux sobre huellas humanas de los *visitantes*

prehistóricos (Clottes y Simonnet 1972: 320), y que tiene incluso su exponente más actual en tierras cántabras: las *cabañas paleolíticas* y *huellas de tránsito* de La Garma (Arias y otros 2001: 39 y 43).

La funcionalidad de las representaciones artísticas constituye uno de los temas de cierre del libro. En esta ocasión nuestro autor tan sólo ofrece una relación somera de algunas actuaciones registradas desde antiguo: agresiones simbólicas, destrucciones físicas, huellas de dedos y manos, salpicaduras... No hubiera estado de más una manifestación explícita del autor sobre las teorías interpretativas recientes, más allá del simple escepticismo ante la analogía etnográfica tan valorada por ejemplo en los estudios de Lewis-Williams, y la pérdida irrefutable del mundo simbólico de los pueblos cazadores prehistóricos, tímida crítica a los estudios semiológicos propuestos por Marshack.

La espinosa cuestión de la cronología constituye el capítulo final de este libro. Las últimas páginas del libro resumen la crítica a la teoría estructuralista clásica del arte rupestre paleolítico, a partir de las fechas radiocarbónicas de pinturas que han alterado el modelo cronológico propuesto por Leroi-Gourhan. El enriquecimiento del mundo artístico del período primitivo (estilos I y II) parece indicar la ineficacia del modelo cronológico basado en los criterios estilísticos tradicionales. En palabras del autor "no debió existir una única evolución lineal a lo largo de un territorio tan extenso como el de Europa. Si es legítimo buscar una continuidad en las obras de arte que jalonan los milenios de nuestra vieja prehistoria, lo será forzosamente teniendo en cuenta las tradiciones distintas que coexistieron en el espacio y se sucedieron en el tiempo".

José Manuel Quesada López

Becario Postdoctoral Comunidad de Madrid.
UNED, Madrid

BIBLIOGRAFÍA

- ARIAS, P., GONZÁLEZ SAINZ, C.; MOURE, A.; ONTAÑÓN, R. (2001): *La Garma. Un descenso al pasado*. Cantabria. AZÉMA, M. (1992): La représentation du mouvement dans l'art animalier paléolithique des Pyrénées. *Bulletin de la Société préhistorique Ariège-Pyrénées*, XLVII: 19-76.
- BÉGOUËN, R.; CLOTTES, J.; GIRAUD, J-P.; ROUZAUD, F. (1996): Os plantés et peintures rupestres dans la caverne d'Enlène. En *Pyrénées préhistoriques. Arts et sociétés. Congrès national des sociétés historiques et scientifiques*, 118 ed. pau, 1993: 283-306.
- CLOTTES, J. (1986): La détermination des figurations humaines et animaux dans l'art paléolithique européen. *The World Archaeological Congress*, Southampton y Londres 1983, pre-actas, vol.3.: Cultural Attitudes to Animals including Birds, Fish and Invertebrates, Londres, Allen & Unwin.
- CLOTTES, J. (1993): Analyses des peintures magdaléniennes de grottes ornées ariégeoises. *Actes du congrès international des sciences préhistoriques et protohistoriques*, Bratislava 1991, t.4: 347-357.
- CLOTTES, J. (1994): L'art pariétal paléolithique en France: dernières découvertes. *Complutum*, 5: 221-233.
- CLOTTES, J.; GARNER, M.; MAURY, G. (1994): Bison magdaléniens des cavernes ariégeoises. *Bulletin de la Société préhistorique Ariège-Pyrénées*, XLIX: 15-49.
- CLOTTES, J.; SIMONNET, R. (1972): Le réseau René Clottes de la caverne de Niaux (Ariège). *Bulletin de la Société préhistorique française*, LXIX (1): 293-323.
- FORTEA, J. (1994): Los "santuarios" exteriores en el Paleolítico Cantábrico. *Complutum*, 5: 203-220.
- GROENEN, M. (1994): *Pour une histoire de la préhistoire. Le Paléolithique*. Editions Jérôme Millon, Grenoble.
- GROENEN, M. (1986-87): *Les Représentations de mains négatives dans les grottes de Gargas et de Tibiran (Hautes-Pyrénées). Approche méthodologique*. Memoire Université Libre de Bruxelles, 2 vols.
- GROENEN, M. (1990): Quelques problèmes à propos des mains négatives dans les grottes paléolithiques. *Approche épistémologique. Annales d'Histoire et d'Archéologie de l'Université Libre de Bruxelles*, XII: 7-29.
- LEROI-GOURHAN, A. (1984): Le réalisme de comportement dans l'art paléolithique d'Europe de l'Ouest. *La Contri-*

bution de la zoologie et de l'ethologie à l'interprétation de l'art des peuples chasseurs préhistoriques (H.G. Bandi, et al.), Colloque de Sigriswill, 1979: 75-90.

LEROI-GOURHAN, A. (1992): *L'art pariétal. Langage de la préhistoire*. Editions Jérôme Millon, Grenoble.

José Luis Maya González y Francisco Cuesta Toribio (eds.) (2001): *El Castro de La Campa Torres. Periodo prerromano (Serie Patrimonio 6)*. Gijón, VTP Editorial. ISBN: 84-89880-37-7. 408 pp., 200 figs. y mapas. (30 x 21 cm).

Esta importante obra, patrocinada por el Ayuntamiento de Gijón, constituye un auténtico hito en los estudios de la Protohistoria de las regiones septentrionales de la Península Ibérica, cuya personalidad geográfica dentro de la España Húmeda explica, en buena parte, su evidente personalidad cultural.

En efecto, aunque por fortuna cada día abundan más los estudios sobre detalles pormenorizados e incluso valiosas obras de síntesis sobre los pueblos de la *Hispania* Húmeda, desde hace muchos años se echaba en falta alguna monografía exhaustiva sobre al menos uno de los numerosos castros característicos de estas regiones, para que sirviera de referencia a la hora de analizar este característico tipo de hábitat y su cultura. Finalmente, gracias a la constancia de los autores, el yacimiento de La Campa Torres, ya desde hace años conocido por numerosos avances y publicaciones parciales, pasa a ocupar el honor de ser el primer "castro" de la *Asturia* trasmontana publicado extensamente y de un modo científico, por lo que quedará como referencia obligada para los estudios posteriores.

La obra es el resultado de diversas campañas planteadas desde hace casi 25 años, con interrupciones debidas a las dificultades administrativas, que sólo la constancia de los autores ha logrado ir sorteando hasta cristalizar en este impresionante volumen. Está estructurada en XVII capítulos, que reflejan el ambicioso estudio interdisciplinar llevado a cabo, pues de ellos sólo el I, ciertamente el más extenso e importante, se refiere a las "*Excavaciones arqueológicas y estudio de los materiales de La Campa Torres*" (pp. 11-277), ya que los restantes son trabajos de análisis arqueométricos que enriquecen y enmarcan el estudio dentro de las más actuales corrientes de Arqueometría.

Tras un buen análisis de la Topografía y la Geología de la zona, en el que sólo se echa en falta un mapa con la situación del yacimiento en relación a Asturias para los lectores no peninsulares y la supresión de las referencias a escalas numéricas en algunas figuras (1, 3 y 5), se recoge la climatología y la vegetación, seguida de un muy buen estudio de "*Las referencias antiguas*". Este apartado resulta ejemplar para este tipo de monografías, pues se completa con una brillante síntesis histórica al analizar el territorio (pp. 259-268). Gracias a estos estudios no solamente queda definitivamente precisada la identificación de La Campa Torres con la antigua *Noega* (Str. III,4,17-20; Mela, *Chr.* III,1,13; Plinio, *N.h.* IV,34,111), sino que este hecho se explica por ser quizás esta población el *oppidum* más importante entre la *Gallaecia* y los Pirineos, a juzgar por su tamaño y los materiales que las excavaciones han ofrecido y que permiten identificarlo como un auténtico *port of trade* de la parte

central de la costa cantábrica durante toda la Edad del Hierro (pp. 252-255).

A continuación, se analiza "*El poblamiento prerromano de La Campa Torres*" (pp. 28-97) y los materiales hallados (pp. 98-231), lo que da idea de la amplitud y detalle del estudio realizado. Cabe señalar la existencia de una compleja muralla de cajones adosados, algunos con escaleras, con un foso antistante que cierra la península en la que se asienta el *oppidum*, todo ello perfectamente documentado (pp. 35-55, figs. 15-25). El *oppidum* mediría 33 Ha. según el perímetro de sus acantilados, pero en realidad ofrece 10 Ha. de suelo utilizable, medida más aconsejable a la hora de establecer paralelos y de realizar cálculos demográficos (p. 267), lo que precisa cálculos anteriores (M. Almagro-Gorbea 1994: 65) y confirma su importancia como cabeza de un amplio territorio.

Dentro de la muralla la población estaba constituida por cabañas de unos 10 m de diámetro con hogar central, cuya estructura, como la de la muralla, se ha estudiado por medio de cuidadosas estratigrafías ayudadas por análisis edafológicos (capítulo II). Sin embargo, se echa en falta un plano de conjunto de las zonas habitadas con las estructuras de habitación, así como un intento, aunque fuera aproximado, de analizar la superficie ocupada y controlada por cada casa para comprender mejor la estructura urbanística del poblado, dato cultural esencial, que, además, es imprescindible para llevar a cabo un intento de aproximación demográfica que mejorase los ensayos hasta ahora existentes.

Además, se han identificado diversos pozos, que confirman la estrecha relación arquitectónica con los castros del NW, y numerosas *cubetas de fundición* (pp. 91-97), que permiten comprender la intensa actividad artesanal desarrollada en este centro productor de metales, hecho confirmado por numerosos restos metalúrgicos aparecidos por todo el yacimiento, en especial crisoles y toberas (pp. 238-252; figs. 155-166), cuyas características arqueométricas analizan el un capítulo aparte S. Rovira y P. Gómez Ramos (pp. 375-384).

Por ello, no sorprende la riqueza de tipos metálicos característicos de un *oppidum* de la edad del Hierro, con numerosos adornos e instrumentos de bronce (pp. 98 s.) y de hierro (pp. 146 s.), entre los que cabe destacar algunos característicos, como colgantes de barritas, fibulas de torrecilla, enganches de tahalí y broches "laciformes". Estos objetos se podrían haber cartografiado para identificar la dispersión de estas producciones artesanales, que, probablemente, pueden corresponder a unidades étnicas, lo que contribuiría a determinar las áreas económicas, las fronteras étnicas y las corrientes culturales en todas estas regiones de la Hispa-

nia atlántica. Pero no menos interesantes son materiales como las fibulas de doble resorte, que confirman la antigüedad del asentamiento a partir del siglo VI a.C., mientras que, por ejemplo, las de caballito, dada su personalidad tipológica diferente de las celtibéricas (M. Almagro-Gorbea y M. Torres 1999), evidencian la aparición de élites ecuestres semejantes a las celtiberas, pero, muy probablemente, indígenas. Entre los objetos de hierro, destacan dos puñales o espadas cortas, mejor que cuchillos (figs. 79-80), claramente derivadas de espadas meseteñas de La Tène (A. Lorrio, *Los celtiberos*, Madrid, 1997, p. 171, f. 69E) con la personalidad tipológica de tantas recreaciones del artesanado astur. Tras el metal, se analiza la cerámica, muy fragmentada y, seguramente, en clara competencia con la vajilla de madera, seguida del estudio del resto de los materiales, hueso, piedra, vidrio, etc.

Estos capítulos se enriquecen con un cuidadoso estudio estratigráfico avalado por 19 muestras de C-14 debidamente analizadas, que permiten precisar la secuencia del yacimiento (pp. 76-85), esencial para evitar especulaciones a la hora de interpretar la evolución de toda la región astur en el I milenio a.C. El primer indicio, CT-1, corresponde a un bosque quemado en el siglo XI a.C., seguramente con la intención de abrir prados, aunque no excluiríamos un primer asentamiento. CT-2, tras un *hiatus* de varios siglos, ofrece el estrato más antiguo de habitación con la línea de fortificación principal, que se fecha en el siglo VI a.C. CT-3 es una reestructuración de la muralla hacia el siglo IV a.C., mientras que CT-4 y 5 corresponden a un momento de desarrollo del poblado, con cabañas circulares, durante los siglos IV-III a.C. CT-6, fechada a partir de mediados del siglo II a.C., indica una fase de remodelación y, aparentemente, de apogeo, con gran riqueza de materiales. CT-7 corresponde a la época romana, en la que el poblado, hasta entonces un referente importante en la región, debió ir perdiendo su importancia al trasladarse la población a la Gijón actual (véase *Serie Patrimonio 1 a 5*), en especial a partir de los flavios, abandonándose hacia fines del siglo III de JC. CT-8 corresponde a una etapa residual, en la que las murallas, más o menos arruinadas, todavía se mantenían, y CT-9 representas el nivel de derrumbe de la muralla y el abandono definitivo de la zona tras el siglo V de JC.

El estudio finaliza con un buen análisis del comercio (pp. 252-255), cuyo interés ya hemos comentado, y de la organización del "Territorio". En este punto, sería interesante disponer de un mapa del *oppidum* en relación con los posibles castros "satélites" entre el Nalón y el Sella o, al menos, en la zona del Cabo de Peñas, para poder comprender mejor la articulación del territorio; esperemos que la creciente investigación en esa región lo haga pronto posible. Por el contrario, si bien es interesante el análisis de la ubicación de las inscripciones gentilicias como posible indicio territorial (mapa 2, p. 258), hay que ser prudente, pues la escasez de hallazgos epigráficos obliga a suponer que alguno de estos grupos familiares pudieran compartir un mismo territorio, en especial en un *oppidum* con función de centro territorial, como parece ser el caso de *Noega*-La Campa Torres.

Esta primera parte del estudio finaliza con la bibliografía, quizás algo local y que en algún caso refleja cierto tiempo transcurrido desde la redacción hasta la publicación de la obra, pero que constituye, en sí misma, una muy valiosa síntesis bibliográfica sobre el estado actual de la inves-

tigación de la cultura astur.

Tras este extenso estudio arqueológico e histórico, se ofrecen hasta 16 estudios arqueométricos, dedicados al análisis micromorfológico, por M. Mercé (p. 279 s.), a los estudios paleoantropológicos, por O. Mercadal (p. 289 s. y 295 s.), de restos humanos que plantean interesantes incógnitas, a los análisis polínicos, por F. Burjachs (p. 297 s.), paleocarpológicos (p. 307 s.), de semillas, por R. Buxó y C. Jiménez (p. 311 s.) y de improntas vegetales, por H.S. Nava y M^aA. Fernández Casado (p. 313 s.), esenciales para conocer el medio ambiente y la riqueza y variedad de la dieta. Tras éstos se analizan los mamíferos, por S. Albizuri (p. 317 s.), entre los que destaca, como es lógico, el buey, pero con una abundancia al parecer sorprendente, quizás explicable por tratarse de un "centro político", y los restos de una ballena, estudiados por C. Nores y J.A. Pis (p. 349 s.). A continuación, se estudia la funcionalidad del material lítico, por J. Serrallonga (p. 355 s.); los indicadores microscópicos y bioquímicos, por J.J. Treserres y J.L. Maya (p. 373 s.); la metalurgia, por S. Rovira y P. Gómez Ramos (p. 375 s.); la cerámica ibérica, por M^aJ. Conde (p. 385 s.), en la que destaca el comercio de *kalathos* ibéricos con miel y compotas de frutas; las ánforas, en su mayoría vinarias, por C. Carreras (p. 389 s.) y la industria lítica paleolítica, por J.A. Rodríguez Asensio (p. 393 s.), para, finalmente, ofrecer un cuidadoso apéndice fotográfico a color (p. 399-408) que enriquece la obra y valora los estudios correspondientes, aunque alguna de las ilustraciones, especialmente las vistas de la excavación, puedan resultar de formato excesivamente reducido. No es necesario ponderar el interés de cada uno de estos apartados. Pero, en especial, es su conjunto el que nos da a conocer detalles hasta ahora ignorados de la vida de esta población y de sus gentes durante la Edad del Hierro, algunos tan sorprendentes como la importación de productos melifluos de las áreas catalanas.

Para finalizar, no nos queda sino reiterar nuestra felicitación a los editores y autores por el interés de esta obra, que constituye un sólido punto de referencia para futuras investigaciones en todo el norte de Hispania. La Campa Torres, a partir de ahora, añade a su interés el haberse convertido en el yacimiento de referencia por ofrecer la mejor visión de conjunto de la vida y evolución de un poblado de la Edad del Hierro en la Hispania Húmeda, a lo que se añade la importancia de los muy numerosos materiales y datos documentados, imprescindibles para futuros estudios e interpretaciones. Basta valorar la segura visión que ofrece sobre la temprana cronología de los castros cantábricos o sobre la importancia de las actividades metalúrgicas, dando por concluidas las discusiones mantenidas hasta fechas muy recientes por la falta de datos concluyentes, para comprender el paso definitivo que esta obra supone en la Protohistoria de las regiones cantábricas y en su mejor encuadre en todo el círculo cultural atlántico durante la Edad del Hierro.

Además, es de elogiar particularmente el espléndido resultado de esta laboriosa investigación en estos tiempos en los que a alguno tales trabajos incluso le pudieran parecer algo a contracorriente, pues nuestros estudios en los últimos años han adolecido de preferir discusiones inacabables sobre postulados teóricos al esfuerzo de obtener datos cada vez mejores apoyados en nuevas excavaciones y de realizar su análisis riguroso para, paulatinamente, ir aumentando nuestros conocimientos. Pero los resultados de esta

obra hablan por sí mismos, por lo que no dudamos en considerarla ya como un “clásico” de la Edad del Hierro de la Península Ibérica, tanto por los nuevos caminos que ha abierto como por sus muy importantes aportaciones, que han evidenciado, una vez más, cómo se construye, con es-

fuerzo y eficacia, una obra cuyas aportaciones serán siempre útiles y, por ello, perdurables.

Martín Almagro-Gorbea